

DESCONFIADA



MÓNICA BENÍTEZ

DESCONFIADA



MÓNICA BENÍTEZ

DESCONFIADA

MÓNICA BENÍTEZ

COPYRIGHT © 2025 MÓNICA BENÍTEZ

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos. Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2412070317328

<https://monicabenitez.es>

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

Tik Tok: @mbenitez_escritora

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

CAPÍTULO 1

En medio de un placentero sueño, María sonríe entre jadeos. En él, María está sudada y temblando de deseo, con el cuerpo pegado a la pared mientras Úrsula, situada a su espalda, la penetra en un vaivén tan rítmico que la está volviendo loca. La abogada nota que las piernas empiezan a fallarle, está tan cachonda que siente sus propios fluidos empapándole los muslos mientras su jefa le mordisquea el cuello provocándole descargas que van directas a su sexo.

—No puedo más —jadea tratando de contener el burbujeo placentero que amenaza con llevarla a lo más alto, mientras retuerce las sábanas entre los dedos.

—La idea es que te corras —le susurra Úrsula en un tono tan seductor, que la abogada deja de resistirse y sucumbe hasta que exhala un grito placentero.

El cuerpo de María se sacude en un ligero espasmo sobre la cama y ella abre los ojos, con el corazón a mil por hora y la certeza de que ha tenido un orgasmo mientras soñaba.

—Hostia —dice sorprendida, pasándose una mano por la cara mientras intenta recuperar el aliento.

Se siente muy extraña en cuanto toma conciencia de que nada de lo que acaba de ocurrir en su mente ha sido real. Por un lado, siente alivio de que ese desliz con Úrsula no se haya producido porque eso habría supuesto un problema entre su jefa y Mildred, pero por otro, le invade la nostalgia anudándole el centro del pecho.

Aunque ya han pasado seis meses desde que Úrsula le dijo que el sexo entre ellas no podía continuar debido a su relación con Mildred, María no termina de adaptarse. Fueron demasiados años acostándose con Úrsula y para ella ya formaba parte de su rutina, la misma rutina que tenía con su marido Marcos, que le pidió el divorcio en la misma fecha, por lo que, de un día para otro, perdió a su marido y a su amante. Desde entonces, María anda muy perdida, se siente coja, torpe y con la sensación de que ha perdido el rumbo, pero tampoco hace nada para enderezarlo como le suele pedir Úrsula, por eso, cuando nota que hay alguien en la cama junto a ella, suelta un resoplido hastiado y gira la cabeza para ver de quién se trata.

María se da cuenta de dos cosas en ese instante: la primera es que no recuerda el nombre de la mujer rubia de pelo corto que parece dormir desmayada en esa habitación que para su gusto es muy pequeña. La segunda es que llega tarde, porque si por la ventana entra la suficiente claridad

como para que ella pueda distinguir el color de pelo de su amante, significa que se ha dormido y que probablemente, va a llegar con retraso a la reunión que tiene programada con Úrsula a primera hora.

—Mierda —masculla tras confirmar que son más de las ocho.

Se incorpora sin preocuparse de no hacer ruido y comienza a buscar su ropa por el suelo de la habitación.

—¿Te vas? —la voz de la rubia la hace girarse en redondo cuando, desnuda y cargada con todas sus prendas, estaba a punto de atravesar la puerta para vestirse en el salón.

—Sí —contesta con la frialdad que la caracteriza últimamente, evitando de forma deliberada el contacto visual.

—Espera, podemos...

—No podemos nada —la corta María antes de que diga algo que la ponga de mal humor—. Esto ha sido lo que ha sido y no va a repetirse, eres adulta, lo superarás —suelta y atraviesa la puerta dejando a la chica petrificada sobre la cama.

María se viste con prisas, temiendo que la joven salga de la habitación y le monte un drama, por lo que ni siquiera pasa por el baño, tan solo se arregla el pelo con las manos y después de localizar su bolso, abandona el apartamento como si estuviera en llamas.

Se sube en el coche con la intención de pasar por su casa para darse una ducha rápida y cambiarse, pero cuando comprueba la hora, se da cuenta de que llegará demasiado tarde a la reunión y los papeles que Úrsula y un nuevo benefactor tienen que firmar, los tiene ella. Resignada, conduce hasta el trabajo y pasa por el baño para lavarse un poco las manos y la cara y retocarse el maquillaje. El resultado no la deja muy satisfecha, pero no puede hacer más.

—Perdón por el retraso —dice entrando en la sala con la mejor de sus sonrisas.

María despliega todos sus encantos y saluda al benefactor mientras le cuenta una mentira colosal que justifica su tardanza. El hombre sonríe y le dice que no se preocupe, que no tiene ninguna prisa. Úrsula, sin embargo, la acaba de atravesar con una mirada capaz de congelar un edificio.

—Vamos a mi despacho —dice Úrsula cuando la reunión termina.

—¿Te importa si primero salgo a la calle a fumarme un cigarro? En el coche no fumo y no me ha dado tiempo —pide la abogada muy mansa.

—Te lo fumas después —zanja la empresaria.

María suspira y la sigue por el pasillo con su Tablet en la mano mientras recuerda el sueño con el que se ha despertado esta mañana. Pone los ojos en blanco y trata de apartarlo cuanto antes de su mente porque no le parece apropiado pensar en eso mientras le mira el culo a Úrsula.

—Ya es la tercera vez en lo que va de mes, María —ladra Úrsula en cuanto entran al despacho.

—No sé de qué hablas —se hace la tonta exasperando más a su jefa, que se deja caer en esa silla tan acolchada mientras la mira con las cejas levantadas.

—No me hagas hablar contigo como si fueras una niña, joder — se queja Úrsula—, es la tercera vez que llegas tarde y, además, mira con qué pintas —la señala y María se mira el cuerpo.

Lleva el mismo traje color malva con el que se marchó ayer por la tarde, solo que está un poco arrugado y a la camisa le falta uno de los botones que en algún momento debió romperle su amante.

—Tampoco estoy tan mal —dice y se pasa una mano por el pecho.

Úrsula le clava la mirada y, al final, acaba soltando una carcajada.

—No, claro que no, solo tienes pinta de haberte dado un revolcón en el coche con alguien.

—Bueno —María tuerce una sonrisa y se rasca la cabeza mientras piensa en lo mucho que necesita una ducha—, en el coche no, o tal vez también, pero yo me he despertado en su casa.

—Sabes que no puedes seguir así, ¿verdad? —pregunta Úrsula apoyando los brazos sobre la mesa.

María se sienta en una de las sillas frente a ella, agotada.

—¿Así cómo? No me va tan mal.

—Venga ya, María, desde que te dejó Marcos vas dando tumbos como una peonza, y yo creo que ya han pasado suficientes meses como para que lo hayas superado.

El comentario tensa a la asistente y abogada.

—No solo me dejó Marcos, también me dejaste tú —suelta como una bomba que Úrsula no se esperaba—, de repente, me quedé sin nada.

—Oye —Úrsula, comprensiva como siempre, se levanta y se sienta junto a ella—, tú y yo solo follábamos, María, no me metas en el mismo saco que a Marcos.

—Eso no importa, Úrsula, yo estaba acostumbrada a ti, hubiera o no sentimientos de por medio, te eché mucho de menos — reconoce suspirando.

Úrsula mira hacia la puerta, lo último que le gustaría ahora es que Mildred entrase y las pillase en medio de esa conversación que, hasta ahora, no sabía que había afectado tanto a su amiga.

—Yo a ti también, aunque supongo que no de la misma manera. Quizá a lo que más me costó acostumbrarme fue a no tener esos momentos de después, nuestras pequeñas charlas profundas.

María sonríe.

—Exacto, porque para lo otro, tú tenías a Mildred —dice entornando los ojos.

—Tú tenías a esa chica que llevaste a la barbacoa, ¿cómo se llamaba? —trata de recordar Úrsula.

—Alma.

—Esa, estuviste varias semanas acostándote con ella, pensé que se iba a convertir en tu nueva amante hasta que, de un día para otro, la dejaste y comenzaste a follar con toda la que se te pone a tiro.

—¿Y eso es algo malo? Una tiene sus necesidades —se justifica la abogada.

—Follar no es malo, follar con tanta gente igual sí que lo es. Solo digo que últimamente me preocupas y no sé cómo ayudarte.

—Podemos follar encima de la mesa si quieres, eso me ayudaría —bromea María.

Úrsula se ríe y la manda a la mierda.

—Lo digo en serio, echa un poco el freno, María, quizá te conviene dejar de buscar mujeres solo para un polvo y dedicarte un tiempo a estar sola, y si no puedes, centrarte en buscar a una mujer para algo más serio.

—¿Estás loca? —los ojos de María se abren de manera exagerada—. Te perdí a ti y perdí a Marcos, no pienso perder a nadie más. Además, me va muy bien así, cero compromisos y sin dar explicaciones, ¿tú sabes lo tranquila que estoy? Eso es dedicarme tiempo a estar sola, sola y satisfecha.

La carcajada de Úrsula la hace torcer el gesto.

—No intentes justificar tu comportamiento poniéndonos a mí o a tu exmarido como excusa. Yo solo era tu amante y no había ninguna atadura, el compromiso lo tenías con él y hacías lo que te daba la gana. En el fondo sabías que era cuestión de tiempo que acabara cansándose.

—También es verdad —reconoce la abogada entre risas.

—En fin, si ser una depredadora es lo que te apetece hacer ahora, me parece bien —dice Úrsula—, pero sé responsable y no llegues tarde al trabajo por un maldito polvo, y ve a ducharte, joder.

María sonríe y sale del edificio dispuesta a obedecer, aunque lo primero que hace cuando pone un pie en la calle, es encenderse un cigarrillo y aspirar el humo con ansia, sabiendo que debe tomar medidas porque últimamente, además de andar un poco perdida, también está fumando más que antes.

María exhala el humo del cigarrillo mientras camina por el aparcamiento hasta su coche. El

reflejo en el cristal de uno de los vehículos aparcados, le devuelve la imagen de una mujer elegante pero con el traje arrugado y el pelo ligeramente despeinado. Se pregunta cuándo fue la última vez que se miró realmente en un espejo, más allá de los retoques superficiales de maquillaje y peinado. Sacude la cabeza, apaga el cigarrillo y se sube en el coche, decidida a darse esa ducha que tanto necesita.

CAPÍTULO 2

Trinidad Alemán ya está lista para irse al trabajo. Sale de su habitación después de asegurarse de que el ventanal que da al jardín trasero —privado y amurallado— está cerrado y la luz del sistema de alarma se ha activado. El suave resplandor verde del panel le confirma que todo está en orden. Se dirige hacia el salón y, tras coger su bolso, descorre dos cerrojos antes de girar la llave dos veces para abrir la puerta.

—Buenos días, señora Trinidad —saluda Benjamín Martínez con una sonrisa amable.

—Hola, Benjamín.

A Trinidad no hay nada que la tranquilice más que encontrarse con ese hombre cuando empieza el día. Su presencia constante y silenciosa es algo parecido a un ancla para ella. Benjamín es su chófer y también su guardaespaldas durante todo el día, además de ser el encargado de coordinar al resto de personal de seguridad que trabaja para ella, los que hacen ronda por su casa las veinticuatro horas y un segundo hombre llamado Oliver que a veces los sigue de lejos a ella y a Benjamín si él lo considera necesario.

Trinidad activa la alarma y cierra. Benjamín, un hombre delgado y atlético de pelo canoso desde que pasó los cincuenta hace ya cinco años, se ha convertido para Trinidad en algo parecido a un segundo padre. Su forma de caminar, siempre alerta pero sin parecer tenso, transmite una seguridad que Trinidad ha aprendido a valorar como el aire que respira. Desconfiada y temerosa de todo el que se le acerca, Benjamín es la única persona que ha logrado ganarse su confianza a todos los niveles a base de no fallarle nunca en los siete años que hace que trabaja con ella. Del mismo modo que Trinidad lo ve como algo parecido a un padre, le sucede a Benjamín con ella, que a pesar de haber pasado por tres matrimonios, nunca ha tenido hijos y Trinidad se ha convertido en una hija para él.

—Una demasiado mayor —suele decirle cuando bromean sobre el tema, con cierto brillo paternal en la mirada.

—Mira el lado bueno, te ahorraste las noches sin dormir, los mocos, los llantos y todo el martirio de la adolescencia. Soy un regalo —le responde siempre Trinidad, que difícilmente podría ser su hija teniendo en cuenta que ella tiene cuarenta y dos años y Benjamín cincuenta y cinco.

—¿A la oficina o tenemos que pasar por algún sitio antes? — pregunta Benjamín abriéndole la puerta del coche, cuya carrocería siempre mantiene reluciente.

Trinidad lo mira de reojo cuando sube, sin molestarse ya en decirle que no necesita que le abra la puerta porque sabe que él lo hará igualmente.

—A la oficina, si no hay ningún imprevisto, hoy no nos moveremos de allí —contesta Trinidad, mientras se acomoda en el asiento trasero.

La oficina es un enorme complejo situado en un polígono industrial en las afueras de Barcelona. El recinto, también amurallado y con dos amplias puertas correderas de acceso para vehículos, tiene situado al lado izquierdo una fábrica de producción de prótesis articuladas diseñadas por Trinidad, titulada en ingeniería robótica. El edificio, de líneas modernas y cristal ahumado, se alza imponente contra el cielo. Decenas de brazos articulados trabajan en perfecta sincronía ensamblando componentes con una exactitud milimétrica bajo la supervisión de otros ingenieros y, en ocasiones, de la propia Trinidad.

A la derecha está el segundo edificio, cuya planta baja es un amplio laboratorio de investigación y desarrollo donde se experimenta con nuevos materiales y tecnologías como sensores biométricos o aleaciones ligeras. El aire huele a metal y ozono, una mezcla que Trinidad ha aprendido a asociar con la innovación. Trinidad suele pasar gran parte de su jornada allí, la otra la divide entre subir a la planta de arriba donde tiene su despacho, un espacio minimalista dominado por ventanales que dan al complejo industrial, y las visitas que hace a las diferentes instalaciones de capacitación y rehabilitación donde los usuarios pueden aprender a utilizar sus nuevas prótesis en un entorno seguro y controlado, guiados por terapeutas especializados que Trinidad tiene repartidas en algunas ciudades.

—Estaré cerca si me necesita —dice Benjamín en cuanto Trinidad entra en su despacho.

—Gracias, Benjamín —responde ella, dejando su bolso en el colgador.

A Trinidad las horas le suelen pasar volando, se sumerge en ese trabajo que tanto le fascina y, en ocasiones, incluso se olvida de comer, como hoy cuando unos golpes en la puerta la desconcentran y mira hacia la entrada con confusión.

—Traigo energía y alegría —anuncia Adrián Pacheco, el secretario personal de Trinidad. Un chico de treinta años tan eficiente como amanerado que consigue distraer a la empresaria con su verborrea imposible de detener.

Adrián alza una bolsa llena de comida asiática que impregna el aire del despacho despertando un apetito voraz en Trinidad y muestra un impresionante ramo de flores con la mano libre. Los ojos de Trinidad viajan hacia el reloj de la pantalla de su ordenador, comprobando con sorpresa que son casi las cuatro de la tarde.

—Vaya —dice y levanta las cejas, frotándose los ojos con cansancio.

—Vengo a salvarte de ti misma —dice el joven y se sienta frente a ella después de entregarle la bolsa con su comida favorita y dejar el ramo de manera delicada en la otra silla.

Podría decirse que Adrián es la segunda persona con la que se relaciona Trinidad, no tiene la misma confianza que con Benjamín, pero a veces le gusta dejarse llevar por los consejos del descerebrado que tiene delante. Trinidad abre la bolsa y saca unos rollitos de primavera dorados y crujientes, sashimi de salmón y dos bandejas de california Rolls perfectamente alineados.

—¿Voy a comer yo sola o voy a compartirlo también contigo? — pregunta la empresaria entornando los ojos.

—Bueno, yo ya he comido a una hora decente como las personas normales —dice ajustándose una corbata de seda azul que a Trinidad le parece espantosa—, pero he pensado que, a lo mejor, querías compartir algún california roll conmigo —añade sin cortarse.

Trinidad sonríe ante su desfachatez y le entrega una bandeja, observando con asombro como se relame.

—Toma, caradura.

—Gracias, jefa —dice Adrián cruzándose de piernas con una elegancia que siempre sorprende a Trinidad, mientras acomoda los palillos entre sus dedos con la precisión de un cirujano.

—¿Y eso de ahí? —señala el ramo con la cabeza la ingeniera.

—Ay, pensaba que no me ibas a preguntar nunca —aplaude emocionado Adrián—, son para ti, por supuesto.

—¿De quién? Porque tuyas como agradecimiento por comprarte comida casi cada día, dudo que lo sean —dice mientras saborea un trozo de salmón.

Adrián esquivo el dardo, o más bien lo ignora, y estira un brazo para coger la tarjeta tras pedirle permiso con la mirada a Trinidad.

—Son de Eliot, madre mía, qué emoción —dice nervioso, prácticamente rebotando en su asiento—, te invita a cenar en una gala benéfica dentro de dos semanas.

Trinidad se lleva un trozo de rollito a la boca y no se inmuta. Adrián la mira estupefacto.

—¿Hay alguien menos emotivo que tú? —pregunta el joven, dejando caer los hombros con dramatismo.

—Créeme, yo me emociono, pero es que esto no me parece nada emocionante —responde Trinidad mientras recoge un grano de arroz que se ha caído sobre su mesa inmaculada.

—¿Cómo que no? Es guapo, amable, rico y lo más importante, sabe vestir bien —dice con los ojos en blanco—, y por supuesto, le gustas, de lo contrario no sería la tercera vez que te envía un ramo y espero que no sea la tercera que también lo rechazas.

Trinidad arquea una ceja, recordando lo bien que quedaron los dos ramos anteriores decorando la recepción, este ocupará el mismo puesto.

—Venga, jefa, no digo que tengas nada con él, pero salir y darte un respiro tampoco te vendría mal. No todo en la vida es trabajo, ¿sabes? Existe un mundo más allá de estas paredes.

Adrián no es nada consciente del impacto que sus palabras acaban de tener en la empresaria, que ha sentido algo parecido a un estallido de ansiedad en el centro del pecho al escucharlo. Sus dedos se tensan alrededor de los palillos mientras un escalofrío le recorre la espalda. Trinidad busca en sus recuerdos cuánto hace que no se permite tener una cita de verdad y ni siquiera lo recuerda. Echa de menos conversar con alguien, pasar el rato rodeada de otras personas y olvidarse por un momento de lo reducida que es su vida social. La soledad autoimpuesta cae sobre ella como una losa.

—Ay, Dios mío, te lo estás pensando —aplaude Adrián con tanta fuerza que hace tintinear las pulseras de sus muñecas.

—Tal vez —reconoce Trinidad—. Hablaré con Benjamín, si a él le parece bien, dile a Eliot que iré con él.

—¿Por qué tiene que decidir Benjamín? —se atreve a preguntar Adrián.

El joven comprende que, dado el poder adquisitivo de su jefa, vaya siempre acompañada de su guardaespaldas, pero en ocasiones, como esta, por ejemplo, le parece que Trinidad es un poco lunática.

—Porque lo digo yo —zanja Trinidad, que no piensa darle ningún tipo de explicación.

Su tono, aunque es suave, tiene ese matiz de acero que Adrián conoce bien y que indica que la conversación ha terminado.

—¿Qué hago con el ramo? —se atreve a preguntar Adrián al levantarse.

—Lo que quieras, puedes quedártelo o colocarlo en recepción.

CAPÍTULO 3

Desde su conversación con Úrsula hace dos semanas, María se ha propuesto no fallarle de nuevo a su amiga. El recuerdo de aquella mañana apresurada, con el maquillaje corrido y el pelo revuelto, todavía le provoca un pellizco de vergüenza en el estómago. Obviamente, no tiene intención de cambiar su actual modo de vida porque considera que le va muy bien así, dándose el gustazo cuando quiere y después una despedida fría y a otra cosa, como quien apaga un interruptor. Lo que sí que no piensa permitir, es que suceda lo de la otra mañana, que se le fue de las manos y no solo llegó tarde a la reunión, sino que lo hizo sin haber tenido tiempo siquiera de ducharse.

María ha cumplido su palabra, no ha vuelto a llegar tarde ningún día ni piensa volver a hacerlo. De hecho, ha optado por no volver a quedarse a dormir en casa de nadie, lo cual, le parece incluso mejor porque despertarse y no tener que salir corriendo es menos estresante. Las excusas torpes de la mañana siguiente siempre le han parecido la parte más incómoda.

Sentada a la mesa de su despacho, termina de redactar un acuerdo y, tras comprobar la hora, se levanta y se dirige hacia el despacho de Úrsula para la reunión informal que tienen todos los días a las nueve, donde ella le lee la agenda a su jefa y toma nota de cualquier detalle que tenga que resolver a lo largo de la jornada.

—Buenos días —a María por poco se le cae la tableta cuando al entrar, sorprende a Mildred sentada sobre la falda de Úrsula.

La chófer se levanta como si se hubiera pinchado el culo con la espina de un cactus y se pone firme como un junco mientras le suben los colores a los mofletes hasta dejárselos sonrosados como si alguien acabase de pellizcárselos.

—Hola, María —saluda Mildred ante la sonrisa torcida de Úrsula, quien parece más divertida que avergonzada por la situación.

—¿Queréis que vuelva dentro de un rato? —contesta mordaz y señala la puerta dispuesta a marcharse.

Mildred carraspea y Úrsula se levanta, alisándose la falda con un gesto estudiadamente casual.

—No, siéntate —ordena Úrsula señalándole la silla—. Mildred ya se marcha.

María aparta la mirada cuando se dan un beso de despedida, un gesto tan íntimo que casi duele presenciarlo. Últimamente, no soporta ver las muestras de amor de nadie, no sabe si es por pura envidia o por rechazo a algo que cree que ya no puede volver a sentir, como quien ha olvidado el sabor de su comida favorita.

—Bueno, ¿qué tenemos para hoy? —pregunta Úrsula sentándose de nuevo.

María la mira y levanta las cejas.

—¿De verdad me lo preguntas?

—Sí, claro —Úrsula frunce el ceño, consciente de que cuando María la mira así, es porque ha pasado algo importante por alto, aunque no logra saber qué es.

—La gala benéfica, Úrsula —dice María con los ojos en blanco—, es esta noche.

La boca de su amiga se abre como la de un pez antes de sonreír como una niña inocente.

—Lo había olvidado —dice y hace una mueca.

—Claro que lo has olvidado, os ponéis de buena mañana a hacer marranadas y se te funde el cerebro —suelta María.

—Culpable —alza las manos Úrsula.

—En fin, te he vaciado bastante la agenda para que no tengas un día muy movido, solo he dejado lo que era inaplazable, como la reunión con Antonia para la revisión del presupuesto de las instalaciones del edificio.

—De acuerdo, ¿a qué hora es?

—A las once y cuarto, ya le he enviado un aviso a Mildred para que nos recoja, si lo resolvemos pronto, os dará tiempo de dejarme aquí y recoger a Lili en el colegio. Después eres libre.

—¿Y hasta entonces?

—Quiero repasar la lista de invitados contigo. Ya he señalado todos los que me parecen más susceptibles de soltar buenas cantidades —dice y Úrsula sonríe—, y también te he escrito el discurso, lo tienes en la impresora.

Úrsula se gira, hace rodar un poco su silla y lo recoge de la bandeja.

—Léelo y cambiamos lo que no te guste, como siempre.

Mientras Úrsula va leyendo, María aprovecha para comprobar la aplicación de Tinder, donde últimamente pasa bastante tiempo desplazando candidatas sin llegar a comprender por qué ha vetado de ese modo tan radical a los hombres desde que su marido le pidió el divorcio. No encuentra un motivo razonable que lo justifique, simplemente, no siente ningún tipo de atracción por ellos, lo único que le apetece, es acostarse con mujeres, con todas las que puede como si tuviera que demostrarse a diario que todavía es deseable.

Observa de reojo a Úrsula mientras va anotando cosas en los laterales de la hoja cuando le entra un correo en la Tablet procedente del departamento de Recursos Humanos.

—Vaya —dice y tuerce el gesto.

—¿Qué pasa? —levanta la mirada Úrsula, intrigada.

—Anabel, la de contabilidad, ha pedido la baja voluntaria — comenta María ante la mirada estupefacta de su jefa.

—¿La baja voluntaria? ¿Por qué?

Úrsula no comprende nada. Anabel lleva trabajando para ella más de diez años. Tiene un buen horario y un sueldo más que razonable, además de una semana extra de vacaciones todos los años que acordó con Úrsula en su momento para poder pasar un mes completo en Argentina, su país natal. Todo eso por no hablar de que la mujer está encantada con su puesto y, además, es muy efectiva, por lo que Úrsula también está encantada con ella.

—Pues no lo ha comentado según lo que dicen en Recursos Humanos, ha dado los quince días y ya está —responde María y carraspea para aclararse la voz.

—No lo entiendo, dile que venga a verme.

—¿Aquí? —María se tensa.

—Claro, María, no la voy a llevar a mi casa —ironiza Úrsula.

—Bueno, es que quizá yo tenga algo que ver con esto — reconoce en voz tan baja que Úrsula tarda en procesar lo que le ha dicho.

—¿Cómo dices? —pregunta la empresaria.

—Que a lo mejor...

—Te he oído, María, lo que me pregunto es qué le has hecho para que una mujer que mantiene a toda una familia en su país, quiera dejar su puesto de trabajo para huir de ti —dice tratando de mantenerse calmada.

—Puede que tontease un poco con ella y que nos acostásemos, y por lo visto, se ha enamorado un poco, pero tampoco mucho...

—¡Madre mía!

Úrsula deja el documento con el discurso y se deja caer hacia atrás sobre el respaldo de la silla.

—¿Pero a ti qué coño te pasa, María? ¿Es que no hay gente suficiente en Tinder como para que tengas que follarte también al personal de la empresa?

María no sabe qué decir, se siente mal por lo que ha pasado con Anabel. Se sintió muy halagada cuando vio cómo comenzaba a mirarla y tontear con ella le pareció muy divertido y le subió mucho la autoestima. Pero debió parar ahí, nunca debió ir a su casa, acostarse con ella ni dejar que le hiciera la cena, porque Anabel cayó rendida, un flechazo en toda regla, y María tuvo

que ser muy borde con ella para que le quedase claro que el sentimiento no era recíproco.

—Lo siento, se me fue un poco de las manos —dice y vuelve a bajar la cabeza.

Úrsula la mira largamente y después observa también la grapadora que hay encima de su mesa y que le gustaría tirarle a la cabeza. Si fuera otra, probablemente la despediría de inmediato, pero es María, su mejor amiga y además la quiere con locura.

—Está bien, sal de aquí y hazla llamar, yo me ocupo. Y María, ni se te ocurra volver a acercarte a ella, ¿entendido?

—Te lo juro —María alza las manos con alivio, sabe que, si hay alguien capaz de consolar a Anabel y también de convencerla para que no se marche, esa es Úrsula Monte.

CAPÍTULO 4

Todo lo que rodea a Trinidad Alemán despierta mucha curiosidad en Eliot Galván, quizá por eso la mujer no solo le gusta por su atractivo, sino por todo el aire de misterio que hay a su alrededor. El perfume sutil que emana de ella y su manera elegante de moverse no hacen más que aumentar esa fascinación. Desde que la conoce, apenas ha logrado saber nada de ella que vaya más allá de lo poco que Trinidad le ha contado. La ha buscado en redes sociales y no la encuentra, aunque eso tampoco le inquieta porque probablemente esté utilizando siglas o algún nombre en clave para que solo la localicen sus más allegados, pero lo que sí lo ha sorprendido, es que no haya querido decirle dónde vive para pasar a recogerla como está acostumbrado a hacer, sino que, ha sido ella con su chófer la que ha pasado por su casa a recogerlo a él para ir juntos a la gala benéfica. En cualquier caso, Eliot no ha hecho ningún comentario al respecto, se conforma con que Trinidad, por fin, haya aceptado salir con él.

—No sabes lo feliz que me hace que me acompañes —dice Eliot sonriendo de manera sincera y amable, mientras observa el vestido que Trinidad luce con una elegancia que parece natural.

Trinidad le devuelve una sonrisa en la que no muestra los dientes. No se siente del todo cómoda a pesar de que Eliot es muy educado y respeta su espacio en todo momento, pero Trinidad hace demasiado tiempo que no sale, lo evita salvo que sea imprescindible porque no quiere correr riesgos innecesarios. Sin embargo, el otro día, cuando hablaba con Adrián y este le recordó que necesita despejarse y hacer algo que no solo tenga que ver con el trabajo, sintió que tenía ganas de desconectar, y lo más importante es que Benjamín estuvo de acuerdo cuando se lo comentó.

—Me tiene contratado para algo, usted concéntrese en disfrutar, de lo demás me encargará yo —le aseguró mientras conducía, ajustando el retrovisor para tener una mejor visión del entorno, algo que hace siempre.

Lo demás es simplemente ser su sombra, no perderla de vista bajo ninguna circunstancia, porque Trinidad es muy consciente de que un solo segundo, le puede costar muy caro.

—¿A dónde irán destinados los fondos recaudados? —pregunta Trinidad evitando responder a Eliot.

—A varios centros de ayuda a la mujer maltratada.

Benjamín y Trinidad cruzan una mirada rápida a través del retrovisor central. Eliot, sin saberlo, acaba de captar toda la atención de la empresaria.

—La organizadora es Úrsula Monte, no sé si te suena —sigue explicando Eliot—, heredó un imperio de su padre que dirigía su difunto marido mientras ella se dedicaba a crear

organizaciones benéficas. Tiene unas cuantas, y la mayoría están destinadas a las mujeres. Mi familia lleva haciendo donaciones cinco años y solemos acudir a todas las recaudaciones, a esta, me ha tocado a mí, y será la envidia de todos cuando me vean entrar con una mujer tan espectacular como tú —dice, y de nuevo sonrío.

Trinidad suspira un poco incómoda. En la mirada de Eliot no hay ni un ápice de lascivia o perversión, solo admiración y felicidad. De algún modo, con él se siente a salvo, presiente que jamás intentará nada si ella no le da pie, por eso se siente mal con ella misma, porque es consciente de que el hombre que tiene delante siente algo por ella, y ella solo lo ha utilizado para salir de la cueva en la que se recluye cuando sale del trabajo para socializar un poco antes de volver a ella.

Cuando llegan, Eliot no hace alusión alguna al hecho de llevar a Benjamín pegado a ellos. Trinidad ya le ha comentado que es su guardaespaldas y que irá a cualquier sitio al que vaya ella. Al igual que le pasa a Adrián, Eliot comprende que Trinidad no se sienta segura dada su solvencia económica, pero le parece exagerado que no se deshaga de su hombre en un evento que de por sí, ya tiene seguridad contratada.

Eliot le presenta a algunas personas y ambos se toman un cóctel durante el aperitivo mientras charlan. Trinidad no se siente incómoda con él, si no quiere contestar a algo, desvía el tema y Eliot no insiste, cosa que agradece.

—Esa es Úrsula Monte —explica Eliot haciendo un gesto con la cabeza hacia un grupo de tres mujeres—, la que está en el centro.

Trinidad mira y ve que la mujer de la que le habla, tiene cogida de la mano a la que está situada a su izquierda y que, la de su derecha, le va susurrando cosas de manera discreta mientras comprueba algo en una Tablet.

—Después te la presentaré si tenemos oportunidad, es muy agradable, seguro que te gustará conocerla.

Trinidad asiente y toman asiento para cenar. Cuando terminan, es la hora del discurso y Úrsula, elegante y con la seguridad de siempre, se levanta y se sube al pequeño escenario para colocarse delante de un atril.

Durante los siguientes ocho minutos, todos los comensales la escuchan con suma atención, sobre todo Trinidad, a la que Úrsula no le ha parecido la típica mujer rica y aburrida que busca sus minutos de gloria organizando cenas como esta. La mujer que ha empezado el discurso con un guion y al final lo ha dejado y sigue hablando con lo que su corazón le dicta, hace lo que hace porque lo siente, porque de verdad cree en lo que ha creado y quiere ayudar a todas esas mujeres.

—¿Me disculpas un momento? —le dice Trinidad a Eliot en cuanto Úrsula termina su discurso.

Él asiente a la nada, porque Trinidad no ha esperado su respuesta y ya se ha levantado y empezado a caminar con Benjamín pegado a su espalda.

—Me ha encantado, aunque te hayas pasado el discurso que preparamos por el forro —le dice María a Úrsula cuando baja del escenario.

—Perdona, ya sabes que a veces me emociono y voy por libre — se disculpa la anfitriona buscando a Mildred con la mirada.

—Disculpe —capta la atención de Úrsula una mujer que aparece frente a ellas—, me llamo Trinidad Alemán, ¿podría hablar con usted a solas un momento?

—Es un placer, Trinidad —dice Úrsula al mismo tiempo que le estrecha la mano—, puede hablar delante de María, es mi asistente personal y una buena amiga.

—Si no le importa, me gustaría hacerlo a solas —insiste Trinidad, que desconfía de todo el mundo—, quisiera proponerle algo.

—No pasa nada, Úrsula, iré a buscar a Mildred —dice María taladrando a Trinidad con la mirada.

La asistente llega a la mesa donde está Mildred y se sienta junto a ella sin disimular su mal humor.

—Será imbécil —masculla cruzando una pierna sobre otra mientras mira a las dos mujeres.

—¿Quién es? —pregunta Mildred intrigada.

—No tengo ni idea. Una estirada que va de interesante. ¿Te puedes creer que le ha pedido a Úrsula hablar a solas? ¿Qué se piensa? ¿Que no me lo va a contar después? Soy su abogada, Úrsula no hará nada que no pase antes por mí —zanja rabiosa.

—Relájate, ya hablarás con Úrsula más tarde —trata de quitarle hierro Mildred, que sabe cuánto le molesta a María sentirse excluida cuando se trata de trabajo.

—Estoy relajada —bufa María.

—Ya lo veo —Mildred se aguanta la risa.

—¿Nos sentamos? —le pregunta Úrsula a Trinidad.

La empresaria asiente y ambas se dirigen a una mesa vacía. Úrsula se fija en el hombre trajeado de pelo canoso que se queda de pie justo detrás de la silla de Trinidad, pero no hace comentario alguno.

—Tú dirás —la invita a hablar Úrsula.

—He visto lo que haces y me gusta —va directa al grano Trinidad.

—Gracias.

—Yo te propongo ir un paso más allá —dice y esta vez es ella la que capta la atención de

Úrsula.

—Te escucho.

—Llevo bastante tiempo pensando en comprar edificios en el extranjero, países como Francia, Inglaterra o Italia, habría que mirarlo, para ayudar a mujeres en riesgo extremo, esas a las que no hay dónde esconder de los psicópatas de sus maridos. La idea sería convertir esos edificios en una especie de hostel, tipo comunidad, donde alojarlas mientras se les consigue una nueva identidad, se les enseña el idioma y se las ayuda a encontrar un empleo.

—Conseguirles una nueva vida para que comiencen de cero en otro sitio —resume Úrsula.

—Eso mismo. Serían edificios tutelados, supongo, con personal que las ayude en todo. Yo no entiendo de esto, Úrsula, no sé cómo funciona, pero tú ya estás metida de lleno. Con tus conocimientos y mi dinero, podríamos ayudar a todas esas mujeres.

—Me gusta —asiente Úrsula y Trinidad sonríe.

—Genial, entonces no te robo más tiempo que esta noche estás muy solicitada. Si te parece, nos reunimos en otro momento y lo hablamos con más calma.

—Por supuesto —Úrsula no tiene tarjetas ni lleva el teléfono encima, así que Trinidad le hace un gesto a Benjamín y este le da una de las suyas.

—Toma, llámame cuando puedas —dice Trinidad—. Ahora, sácales todo el dinero que puedas.

—Te aseguro que lo haré —sonríe Úrsula y le estrecha la mano de nuevo.

María, que no deja de mirarlas, entorna los ojos y se levanta con la intención de interrogar a su jefa en cuanto pueda.

CAPÍTULO 5

—¿No te parece un poco raro que aparezca de repente y te proponga algo tan bueno como esto?
—pregunta María, sentada frente a Úrsula en su despacho mientras hacen tiempo hasta la hora de la reunión que han concertado con Trinidad Alemán.

La abogada sigue recelosa, la actitud desconfiada de la empresaria la ofendió tanto, que ahora es ella la que no se fía.

—¿Por qué me ha de parecer raro? Tiene dinero y un proyecto que quiere ejecutar, uno que se ajusta mucho a algo que yo estoy acostumbrada a hacer, así que no veo por qué unirnos a ella para esto puede ser malo, María —responde Úrsula mientras observa la mueca de disgusto de su mejor amiga—. Además, en una cosa tiene razón, hay muchas mujeres que viven en una situación de riesgo extremo, mujeres a las que les falla la justicia y no tienen a dónde acudir para esconderse, ni siquiera en nuestras casas están seguras, pero si las sacamos del país con una identidad nueva, sus posibilidades de empezar de cero y tener una vida normal, aumentan considerablemente.

—En eso estoy de acuerdo, pero es que esa mujer, no sé, es rara —argumenta pensativa—, hay algo en ella que no me termina de cuadrar.

Lo primero que hizo María después de que Úrsula le explicase lo que había hablado con Trinidad, fue buscar el nombre de la empresaria para confirmar que de verdad tenía la solvencia económica suficiente para llevar a cabo lo que decía y asegurarse de que no era una vendehúmos. Sin embargo, a pesar de haber constatado que la mujer tiene una empresa que factura mucho más de lo que María habría imaginado, sigue sin fiarse de ella. Algo en su instinto le dice que hay más de lo que se ve a simple vista.

—A ti lo que te jode es que no quisiera hablar delante de ti —se mofa Úrsula, con una sonrisa burlona que María quisiera arrancarle de un guantazo.

—Me pareció muy estúpida, ¿qué se pensó con tanto secretismo? ¿Que no ibas a contármelo?
—pregunta ofendida como una niña, cruzándose de brazos.

—¿Qué más da eso, María?

—A mí me da mucho —responde, levantándose para caminar por el despacho—. No soporto a estas mujeres que se piensan que, porque están buenas y tienen mucha pasta, pueden llegar dando órdenes para que todo se haga a su voluntad.

Úrsula arquea una ceja, divertida por la reacción de su amiga.

—Así que está buena.

—¿Eres ciega o qué te pasa? —parpadea confundida María, deteniendo el paso para mirar a su jefa.

Úrsula esboza media sonrisa y se inclina hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa.

—Veo perfectamente. Debe estar a punto de llegar. Baja y ve a recibirla.

—Pero bueno, esto es el colmo, ¿ahora soy su sirvienta? ¿Quieres que le pongamos también una alfombra roja? —se indigna la letrada, a la que solo le falta echar humo por las orejas.

—María, ve —ordena tajante Úrsula—, y a ser posible, a ella no te la tires —suelta cuando María se gira, provocando que esta se detenga en seco junto a la puerta.

—¿Estás loca? Jamás me acostaría con una mujer tan ególatra como esta por más atractiva que me resulte —responde con desdén.

María sale del despacho tan enfadada, que baja por las escaleras en lugar de utilizar el ascensor. Cuando cruza la puerta del edificio, Trinidad todavía no ha llegado y ella se lamenta por haberse olvidado el paquete de tabaco, por lo que le pide un cigarrillo al guardia de seguridad con un gesto que denota su irritación.

—¿Día complicado? —pregunta el hombre mientras le ofrece fuego.

—Ni te lo imaginas —responde ella con sequedad, bajando los escalones de la entrada para colocarse a un lado y esperar.

Está disfrutando su tercera calada, entretenida mientras observa como el humo se disipa en el aire, cuando en el recinto entra un Mercedes negro con los cristales tintados. María no necesita ver quién hay en el asiento trasero para saber que ahí está Trinidad, porque reconoce al conductor como al hombre que iba pegado a ella cuando se acercó a Úrsula.

La puerta del conductor se abre, y María se sorprende cuando al mismo tiempo lo hace también la trasera derecha. Ella esperaba que alguien con el ego de Trinidad, esperase a que su chófer se la abriera, pero el hombre no tiene tiempo de acercarse cuando María ve una pierna y un elegante zapato de tacón y de inmediato, a Trinidad saliendo del vehículo ataviada con un traje blanco que le queda tan perfecto, que María por poco se atraganta con el humo.

Trinidad cierra la puerta con un movimiento fluido y se recoge parte de los mechones ondulados de una larga melena de color castaño claro que a María le recuerda el color de las avellanas bajo el reflejo del sol.

—Buenos días —saluda Trinidad acercándose a María. Todo en ella es tan perfecto que María tiene ganas de pegarle.

La asistente personal de Úrsula le devuelve el saludo al mismo tiempo que aplasta la colilla en el cenicero y sopla el humo de su última calada hacia un lado, intentando que no le llegue a

Trinidad, aunque, en el fondo, le gustaría soplárselo en la cara.

—Si es tan amable de seguirme —dice con la mejor de sus sonrisas cuando señala la puerta, aunque por dentro siente una inexplicable irritación.

María la abre y se sorprende cuando ve que el chófer de Trinidad, también entra tras ella. El hombre se mueve con la precisión y sigilo de un guardaespaldas entrenado, a ojos de María, y esto solo aumenta su curiosidad y recelo. No hace ningún comentario al respecto mientras caminan, tampoco cuando entran en el ascensor y él, muy silencioso y discreto, se coloca en la parte de atrás mientras María lo mira de reojo.

Después desvía la mirada hacia Trinidad, que permanece tiesa como un junco frente a la puerta como si tuviera prisa por llevar a cabo la reunión y abandonar el edificio cuanto antes. El espacio reducido del ascensor hace que María sea más consciente de la presencia de la empresaria, de su perfume, de la tensión que emana de su postura. María no soporta los silencios, pero no se le ocurre nada que decirle y Trinidad tampoco parece tener interés en hablar con ella, lo que la va enfureciendo cada vez un poco más.

Las puertas se abren y María sale haciendo que sus tacones resuenen con fuerza por el pasillo hasta que llegan a la puerta del despacho de Úrsula, donde se detiene y se da la vuelta con un movimiento brusco.

—Lo siento, pero él no puede entrar —suelta de repente señalando a Benjamín, experimentando cierta satisfacción al ver el desconcierto en el rostro de Trinidad.

Trinidad parece vacilar en ese momento y María se queda atónita cuando se da cuenta de que probablemente se está planteando no entrar si no es acompañada de ese hombre. Por un instante, la abogada tiene la sensación de que algo parecido al miedo cruza por los ojos de la empresaria, pero solo dura eso, un momento.

—Entre, Trinidad —habla él y ella parece tranquilizarse, despertando en María una curiosidad incontrolable—, estaré justo aquí —señala Benjamín el lugar en el que se encuentra.

Por un momento, María ve tal vulnerabilidad en la expresión de Trinidad, que se plantea dejar que el hombre pase, pero decide no hacerlo para comprobar si se muestra tan segura como la otra noche sin tenerlo a él haciéndole sombra.

—Vamos allá —dice María abriendo la puerta, pero justo antes de entrar, se detiene y se gira hacia Trinidad—, por cierto, como abogada de Úrsula, esta vez yo también voy a estar presente, espero que no te importe —suelta satisfecha, saboreando su pequeña victoria.

Trinidad levanta la mirada para clavarla en María un solo instante, suficiente para que vea la fiereza que hay en esos ojos color miel, una intensidad que hace que su cuerpo se estremezca sin motivo aparente.

—En absoluto —responde Trinidad con una voz que suena fría y controlada mientras entra en el despacho.

Úrsula se levanta para recibir a la invitada y las tres se sientan en una mesa redonda situada frente a un ventanal en una esquina del despacho.

Durante más de dos horas, las dos empresarias hablan de la propuesta de Trinidad, le van dando forma y la moldean mientras María va tomando notas en su Tablet y haciendo algunas incisiones sobre leyes cuando a Úrsula se le olvidan a pesar de que también es abogada.

—Me parece que podemos hacer cosas muy buenas —dice Úrsula complacida cuando lo tienen todo claro y se deciden a llevar a cabo el proyecto.

—Esa es la idea —contesta Trinidad.

—Bien, pues si te parece, María redactará el acuerdo de colaboración tal y como lo hemos hablado y se lo pasará a tu abogado para que revise todas las cláusulas —propone Úrsula cambiando de postura.

—Yo tengo una más que añadir —dice Trinidad y los ojos de María se clavan en ella en forma de rendijas.

—¿Y cuál es? —pregunta Úrsula.

—Hagamos lo que hagamos juntas, no quiero que mi imagen aparezca públicamente bajo ningún concepto.

María frunce el ceño, desconfiada, y toma nota cuando Úrsula asiente.

—De acuerdo —responde Úrsula y María la atraviesa con la mirada por no preguntarle los motivos—, pues me parece que ya está todo.

Trinidad sonríe y se levanta, extendiendo una mano hacia Úrsula que después, para sorpresa de María, extiende también hacia ella y apretársela con fuerza.

—Espero a que me llaméis entonces. No hace falta que me acompañes a la salida.

La empresaria se despide y María se gira hacia Úrsula con la boca abierta.

—¿Ves cómo es rara? ¿Quién invierte todo ese montón de pasta en una obra social de esta envergadura y después no quiere que su imagen aparezca en ningún sitio? Eso por no hablar de ese hombre del que no se despegas —dispara María, cada vez más molesta.

—Tendrá sus motivos, María —resuelve su jefa.

—A ti te cae bien —concluye la abogada.

—Sí, además tiene una expresión en la mirada que no sé, me recuerda algo en lo que no consigo caer.

—Pues a mí me parece una depredadora.

Úrsula se ríe cuando se da cuenta de que María tiene a Trinidad en el punto de mira y que va a hacer falta mucha paciencia hasta que se le pase.

—Ponte con lo del acuerdo, anda, me gustaría empezar cuanto antes.

—Lo haré, pero antes pienso investigarla —decide María.

Úrsula arquea las cejas.

—¿En serio? ¿No te estás poniendo un poco paranoica?

—Tú di lo que quieras, pero a mí me parece más una mafiosa que una empresaria, seguro que lo que quiere es blanquear dinero a través de tus organizaciones.

Úrsula meneaba la cabeza lentamente mientras suspiraba, le parece que María exagera, pero si su mano derecha quiere investigar a la empresaria, tampoco va a ser ella la que se lo impida.

—Está bien, investigala si quieres, pero lo haces después de haber redactado el contrato y antes de que vayamos a firmarlo.

—Por supuesto —se levanta María muy dispuesta, convencida de que va a encontrar algo que logrará que ese acuerdo se disuelva antes de firmarlo.

CAPÍTULO 6

María no ha dormido bien y está ofuscada. Ayer le pasó a Úrsula el acuerdo para colaborar con Trinidad y esta le dio su aprobación para que se lo enviara al abogado de la empresaria.

Cuando ha llegado esta mañana, se ha encontrado un correo de respuesta en el que le indican que Trinidad Alemán está de acuerdo y que pueden firmarlo cuando digan. Eso tiene a María desquiciada, porque lleva dos días investigando a la empresaria de una manera casi enfermiza y no ha encontrado nada.

María ha utilizado todos los recursos de los que disponen para hacerlo —y no son pocos, desde bases de datos privadas hasta contactos en diferentes organismos— y lo único que tiene es el título universitario de Trinidad.

Lo imprime y se levanta para ir directamente hasta el despacho de Úrsula para su reunión matutina.

—¿Te han contestado ya? —pregunta Úrsula en cuanto se saludan.

—Sí, pero no deberías firmar —responde María, pasándose una mano por el pelo con frustración—, nos está ocultando algo, estoy segura.

—Ya empezamos —se aprieta el puente de la nariz Úrsula, un gesto que María conoce bien como señal de que su amiga está perdiendo la paciencia. No le importa.

—Lo digo en serio —María se enfada y agita un papel con la mano—, no encuentro nada sobre ella, Úrsula, y cuando digo nada, es nada.

Eso capta la atención de la empresaria, sobre todo por la expresión de preocupación de la que es su mejor amiga. Úrsula se inclina hacia delante con los ojos fijos en María.

—Define nada —exige, juntando las manos sobre la mesa.

—No tiene redes sociales de ningún tipo y en internet no aparece ni una sola imagen suya —María comienza a caminar de un lado a otro del despacho, gesticulando con las manos mientras habla—, lo cual es muy raro teniendo en cuenta las empresas que tiene y que, además, según he visto, dos de los centros de capacitación y rehabilitación que ha creado, pertenecen a un programa para personas sin recursos. Tú y yo sabemos que ese tipo de programas, independientemente del motivo por el que se hagan, dan muy buena imagen a la empresa. Se hacen reportajes, salen en la prensa y forman parte de actos de manera continua.

Úrsula va asintiendo mientras la escucha con atención.

—En la web de la empresa tienen una sección dedicada a esto, lo normal, vamos, con decenas

de fotos de personas sonriendo con sus brazos y sus piernas articuladas nuevas —María activa su tableta y se la muestra a Úrsula—, pero en ninguna de ellas sale Trinidad. En todas salen al lado de alguien del personal de la empresa, pero ella jamás.

—Qué raro —frunce el ceño Úrsula, inclinándose para examinar las imágenes.

—Vaya, menos mal que te das cuenta —pone los ojos en blanco María, dejándose caer en su silla—. Trinidad no solo es una de las ingenieras que diseña esos modelos, es que es la dueña, es la que pone el dinero y hace posible que estas personas tengan esos artilugios de última generación. No es normal que no aparezca por ningún sitio. Y eso no es todo, la he buscado con el sistema OSINT y lo único que tengo de ella es su título universitario, es como si no existiera. Como si alguien hubiera borrado deliberadamente todo rastro de ella en internet.

—¿Y los datos de la empresa? —pregunta Úrsula, reclinándose en su sillón mientras juega distraídamente con un bolígrafo.

—Eso es bastante transparente. Es la única socia y no aparecen deudas. Todo está perfectamente en regla, demasiado perfecto diría yo.

—Sus propiedades estarán a nombre de la empresa o de cualquier otra sociedad creada específicamente para ello —opina Úrsula, que sabe de qué va el tema. Sus años de experiencia en el mundo empresarial le han enseñado todos los recovecos legales posibles.

—Es posible —concede María, pasándose una mano por el cuello, que nota tenso como la cuerda de una guitarra—, pero ¿qué me dices de ella? Es como la mujer invisible, ¿quién no tiene ni una sola red social con cuarenta y dos años? Ni siquiera una foto antigua de la universidad, nada.

—Bueno, hay gente a la que no le gustan esas cosas.

—Venga ya, Úrsula, alguien como ella como mínimo debería tener algo como LinkedIn. Reconoce que todo es muy extraño.

—Está bien —suspira Úrsula después de un momento de reflexión—, llámala para firmar el acuerdo y cuando venga le preguntamos sobre ello.

—Eso ya me gusta más —asiente María, aunque una parte de ella siente una inexplicable inquietud ante la idea de volver a ver a Trinidad—, pero esta vez no pienso salir a recibirla.

La reunión con Trinidad no ha podido concertarse hasta la tarde porque la empresaria no tenía hueco antes, eso ha tenido a María desquiciada de los nervios todo el día, bajando a fumar más veces de la cuenta y asomándose a la ventana de su despacho de manera constante cuando quedan pocos minutos para la llegada de Trinidad.

De repente, ve aparecer el coche de Benjamín y se le anuda algo en el estómago. María carraspea y sigue el vehículo con la mirada hasta que este aparca en la entrada del edificio. La puerta trasera se abre y Trinidad, elegante y decidida, se baja con su maletín y se queda junto al coche hasta que el chófer llega junto a ella. María no es consciente en ese momento, pero no está

respirando. La falda de tubo de Trinidad la tiene con la mirada fija en sus piernas, de ahí sube por su cuerpo hasta la blusa ajustada sin mangas, a los brazos desnudos y el cuello despejado porque lleva la melena recogida en una simple cola baja que en ella parece extraordinariamente sofisticada.

María la sigue con la mirada cuando camina, hipnotizada por sus curvas y la serenidad que transmite. No es hasta que Trinidad cruza la puerta y la pierde de vista, cuando reacciona y parpadea varias veces como si despertara de un trance.

—Joder con la empresaria —sisea contrariada, frustrada por su propia reacción.

María coge su tableta y sale del despacho mientras intenta comprender el motivo que la hace sentirse atraída por una mujer a la que no soporta.

Trinidad ya conoce el camino hasta el despacho de Úrsula, así que, cuando las puertas del ascensor se abren, gira a la izquierda directamente y su mirada se clava en la figura que ve al fondo del pasillo, la de María Molina. La mirada de las dos mujeres se queda enganchada unos instantes que ponen nerviosa a Trinidad. María la observa de un modo escrutador que no le gusta y, al mismo tiempo, mientras camina, se está imaginando una escena subida de tono donde ella llega hasta la abogada, le pone una mano en el pecho para empujarla hasta la pared y le devora la boca mientras enrosca la otra mano por su pelo y se lo coge con fuerza para demostrarle quien manda.

—¿Está bien? —pregunta Benjamín cuando Trinidad se atraganta con su propia saliva.

La mujer asiente, sin tiempo a recomponerse cuando María llega frente a ellos.

—¿Entramos? —pregunta María a modo de saludo.

Trinidad asiente después de mirar a Benjamín, que se sitúa a un lado de la puerta para esperarla en el pasillo. El aire entre las dos mujeres parece cargado de una electricidad invisible mientras entran al despacho.

—¿Qué tal? Me alegro de volver a verte —la saluda Úrsula con un apretón de manos, ajena a la tensión que flota en el ambiente.

—Lo mismo digo —contesta Trinidad recuperada de esa visión perturbadora con la que es mano derecha de Úrsula.

Las tres mujeres se sientan en la misma mesa del otro día y María saca los documentos dejándolos a un lado tras clavarle una mirada a su jefa. A Úrsula le resulta muy incómodo lo que tiene que hacer, pero tampoco quiere estar escuchando los reproches de María durante meses si no lo hace, y menos, si al final tiene razón y algo sale mal.

—Antes de nada, Trinidad —empieza a decir y carraspea.

La empresaria le presta toda su atención y frunce el ceño cuando percibe la incomodidad de Úrsula, que parece que no encuentra las palabras.

—¿Por qué no vas al grano? —suelta Trinidad.

—Está bien —Úrsula se recompone cuando comprueba que la mujer que tiene delante es como ella, de las que no les gusta andarse con rodeos—. María te ha estado investigando, algo que solemos hacer con cualquiera con quien vayamos a implicarnos — miente para justificar la desconfianza de su amiga—, y digamos que la poca información que hay sobre ti, es un poco inquietante.

—Inquietante —repite molesta Trinidad.

—Ni una sola red social, ni una foto en internet, ni un solo dato público salvo tu título universitario —interviene María, que lo estaba deseando—, reconoce que es muy raro. ¿Qué pasa con tus títulos anteriores? ¿A qué colegio de primaria fuiste? ¿Dónde trabajaste antes de montar tu empresa?

—Ya basta —la corta Trinidad de manera tan abrupta, que María deja de respirar otra vez, aunque en esta ocasión, sí que es consciente de que lo hace—. No he venido aquí para que me sometáis a un tercer grado ni tengo por qué dar explicaciones sobre mi vida, ni a vosotras ni a nadie. Si queréis firmar ese contrato aquí y ahora, lo firmamos, de lo contrario, salgo por esa puerta y me busco a otro interesado o simplemente me olvido del proyecto. Tú decides, Úrsula.

Úrsula clava la mirada en Trinidad y empieza a dibujar media sonrisa de satisfacción mientras asiente.

—Dame el contrato, María —ordena sin dejar de mirar a Trinidad.

—Pero Úrsula... —protesta la abogada.

—He dicho que me des el contrato.

María, contrariada, desliza los papeles sobre la mesa hasta dejarlos delante de su jefa, que los firma uno tras otro y cuando acaba, se los pasa a Trinidad, que también estampa su firma bajo la mirada escrutadora de María.

—Bien, pues ya tenemos un acuerdo —dice Úrsula y acompaña a Trinidad hasta la puerta—. Lamento si te he hecho sentir incómoda.

—No pasa nada —responde Trinidad—, entiendo que no confíes, pero tengo mis motivos para hacer lo que hago.

—Si no me fiase de ti, no habría firmado. Estamos en contacto, Trinidad.

La empresaria sabe que Úrsula no le ha mentado, se lo nota porque desde el principio se ha sentido cómoda con ella, por lo que tiene claro que la que no confía en ella es María.

CAPÍTULO 7

—¿Por qué no se lo pide a Eliot? —propone Benjamín, de pie junto a Trinidad en la barra de un restaurante.

Él está bebiendo un agua con gas y Trinidad una copa de vino en la que va haciendo bailar el líquido del interior.

Es la tercera vez que va a ese lugar en concreto, un restaurante normal en apariencia y en el que es muy probable que algunos de los comensales no sepan lo que sucede más allá de la puerta del fondo, la que lleva al restaurante del tercer piso, pero Trinidad sí que lo sabe. A ella le han hablado de ese sitio y sabe que, al fondo del restaurante del tercer piso, hay otra puerta que lleva a una sala en la que quienes entran tienen acceso a una inmensa estancia con luces muy tenues, música suave, tres pequeñas barras repartidas en puntos estratégicos y rincones con sofás o camas donde practicar sexo con desconocidos, hacer intercambio de parejas o participar en orgías.

Trinidad jamás ha pisado un sitio así, pero siempre ha sentido una curiosidad brutal por entrar, sobre todo últimamente, que se siente más necesitada que nunca. La empresaria tiene muchos problemas para relacionarse con las personas más allá de su trabajo, por lo que, en los últimos años, puede contar con los dedos de una mano a las personas con las que se ha acostado. Recuerda que la primera fue una mujer a la que conoció mientras estaba de vacaciones en Turquía, también era española y Trinidad se sintió cómoda porque sabía que lo que tuviera con ella se quedaría en aquel país. La segunda es una prostituta de catálogo a la que la empresaria contrata cuando sus juguetes no le parecen suficientes y necesita contacto humano o algo de conversación al terminar.

Benjamín, con su rol de padre asumido hasta el tuétano, no está de acuerdo con ese estilo de vida. Él siempre le aconseja que se abra, que no tema tanto a las personas, y que, si las teme, para eso lo tiene a él, pero a Trinidad le cuesta mucho.

—¿Eliot? —dice ella soltando una risotada—. Venga ya, Benjamín, le daría un pasmo si le dijera que entrase conmigo en un sitio así. Además, no quiero acostarme con él.

Las otras dos veces que Trinidad ha ido a ese curioso y exclusivo restaurante, jamás se ha atrevido a pasar al otro lado. Se queda en la barra como ahora, tomando una copa junto a Benjamín porque, aunque es una mujer decidida, no acaba de encontrar el valor para entrar sola porque se siente vulnerable sin la protección del guardaespaldas, hecho que ella cree que cambiaría si encontrase a alguien de confianza a quien no le importase entrar con ella en un sitio así.

—Entonces, ¿no volverá a quedar con él? —indaga Benjamín con curiosidad.

Trinidad observa el elegante local desde la barra, con sus mesas de mantel blanco y candelabros antiguos que crean un ambiente distinguido. Las paredes están decoradas con cuadros abstractos en tonos oscuros, y una suave música jazz flota en el ambiente.

—No, no creo que sea apropiado permitir que se haga ilusiones.

Benjamín hace una mueca y Trinidad alza una ceja.

—¿Qué?

—Pues que yo sí que me había hecho ilusiones. Ese tal Eliot es un buen tipo, Trinidad, la trataría como merece y estoy seguro de que sabría hacerla feliz —dice con esa rectitud que lo caracteriza.

Trinidad lo mira con ternura y le sonríe.

—Deja de preocuparte por mí, Benjamín, estoy bien así.

—No se ofenda, pero no la creo —se atreve a decir y bebe un trago de agua con gas mientras la observa con ese gesto paternal tan característico suyo—. La conozco desde hace años y sé que en el fondo anhela algo más.

Trinidad vuelve a sonreír, esta vez, con ganas de abrazarlo.

—Venga ya, Benjamín, tú te has divorciado tres veces, ¿de verdad sigues creyendo en el amor verdadero?

—Yo sigo creyendo en las personas, en personas que pueden enamorarse y compartir camino juntos durante el tiempo que sea, no tiene por qué ser para toda la vida. Yo no me arrepiento de ninguno de mis tres matrimonios, y si conozco a otra mujer que me haga sentir bien a su lado, no dude de que tendrá usted que hacerme de madrina.

La carcajada repentina de Trinidad solo se interrumpe cuando la puerta de entrada se abre y por ella ve entrar a María Molina. La empresaria parpadea sorprendida varias veces con la mirada clavada en ella para asegurarse de que no se confunde de persona, pero no lo hace, es María, y tras saludar a alguien al entrar, sigue su camino hacia delante y no parece que tenga intención de ir para cenar.

—¿Qué ocurre? —Benjamín se gira en modo alerta y respira con alivio al ver que se trata de la abogada.

María lleva mucho tiempo sin aparecer por allí. Desde que Úrsula y ella dejaron de acostarse y su marido le pidió el divorcio, se ha dedicado a las citas a través de las aplicaciones o a ligarse al personal de la empresa, pero desde su última discusión con Úrsula donde le ha prohibido acercarse a nadie del entorno de trabajo, ha decidido que una buena opción es volver a ese local como hacía antes, quedándose en una de las barras del interior mientras se tomaba una copa y examinaba la mercancía.

La abogada detiene el paso en seco cuando ve a Trinidad en la barra del restaurante, el corazón se le ha desbocado y de repente tiene sed. No entiende qué hace allí y se pregunta si sabrá lo que pasa al otro lado de la puerta o si solo es casualidad que ella y su inseparable guardaespaldas estén en el edificio. Los ojos de Trinidad se clavan en los suyos y, por un momento, sus miradas se quedan enganchadas. María duda, pero finalmente, reanuda el paso y los saluda con sequedad antes de pasar de largo, llegar hasta la puerta del fondo que tanto perturba a Trinidad, y cruzarla sin ningún reparo porque ya lo ha hecho decenas de veces.

—Vaya —dice Trinidad tan sorprendida, que las cejas se le arquean y por poco se le resbala la copa de vino entre los dedos.

Benjamín quiere aguantarse la risa, pero no puede y sus labios comienzan a curvarse hacia arriba.

—Parece que esa mujer no le tiene miedo a nada —comenta el hombre.

—No, no lo tiene —confirma Trinidad, que no aparta la mirada de la puerta.

Algo se ha encendido dentro de ella, algo que comienza a quemarle las entrañas y sabe que no se apagará si no cruza la puerta. Es evidente que María y ella chocan como dos trenes de mercancías, pero a pesar de las inseguridades que Trinidad tiene en muchos aspectos de su vida, en este caso no tiene ninguna. En su opinión, María tiene demasiados humos y alguien tiene que bajárselos.

—¿Me esperas aquí? —pregunta Trinidad mirando a Benjamín.

—Por supuesto, señora Trinidad, y recuerde que tiene el reloj, no dude en pulsar el botón si me necesita.

Trinidad se mira la muñeca izquierda donde un reloj plateado y elegante, destella cuando las luces del restaurante se reflejan sobre el cristal. En apariencia es completamente normal, salvo por el hecho de que una de las ruedas que hay a la derecha, es en realidad un botón del pánico. Si Trinidad lo pulsa, a Benjamín le llega una notificación de alerta inmediata a su móvil, indicándole también la ubicación exacta de la empresaria.

—Espero no tener que hacerlo —dice ella sonriendo antes de caminar hacia la puerta.

María apenas ha tenido tiempo de pedirse una copa cuando ve a Trinidad en la sala, la empresaria parece buscar a alguien y María está tentada de alzar una mano y pedirle que se acerque porque, en realidad, siente tanta animadversión como atracción hacia la ingeniera.

—Joder —sisea cuando Trinidad repara en ella y comienza a caminar en su dirección.

A María se le tensa todo el cuerpo y por algún motivo, también se le humedecen las bragas.

—Hola —saluda Trinidad y se coloca a su lado—, ¿te importa si me quedo?

En la mirada de la empresaria hay algo muy salvaje que María no había visto hasta ahora y,

aunque eso le provoca un corrientazo entre las piernas, la abogada quiere dejarle claro que no se fía de ella y que, por lo tanto, no la quiere cerca.

—Sabes qué sitio es este, ¿verdad? —pregunta y arrastra un taburete, donde apoya el culo y sube una pierna a la barra baja con una elegancia que para Trinidad es una provocación.

—Sí, lo sé.

La empresaria dedica una mirada rápida a su alrededor, la misma que cuando ha entrado y que le ha servido para comprobar que, en absoluto se siente incómoda rodeada de gente que practica sexo sin tapujos.

—Pues si lo sabes, podrás imaginarte que he entrado aquí buscando algo, y si tú te quedas conmigo, es probable que nadie se me acerque porque darán por hecho que ya tengo compañía.

Trinidad sonríe, pero no se mueve. Además, hay cierta expresión provocadora en su mirada a la que a María le cuesta mucho no sucumbir.

—Comprendo, solo voy a robarte unos minutos.

—¿Para qué? —pregunta María, a la que, de repente, le llega el olor del perfume de Trinidad y suspira hondamente como si lo necesitase para seguir viviendo.

—Para que me digas qué problema tienes conmigo.

A María le jode que Trinidad sea tan directa, porque le gustan las personas así.

—Ya lo sabes. Escondes algo y no me gusta. Puede que a Úrsula le dé igual que llegues con tus aires de grandeza y te niegues a dar explicaciones, pero ese me parece un argumento muy barato.

Trinidad la escucha sin interrumpirla verbalmente, pero lo hace físicamente cuando se desabrocha un botón de más de la camisa y deja a la vista un insinuante escote que desconcentra a María. La abogada carraspea y bebe un trago.

—A ella le caes bien por algún motivo que yo no soy capaz de comprender —sigue con su ataque, aunque sus ojos se han quedado enganchados en las curvas que se dibujan sugerentes a través del escote de Trinidad—, pero a mí no me la vas a colar, me da igual que tengas un acuerdo con ella, yo pienso seguir investigándote.

—Me parece bien, estás en tu derecho de hacer lo que quieras —contesta Trinidad, que da un paso hacia ella y le quita la copa de la mano para dejarla sobre la barra.

—¿Te parece bien? —pregunta María, entre sorprendida y mareada porque tiene a la empresaria tan cerca, que la corriente comienza a recorrerle todo el cuerpo y un pronunciado cosquilleo de deseo comienza a palparle entre las piernas desquiciándola por completo.

—Sí, y no me gusta repetirme. ¿Has terminado ya con tu sermón?

Trinidad se acerca un poco más y se coloca entre las piernas de María.

—No es un sermón, es una opinión que...

—Cállate —ordena Trinidad al mismo tiempo que sus manos comienzan a desabrochar el pantalón de María, que está paralizada por algo que se mezcla entre la rabia y el deseo—, aquí solo se acercará alguien cuando yo termine de follarte —remata la empresaria con tal convicción, que a la abogada le palpita el sexo y se le vacían los pulmones.

María se sujeta a la barra con una mano y al taburete con la otra para levantar el culo del taburete cuando Trinidad quiere bajarle el pantalón. Aunque por dentro desea gritarle que es una engreída y que ella no está allí para sucumbir a ese embrujo y magnetismo que sin duda Trinidad desprende, María es incapaz de pronunciarse, y mucho menos de negar nada porque está deseando que le haga todo lo que se le ocurra.

Trinidad la mira directamente a los ojos cuando la penetra y la corriente de placer y excitación que siente María en ese instante, hace que las piernas se le vuelvan de gelatina. La empresaria le coloca la otra mano por detrás del cuello y le agarra el pelo para mantenerle la cabeza erguida. Al principio, María la observa con mirada desafiante a pesar de ser consciente de que Trinidad es la que manda, pero un minuto después, conforme la empresaria se mueve en su interior volviéndola loca, María solo puede jadear desesperada y morderse la lengua para no suplicarle que la siga follando o decirle lo mucho que está disfrutando.

A Trinidad le encanta lo que hace, María está tan mojada que sus fluidos le están chorreando por la mano. Tiene ganas de abrirse el pantalón y pedirle que la toque, el sexo le palpita ansioso y se nota casi tan empapada como la abogada, pero se resiste, esa noche solo quiere que a María le quede claro que ahí la que manda es ella y que no debe desconfiar tanto de ella como dice cuando le ha abierto las piernas.

Los jadeos de María se vuelven más intensos y la abogada, en un momento de debilidad, trata de buscar los labios de Trinidad porque necesita probarlos, pero la empresaria no se lo permite, en su lugar, lo que hace es clavarse en ella de manera más profunda, provocando que la espalda de María se arquee mientras alcanza el punto álgido y las paredes de su vagina se contraen de manera espasmódica alrededor de los dedos de Trinidad.

Cuando María termina de correrse, Trinidad se queda ahí unos segundos, con los dedos dentro porque le fascina sentirlos así de apretados mientras la abogada intenta recuperarse. Después los saca y se los mira, brillantes y calientes, y María le coge la mano y se los chupa para limpiarlos.

Las dos se quedan en silencio unos instantes, con el corazón acelerado y la mente embotada. María quiere agarrar a Trinidad de las solapas de su camisa, acercarla de nuevo y esta vez ser ella la que le abra el pantalón y la folle después de pedirle que se coloque de espaldas a la barra y abra las piernas para ella. La abogada comienza a imaginarse un montón de posiciones en las que le gustaría follar con la empresaria y el deseo vuelve a crecer entre sus piernas hasta el punto de que está dispuesta a pedirle que vuelva a follarla, pero algo en la expresión indecifrable de Trinidad la hace guardar silencio. María comprende que eso ha sido todo por esa noche.

Ese pensamiento la pone en alerta y da un trago de su copa. María no quiere complicaciones,

primero porque Trinidad ahora tiene tratos con Úrsula y a su jefa no le gustará que se haya involucrado de esa manera, y segundo porque ella está bien como está, no quiere tonterías con nadie, y menos con una mujer tan enigmática como Trinidad.

María abre la boca dispuesta a dejarle claro que eso que ha pasado no va a repetirse y que haga el favor de no contárselo a Úrsula, pero Trinidad se le adelanta.

—Me tengo que marchar, ya nos veremos, María —suelta de repente y, sin dar opciones a María de pronunciarse, Trinidad se da la vuelta y se marcha.

Del mismo modo que la ha puesto cachonda como una perra en celo hace unos minutos, ahora la pone de un mal humor indescriptible, no solo porque la ha dejado con la palabra en la boca, sino porque, parece que Trinidad no es como la mayoría de las mujeres con las que se acuesta María, esas a las que después se tiene que quitar de encima después de haberlas utilizado. Trinidad tenía ganas de follársela y se la ha follado, y ya está, una vez satisfecha, se ha marchado, justo como suele hacer María, y resulta que beber de su propia medicina no le gusta en absoluto.

CAPÍTULO 8

María termina de dar la última calada a su cigarro con la mirada clavada en el lugar por el que los vehículos acceden al edificio. Durante su reunión matutina con Úrsula, esta le ha dicho que ha recibido una llamada de Trinidad a primera hora para concertar una reunión y que vendrá en un par de horas.

A María le molestan dos cosas, la primera es que llame directamente a Úrsula y no a ella, que es su asistente personal y Trinidad lo sabe.

—Zorra —murmura entre dientes, aplastando la colilla contra el cenicero con fuerza.

La segunda es que no la ha vuelto a ver desde lo que pasó hace tres noches en aquel club y desde entonces, está muy nerviosa, porque ahora ya no piensa solo en que la empresaria esconde algo, también piensa en que le gustaría volver a follar con ella, y ese hecho la tiene en conflicto constante, porque se supone que no debería desear a alguien a quien no soporta.

María vuelve a su despacho y, quince minutos después, va al de Úrsula cuando esta le informa por teléfono de que Trinidad ya ha llegado. El corazón le late con fuerza mientras sus dedos giran el pomo de la puerta. Está nerviosa cuando abre y entra, pero no lo muestra, porque María es María, y ella se come el mundo para desayunar todos los días, o al menos lo hacía antes de pasar por este bache existencial que no la deja actuar como lo haría en condiciones normales.

—Buenos días —saluda y Trinidad se gira hacia ella. El perfume de la empresaria inunda sutilmente sus sentidos, provocándole un escalofrío que la transporta a cierto momento que compartió con ella. Se queda sin aliento.

—Hola, María —le devuelve el saludo la empresaria y se vuelve hacia Úrsula.

María sabe que debe actuar con normalidad para que Úrsula no note nada raro en su comportamiento, pero lo cierto es que le cuesta porque el hecho de que Trinidad actúe como si no se la hubiera follado la otra noche, le molesta mucho.

—Pues tú dirás —dice Úrsula recostándose en la silla después de que María se siente al lado de Trinidad.

—Mi secretario ha encontrado un edificio en un pueblo de Londres que sería perfecto para lo que queremos hacer. Es un viejo hostel, el dueño se jubila y ninguno de sus hijos se quiere hacer cargo, por lo que va a venderlo —explica Trinidad—. Me he tomado la libertad de contactar con él para ir a verlo y me ha dicho que tiene que ser esta semana porque después tiene programado un viaje a Francia que no puede posponer. Yo puedo programar el viaje para mañana mismo, algo rápido con la vuelta al día siguiente.

Úrsula asiente pensativa, no necesita consultar su agenda de lo que resta de semana porque la

ha hablado hace unas horas con María.

—Yo lo tengo imposible esta semana —explica Úrsula—, pero si te parece bien, te acompañaré María en mi nombre.

A María los ojos casi se le salen de las cuencas al escucharla; sin embargo, Trinidad, asiente tranquila, como si nada le afectase.

—Por mí no hay problema. Iremos en mi avión privado, le diré a mi secretario que concierte la visita y lo organice todo para salir mañana a primera hora. Te pasaré los detalles más tarde —le dice a María, que la mira estupefacta cuando se levanta dando por concluida la reunión.

—¿Por qué tengo que acompañarla? —pregunta María en cuanto Trinidad se marcha—. No nos necesita para esto, puede ir sola.

—Me estoy cansando de tanta tontería, María —espetea Úrsula—, si vamos a montar allí un refugio para mujeres, quiero verlo, y si yo no puedo verlo, lo vas a ver tú y punto. Quiero que dejes ya esta retahíla de quejas con todo lo que tiene que ver con Trinidad. Te guste o no, ahora colaboramos con ella, así que acéptalo de una vez.

—Está bien —bufa la abogada.

—Perfecto.

—Joder, creo que necesito follar —María mira al techo lanzando un suspiro. Úrsula se ríe.

—¿Más? —pregunta arqueando una ceja—, porque últimamente parece que no paras.

—Quizá ese es el problema, que por más que follo, no me siento satisfecha —valora en voz alta por primera vez, de nuevo, mirando al techo.

María sigue echando de menos a Úrsula, después de tantos años acostándose juntas, su amiga sabía tocar las teclas adecuadas y darle lo que necesitaba a cada momento, incluyendo sobre todo, las conversaciones de después. Ahora le resulta imposible encontrar eso en otras mujeres, y mucho menos si solo las utiliza para un polvo y después huye. Entonces Trinidad aparece en su cabeza como un fogonazo, follándola sobre ese taburete, provocándole un placer desmedido como si conociera su cuerpo tan bien como lo conocía Úrsula. Desde que sucedió, María no deja de preguntarse cómo sería echar un polvo en condiciones con ella, pero entonces recuerda esa manera fría que la ingeniera tuvo de marcharse y de dejarla con ganas de más, justo lo que hace ella últimamente con todas las mujeres, y de nuevo, la rabia se apodera de ella porque la sensación de estar al otro lado no le gusta en absoluto.

—Es que quizá no son polvos ocasionales lo que tienes que buscar —concluye Úrsula—, ya ha pasado tiempo suficiente desde que te divorciaste de Marcos, me parece que ya puedes dejar atrás esa fase de mujer despechada y rabiosa que se comporta como una zorra fría y despiadada con todas las mujeres que se cruzan en su camino y comenzar a abrirte un poco.

—¿Abrirme así? —María abre las piernas todo lo que puede y Úrsula suelta una carcajada.

—No seas cerda —dice y María también se ríe cuando las cierra.

—Ahora en serio —dice la abogada—, tal vez tengas razón, pero en el fondo me gusta esto de ser fría y despiadada —reconoce arqueando una ceja.

—Puede que te guste, pero no te satisface, tú misma lo has dicho, María. Yo creo que ya va siendo hora de que pases página y asumas de una vez que eres una mujer divorciada y libre con todo el derecho del mundo a rehacer su vida.

—¿Me estás diciendo que me busque una Mildred? —pregunta burlona—, porque no te ofendas, pero a mí los niños no me gustan tanto como para soportarlos cada día.

Úrsula sonríe cuando piensa en Lili, ella está encantada con la niña, la quiere tanto que la siente como suya.

—No digo que busques una relación seria, solo que te permitas conocer un poco más a esas mujeres con las que te acuestas, tal vez alguna de ellas te sorprenda.

De nuevo, de su larga lista de conquistas, la imagen que aparece en su cabeza es la de Trinidad, la única de todas ellas que le ha dado esquinazo, y también la única que le provoca temblores en el pecho cuando piensa en ella.

—Ya veremos, de momento, tendré que cancelar mi cita de esta noche para no llegar tarde a la excursión en avión privado con nuestra amiga Trinidad —dice sarcástica.

—Pobre de ti que llegues tarde, y espero que seas cordial y no trates de sonsacarle información ni la hagas sentir incómoda —le advierte Úrsula.

—Tranquila, me portaré bien —asegura María.

Úrsula levanta una ceja.

—Que sí, te lo prometo —sonríe la abogada.

—Muy bien, y espero que esa cita tuya de esta noche no sea con ninguna empleada de aquí —le recuerda Úrsula.

María tensa todo el cuerpo mientras meneas la cabeza de manera negativa, sintiendo como un sudor frío le recorre la espalda. Su cita no es nadie de la empresa, pero ya ha tenido un encontronazo con Trinidad, que es mucho peor porque tiene tratos directos con Úrsula. Se levanta y sale del despacho mientras se pregunta por qué es incapaz de acatar una orden tan sencilla.

CAPÍTULO 9

Trinidad ha llegado al aeródromo donde tiene el jet privado una hora antes de lo acordado con María. Está sentada en uno de los acolchados asientos de cuero color crema, sin hacer otra cosa que mirar por la ventana hacia la extensión de campo abierto que se expande a su alrededor. Está tranquila; ese es el único lugar en el que se siente a salvo, incluso aunque Benjamín no estuviera sentado en el asiento más próximo a la cabina leyendo el periódico con interés.

A Trinidad le encanta salir de España, en cuanto el avión se eleva, ella se siente libre y la opresión que siente siempre en el pecho o la inquietud de no sentirse segura en ningún sitio, desaparece por completo. Las nubes parecen llevarse consigo todas sus preocupaciones. Por eso compró el avión, para poder permitirse el lujo de respirar cuando siente que se ahoga en su propia casa.

El sonido de tacones sobre el asfalto anuncia la llegada de María antes de que aparezca en la puerta del avión.

—Buenos días —saluda María al acceder al interior. Trinidad alza la mirada para observarla cuando se quita las gafas de sol y las guarda en la funda que lleva dentro del bolso.

Benjamín le devuelve el saludo y, detrás de ella, entra Oliver, el guardaespaldas de treinta años de plena confianza para Benjamín que suele acompañarlos muchas veces.

María clava la mirada en Trinidad y camina hacia ella con tanta determinación, que Trinidad nota cierto cosquilleo recorrerle el cuerpo ante la sensación de que María va a comérsela entera.

—Hola —saluda la abogada mientras deja su maletín—. ¿Dónde quieres que me siente?

A Trinidad le llega el olor fresco de su perfume, el mismo del que se impregnó la otra noche cuando estuvo dentro de ella y, por un momento, siente la tentación de decirle que se siente sobre sus piernas. El recuerdo le provoca un escalofrío que intenta disimular.

—Donde quieras —contesta finalmente, con tono deliberadamente neutro.

María observa sin moverse de su lado. Frente a Trinidad, hay un asiento vacío, tras ella hay otros dos y a su lado junto a la ventana opuesta, otro más. María se decide por ese último, no quiere sentarse con ella, pero tampoco quiere que la empresaria la pierda de vista y lo consigue, porque Trinidad la persigue con la mirada cuando se sienta con una mezcla de elegancia y provocación deliberada. Trinidad se desespera de deseo cuando María cruza las piernas y parte del pantalón se le sube y le deja al descubierto el tobillo, un gesto aparentemente inocente pero que hace que el aire entre ellas se vuelva más denso.

—Podemos irnos, Benjamín —dice la empresaria y él asiente y golpea la puerta de la cabina con la palma de la mano un par de veces—. Espero que no te dé miedo volar —añade

dirigiéndose a María, que se está abrochando el cinturón.

—No es lo que más me divierte hacer con Úrsula —reconoce—, pero una siempre tiene que estar dispuesta a cualquier cosa.

El clic de su cinturón al cerrarse remata su frase y María gira la cabeza hacia la ventana. Trinidad sonríe levemente y se coloca los auriculares dispuesta a escuchar su podcast favorito durante el vuelo sin que nada la distraiga, aunque es consciente de cada movimiento de María.

El vuelo transcurre cargado de una tensión sexual no resuelta.

Cuando aterrizan, ese sol brillante que acababa de salir en España ha sido sustituido por un manto de nubes y una humedad que hace que María se lleve la mano al pelo en cuanto ponen un pie en el suelo. El aire londinense les golpea con su característica frialdad.

—No me gusta nada este clima —dice suspirando mientras sus dedos intentan domar sus mechones rebeldes—, pero reconozco que Londres es una ciudad que me encanta.

Trinidad está de acuerdo, aunque no se lo dice. Le gusta observar cómo María lucha contra la humedad que está empezando a rizar su melena perfectamente alisada.

—¿Está muy lejos ese pueblo de aquí? —pregunta la abogada, ajustándose la chaqueta para protegerse del frío.

—Poco más de media hora —contesta Trinidad pasándole una copia del informe que le ha preparado Adrián en cuanto se suben en el coche de alquiler que les han llevado hasta allí—, aquí tienes todo lo que necesitamos saber sobre el edificio. Ahora vamos a comer y después salimos hacia el pueblo, hemos quedado con el dueño allí directamente.

El restaurante elegido es un establecimiento exclusivo en Mayfair, con techos altos y candelabros de cristal que tintinean suavemente. Después de una comida donde apenas intercambian palabras más allá de comentarios sobre la carta, las dos mujeres se han sentado en los asientos traseros del vehículo, manteniendo una distancia prudencial entre ellas. Oliver se ha puesto al volante y Benjamín va a su lado disfrutando del paseo, con la mirada perdida en el paisaje cambiante de la ciudad que va dando paso a la campiña inglesa.

María nota algo diferente en Trinidad, le parece más relajada que las demás veces que la ha visto. Sus hombros están menos tensos y su respiración más pausada, pero no se atreve a preguntarle por el motivo. Las dos hacen el viaje en completo silencio, en ocasiones bastante incómodo, en otras, simplemente absortas en sus propios pensamientos, hasta que llegan a un pequeño pueblo que no llega a los cinco mil habitantes cuyo hostel se encuentra en la entrada, entre una casa de dos plantas y un pequeño parque.

—¿Es este? —pregunta María sorprendida.

—Sí —confirma Trinidad mientras Oliver aparca el coche.

—Joder, el sitio es perfecto. Discreto y al mismo tiempo no está muy lejos de la capital —

comenta María, apreciando el encanto rural del edificio victoriano.

Trinidad asiente y, mientras se bajan, ven salir a un hombre mayor que les hace un gesto desde la puerta.

La empresaria se acerca y se presenta, después hace lo mismo con María en un inglés bastante fluido y ambas acceden al interior. El aroma a madera antigua y té recién hecho las recibe. El hostel conserva ese encanto rural en cada detalle: las vigas de madera expuestas en el techo, la chimenea de piedra en el salón común, las escaleras que crujen suavemente bajo sus pasos. El lugar enseguida fascina a las dos mujeres a pesar de que Trinidad tiene claro que deberá invertir en una buena reforma interior para mejorar la comodidad de todas las mujeres que se alojen ahí.

Tras una visita completa donde el dueño les enseña cada una de las doce habitaciones, las dos salas comunes y otras estancias que no están preparadas para el público, las deja a solas en la recepción para que hablen mientras él sale a fumar. A través de la ventana pueden verle gesticulando animadamente mientras intenta comunicarse con Benjamín y Oliver.

—¿Qué te parece? —pregunta María mirando a Trinidad—, porque a Úrsula estoy segura de que le encantaría.

—A mí también me gusta —Trinidad recorre con la mirada las vigas del techo mientras habla—, las habitaciones son grandes y en caso de quedarnos cortas en algún momento, pueden compartirlas entre dos o más mujeres. En una de esas estancias vacías podemos hacer una cocina, en otra una sala de formación para que aprendan el idioma y quizá una biblioteca o zona de lectura donde puedan desconectar —va pensando Trinidad.

María observa cómo Trinidad se mueve por el espacio, señalando lugares y posibilidades, y no puede evitar admirar la forma en que su mente ya está transformando cada rincón.

—Entonces, ¿nos lo quedamos?

—Si dices que Úrsula estaría de acuerdo, por mí sí.

—Genial, voy a llamarla entonces.

Mientras María se aparta para grabar un vídeo del hostel y después llamar a Úrsula, Trinidad termina de cerrar el trato con el dueño y ambas vuelven al coche para ir hacia Londres, donde Adrián ha reservado cuatro habitaciones en el hotel favorito de Trinidad.

—He quedado con él en que su abogado redactará el contrato. Cuando lo tenga, te lo pasará a ti para que lo revises y si no ves inconveniente, lo firmaremos en cuanto todo esté dispuesto —dice Trinidad.

—De acuerdo.

Esas son las únicas palabras que intercambian durante el camino de vuelta a Londres, pero María no deja de mirar a Trinidad de reojo, porque ahora que la parte laboral ha terminado, a ella le sigue quemando las entrañas ese encuentro tan inesperado como extraño y satisfactorio que

tuvieron la otra noche. Le carcome que Trinidad se comporte como si no hubiera sucedido, y María odia que la dejen con la palabra en la boca.

Oliver aparca y los cuatro entran al hotel. En cuanto hacen el registro, Benjamín y Oliver se van a tomar algo al bar después de que Trinidad prácticamente se lo ordene, cosa que sorprende a María.

—Vaya, aquí no necesitas a tus niñeras —suelta María mientras guarda su documentación en el bolso.

Trinidad sonríe, pero no entra en su juego.

—Hoy cenaré en mi habitación, nos vemos mañana, María.

La abogada no da crédito a lo que acaba de escuchar, y ni por asomo piensa permitir que se vaya sin hablar de lo que sucedió la otra noche.

—¿Huyes de mí? —pregunta cuando Trinidad le da la espalda.

La empresaria se detiene en seco y controla la sonrisa gamberra que se expande por su cara antes de darse la vuelta.

—¿Tengo motivos para hacerlo? —pregunta atravesando a María con la mirada.

—Por supuesto que no, pero creo que deberíamos hablar de lo que pasó la otra noche, ¿no te parece? —responde María con cierto aire de grandeza, el mismo que utiliza con todas sus conquistas.

—Pues no —responde Trinidad y a María la sonrisa de suficiencia le desaparece de un plumazo—, no me parece que tengamos que hablar de nada. Es algo que pasó y punto, no pensé que te iba a provocar un trauma.

A María la sangre le está hirviendo y nota como se le calientan las orejas. Quiere gritar porque no lo soporta, no soporta esa frialdad de Trinidad ni que sea ella la que ejerza ese papel de mujer fría y despiadada que tan bien se le da a María últimamente, estar en ese lado no le gusta. Sin embargo, respira profundamente y sonríe sin expresar la frustración que siente ahora mismo, porque lo último que desea es que Trinidad note lo mucho que le molesta.

—No me provoca ningún trauma, solo me preocupaba que te lo provocase a ti.

—Pues ya ves que no —remata Trinidad—. ¿Algo más?

María se imagina estrangulándola con sus propias manos; sin embargo, en su lugar esboza una sonrisa falsa.

—Pues no. Bueno sí, te agradecería que esto quedase entre tú y yo —suelta de manera inesperada incluso para ella misma—, no quiero que Úrsula se entere.

Trinidad endurece el gesto y la mira ofendida.

—No sé con qué clase de mujeres te acuestas, María, pero yo no voy por ahí pavoneándome de mi vida sexual. Saldremos hacia el aeródromo a las nueve, no te duermas o te quedas en Londres y te buscas la vida para volver —zanja Trinidad, y esta vez sí que se da la vuelta y se dirige hacia los ascensores.

María se queda allí plantada como un pino, sintiendo una mezcla de rabia y excitación. Trinidad le resulta insufrible, y también irresistible.

Indignada, decide utilizar las escaleras para que el esfuerzo de subirlas la ayude a canalizar su rabia. Cuando llega al pasillo, tiene el tiempo justo de ver a Trinidad entrar en su habitación y cerrar la puerta. Camina a paso rápido y comprueba que tienen habitaciones contiguas, eso la pone más nerviosa. Pared con pared con la mujer con la que se muere de ganas de volver a follar.

María se mete en su habitación dando un portazo que resuena en todo el pasillo. Se quita los tacones con rabia y los lanza contra la pared, necesita descargar la frustración de alguna manera. Se deja caer en la cama king size y fija su mirada en el techo y después hacia un lado.

El minibar la tienta desde la esquina, pero se resiste. En su lugar, saca el móvil y ve tres mensajes de Úrsula preguntándole cómo ha ido todo. Duda si llamarla. Por un lado, necesita hablar con alguien; por otro, teme que su amiga note algo raro en su voz. Úrsula la conoce demasiado bien y está segura de que se daría cuenta.

Se levanta y camina descalza hasta la puerta del balcón, la abre y sale, notando un frío que casi la congela. Automáticamente mira hacia el balcón de al lado, el de Trinidad, y por un momento se imagina saltando de uno a otro para entrar en su habitación. Le entra una risa histérica y vuelve dentro antes de cometer una locura.

—¡Joder! —exclama frustrada, cerrando la puerta.

Se dirige al baño y abre el grifo del lavabo, dejando que el agua fría corra entre sus dedos antes de mojarse la cara. Al alzar la vista hacia el espejo, la mujer que le devuelve la mirada parece desconocida, o no tanto: mejillas sonrojadas, pupilas dilatadas y el pelo ligeramente revuelto. Es una María depredadora, solo que, en esta ocasión, ya no quiere ir de caza porque solo le apetece una presa en concreto.

—Mierda —masculla y suspira, mirando la ducha con resignación.

CAPÍTULO 10

Adrián Pacheco está colgando el teléfono cuando ve con asombro cómo la puerta de la entrada de la oficina se abre y por ella accede Trinidad. Su figura elegante, enfundada en un traje de chaqueta gris marengo que no muestra ni una arruga pese al viaje, contrasta con el desorden casual de la oficina a esa hora. El secretario no se corta cuando mira la hora en su reloj. Son las cuatro de la tarde y el hombre ya deduce sin equivocarse que, en cuanto el avión ha aterrizado, su jefa ha ido a comer y, en lugar de tomarse el resto del día libre como haría cualquiera después de un viaje que apenas le ha permitido descansar, ella va al despacho a trabajar y tratar de recuperar el tiempo que ha perdido.

—Esto no puede ser sano —dice Adrián en pleno ataque de confianza, mientras se estira como un gato en su silla giratoria.

Trinidad sonríe cuando pasa frente a su mesa y llega a la puerta que va directa a su despacho.

—Comer todo ese montón de porquerías que te metes en el estómago tampoco —dice Trinidad señalando la basura, llena de envoltorios de chocolatinas.

Adrián sonríe, se levanta y la sigue al interior del despacho.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta sentándose incluso antes de que lo haga Trinidad.

Ella no le dice nada, Adrián tiene demasiada confianza con ella como para hacer ese tipo de cosas.

—Bien, nos lo quedamos —Trinidad se sienta en su silla y acaricia los reposabrazos con las manos—. Su abogado se pondrá en contacto con María Molina para preparar la documentación, cuando todo esté listo, nos llamarán. Quiero que hagas un seguimiento, si tardan mucho, los presionas.

—Por supuesto.

—Con respecto a María, quiero que indagues un poco sobre ella.

Adrián parpadea y eleva las cejas.

—¿No te fías de la abogada de Monte? —pregunta intrigado.

—Es ella la que no se fía de mí, y quiero saber si tengo que preocuparme.

Trinidad enciende su portátil y las dos pantallas que utiliza para trabajar.

—¿Por qué no se fía de ti? —pregunta Adrián como si eso no fuera posible.

—Yo qué sé, supongo que mi hermetismo no le gusta.

—Bueno, reconoce que eres bastante misteriosa.

La ingeniera sonríe.

—Si a mí me gustasen las mujeres sentiría mucha curiosidad por ti y me mosquearía no saber por qué siempre llevas a Benjamín pegado a tu espalda como si fuera tu sombra.

—No es solo eso, Adrián, me ha investigado, y ya sabes que sobre mí no aparecen muchas cosas —Trinidad se recuesta en su silla, un gesto poco habitual en ella que denota cierta preocupación.

Adrián tuerce el gesto.

—Comprendo. Quizá sería interesante que hablastes con ella, no sé si te conviene que ande husmeando, podría llamar la atención.

Trinidad duda, pero después niega rotundamente.

—No creo que desconfíe hasta ese punto, de lo contrario no me habría dejado...

La empresaria se interrumpe cuando se da cuenta de lo que iba a decir, pero los ojos de Adrián, más largo que un día sin pan, ya se han desorbitado.

—¿Por qué no terminas la frase? —pregunta torciendo una sonrisa socarrona.

Trinidad no puede controlarse y acaba riendo.

—Vale, digamos que tuve un breve escarceo con ella. Por eso es más importante saber quién es.

Adrián entorna los ojos.

—¿Por qué es importante? ¿Por qué te gusta?

La pregunta deja a Trinidad paralizada y sin respuesta. Pocas cosas suelen cogerla desprevenida, pero sin duda, esta ha sido una de ellas. No es algo que se haya preguntado en estos días, pero si ha de responder a su ayudante con sinceridad, debe reconocer que María tiene algo que la atrae muchísimo pese a esa animadversión mutua que parecen tenerse.

—Digamos que no me disgusta del todo.

Adrián suelta una sonora carcajada y aplaude divertido.

—Bueno, ya era hora de que mostrases interés por alguien. Lo siento por el pobre Eliot, me caía bien.

—Deja de montarte películas, Adrián, que no me voy a casar con ella. Ahora vete y no olvides

hacer lo que te he pedido —ordena Trinidad sin dejar de sonreír.

—Por supuesto —su ayudante se levanta y sale del despacho sonriendo.

Trinidad abre el programa y entra en el diseño en el que anda trabajando últimamente, pero su mente divaga demasiado mientras piensa en cierta abogada de mirada desafiante. Así pasa las horas hasta que, de nuevo, es Adrián el que la saca de su trance al anunciarle que se marcha.

—Nos vemos mañana —lo despide Trinidad y hace girar su silla hacia el ventanal. Ella también debería marcharse a su casa, pero no le apetece porque desde que se encontró con María en aquel club, no deja de pensar en su extraño encuentro y en las ganas que tiene de que se repita.

Se levanta tras apagarlo todo y, cuando sale, le dice a Benjamín que la lleve allí de nuevo.

—¿Seguro que no quiere que la lleve a casa? Debería descansar.

Trinidad lo mira a través del espejo central.

—No hace falta que me lleves tú si estás cansado, Benjamín, se lo puedo pedir a Oliver.

—Iré donde usted vaya —zanja y se limita a conducir.

La empresaria esta vez, pide cena para ambos y se miente a sí misma repitiendo mentalmente que está allí porque quiere probar la comida, pero la realidad es que sus ojos se clavan en la puerta cada vez que esta se abre, porque a lo único que espera de ese peculiar edificio, es que María entre por ella para seguirla a la otra sala, acorralarla antes de que abra la bocaza y follarla contra una pared.

Sin embargo, conforme pasan los minutos, Trinidad va perdiendo la esperanza y, cuando terminan los postres, no prolonga más su espera y le dice a Benjamín que la lleve a casa, porque está segura de que María en ese instante, es probable que haya cenado tranquilamente y ahora esté relajada en su sofá mientras se distrae con una serie o alguna novela, o quizá alguna mujer.

Trinidad hace una mueca y siente una punzada de envidia al pensar en ello. Tal vez algún día ella pueda tener algo parecido y logre relajarse en su propia casa, pero por ahora, ella no se relaja en ningún sitio.

La empresaria abandona el edificio con una decepción que no se explica por no haber visto a la abogada. Le cuesta comprender esa necesidad de verla si después la tiene delante y se comporta de ese modo frío y cortante con ella, pero Trinidad se ha acostumbrado a actuar así con todo el mundo, siempre recelosa, y ahora mismo no está segura de si sabrá hacerlo de otra manera.

—Quizá venga mañana —suelta Benjamín cuando está abriendo la puerta del coche.

Ella se detiene en seco y lo observa rodear el vehículo hasta el lado del conductor sin decir una palabra más antes de sentarse en su asiento. La empresaria sonríe y no dice nada porque sabe que

Benjamín no espera una respuesta, que solo ha hecho el comentario para que ella se sienta mejor. Él ha lanzado una teoría al aire y no va muy desencaminado, porque María irá mañana para ver si se encuentra de nuevo con Trinidad, pero en esa ocasión, será la empresaria la que no acudirá al club, prolongando así otro encuentro que parece inevitable.

CAPÍTULO 11

Pensando en lo que le había dicho Benjamín, Trinidad estuvo muy tentada de volver al restaurante al día siguiente, pero decidió mantenerse firme, repitiéndose mentalmente que no necesita a María para nada, y menos sin saber con exactitud qué es lo que le atrae de ella. Sin embargo, la empresaria no ha podido con la curiosidad y dos días después ha vuelto al club.

—¿Puedo decir algo? —pregunta Benjamín mientras cena con ella.

—Lo vas a decir igualmente —responde Trinidad y le sonríe, recostándose en la silla mientras lo mira fijamente.

Sigue sin comprender que Benjamín sea tan recto después de todo el tiempo que lleva con ella, que mantenga los formalismos y después se tome la libertad de darle consejos como un padre. Sus ojos oscuros la observan con esa mezcla única de respeto y preocupación paternal que solo él sabe mostrar.

—¿No sería más fácil llamarla y quedar con ella?

Trinidad asiente, tamborileando con los dedos sobre el mantel.

—Supongo que sí.

—¿Y por qué no lo hace? —trata de comprender Benjamín, inclinándose ligeramente hacia delante.

Trinidad lo mira mientras busca una respuesta coherente para darle, pero no la encuentra. Sus pensamientos son un torbellino de dudas y contradicciones. Probablemente, sea ese temor a las relaciones que tiene desde hace años, o la inquietud que le produce que María no termine de confiar en ella, cosa que en parte entiende. Porque, en cuanto a la abogada, Adrián la ha estado investigando tal y como le pidió y no ha encontrado nada que pueda preocupar a Trinidad. Lo más destacable es su divorcio con un hombre hace varios meses o algún rumor sobre que Úrsula y ella habían sido amantes, aunque Trinidad esto último lo descarta tras haber visto cómo Úrsula miraba a la mujer que había con ella en la gala donde la conoció.

—No lo sé, Benjamín —responde finalmente.

—Pues yo creo que debería hacerlo —la anima el guardaespaldas—. En mi opinión, lleva usted demasiado tiempo sola, y eso no es bueno. Esta es la primera persona por la que se siente atraída desde que la conozco y no veo motivo para que no intente conocerla un poco más. Pídale una cita.

Trinidad suelta una sonora carcajada y después lo mira con ternura.

—No sé si lo de pedir citas se lleva en estos tiempos, Benjamín.

—Pues a mí me funciona.

—Te recuerdo que te has divorciado tres veces, por lo que está claro que algo ha fallado — dice con un aire burlón que Benjamín ve en ella pocas veces.

Ahora es el hombre el que sonríe y coge su copa con tónica.

—Algo ha fallado, pero le aseguro que no ha sido eso — Benjamín le guiña un ojo.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Sabe qué? —pregunta él tras dar un sorbo.

—Cuéntame —sonríe Trinidad esperando cualquier cosa.

—Que quizá no haga falta que le pida usted una cita como tal, a lo mejor basta con que se levante y se acerque a ella.

Trinidad lo mira confundida.

—¿Qué quieres decir?

—La señora María acaba de entrar por la puerta.

—Por Dios, Benjamín, no la llames señora María —dice Trinidad divertida al mismo tiempo que se gira para confirmar con sus propios ojos lo que le ha dicho el guardaespaldas.

María, que acaba de acceder al restaurante, siente algo parecido a un estallido de cosquillas en el pecho cuando localiza a Trinidad y ve que la empresaria, de repente, se gira mirando hacia la puerta con una sonrisa espontánea atravesada en el rostro. La abogada, acostumbrada a esa expresión tensa y permanente en Trinidad, casi se desmaya de gusto al verla. Trinidad le provoca ese punto de inquietud porque no le gustan las personas que esconden cosas, tampoco las que la tratan con la misma frialdad con la que ella trata a todas las mujeres con las que se acuesta, pero en esos dos segundos que sus miradas se quedan enganchadas, María se da cuenta de que Trinidad, a pesar de todo, está empezando a gustarle mucho.

Se hace a un lado para no entorpecer el paso de otra pareja que acaba de entrar y María se recompone manteniendo el rictus serio. A pesar de que es muy consciente de que ha ido allí por si la veía — igual que ayer por la noche— no quiere reconocerlo ante Trinidad, así que, de nuevo, comienza a caminar con elegancia, dispuesta a saludarla y pasar de largo.

Trinidad va perdiendo la sonrisa lentamente mientras observa moverse a María. La abogada la va mirando de vez en cuando hasta que, finalmente, pasa justo por delante de su mesa.

—Buenas noches —dice seca, mirándola primero a ella y después a Benjamín.

—Hola, señora María —suelta Benjamín para espanto de Trinidad, que saluda a María con un

leve asentimiento de cabeza.

La abogada le devuelve el gesto y sigue hacia delante, hasta que desaparece por la puerta.

—¿Quieren postre? —aparece el camarero y Trinidad lo mira aturdida.

—No, solo un café para mí, la señora no desea nada —responde por los dos Benjamín.

Ella lo mira y le sonríe cuando el camarero se marcha.

—¿No deseo nada? —pregunta entornando los ojos.

—He llegado a la conclusión de que lo que usted desea no se lo puede traer ese chico —concluye Benjamín y ella no se aguanta la risa.

—Ya veo.

—La espero aquí, recuerde que...

—Tengo el reloj, lo sé, Benjamín —termina ella la frase.

Trinidad se levanta y le da un beso en la mejilla antes de dirigirse hacia la puerta.

María está nerviosa. Se ha apostado en la barra del otro día como si fuera un pilar y todavía no ha pedido nada. Sus ojos están clavados en la puerta y su corazón desbocado a la espera de que Trinidad la cruce.

—¿Puedo sentarme? —pregunta un hombre elegante algo más mayor que ella, pero muy atractivo, que señala el taburete que hay al lado de María, que permanece de pie.

—Puedes, pero no para hablar conmigo.

Él se queda pasmado mientras la observa. La puerta se abre y Trinidad entra por ella.

—¿Es una broma o habla en serio? —trata de aclarar el hombre, confundido por la actitud de María, que no sabe si es una broma o solo va de mujer fatal.

—Yo creo que he sido muy clara —responde sin apartar la mirada de la empresaria que, a pesar de que la ha visto al lado de un hombre, camina hacia ella con determinación.

—Déjeme invitarla a una copa —escucha Trinidad decir al hombre justo cuando llega frente a María.

La ingeniera ni siquiera se molesta en preguntar, simplemente extiende una mano hacia María y ella se la coge ante la mirada desconcertada del hombre.

—¿Hay algún sitio más discreto aquí? —pregunta Trinidad con María pegada a su cuerpo.

La abogada, que se siente como una estufa desprendiendo calor, tira de ella y la conduce hacia

un estrecho pasillo con cuatro puertas a cada lado. María busca una que esté abierta y ambas acceden al interior antes de que la abogada la cierre.

Trinidad observa la pequeña habitación apenas iluminada por unas pocas luces led escondidas en puntos estratégicos que proporcionan un ambiente cálido y morboso al mismo tiempo. El lugar consta de una cama grande con sábanas de seda grises, un sillón orejero y una vitrina llena de juguetes listos para estrenar.

—¿Te parece bien aquí? —pregunta María girándose hacia ella.

Trinidad asiente y se acerca a la vitrina con curiosidad. A María se le desboca el corazón cuando la abre y decidida, coge un dildo y un arnés y se gira hacia ella.

—¿Para ti o para mí? —pregunta María chorreando.

Como toda respuesta y haciendo alarde a ese aire de misterio que envuelve a Trinidad, la empresaria comienza a colocárselo por encima del pantalón. El corazón de María late tan fuerte que le cuesta respirar cuando se acerca a ella y le pasa una mano por el cuello.

En esta ocasión, Trinidad deja que la bese y la corriente las atraviesa a ambas como si un rayo les hubiera caído en la cabeza y salido por los pies. El beso no dura mucho, porque Trinidad lo rompe al arrastrar a María hacia la parte trasera del sillón.

—Apoya las manos en el respaldo —su susurro recorre todo el cuerpo de María como una brisa.

La abogada obedece, incapaz de contradecirla cuando Trinidad la coge por la cadera y tira un poco de ella hacia atrás, dejando a María con el culo en pompa antes de subirle la falda y bajarle las bragas hasta sacárselas cuando ella levanta los pies. Trinidad se enrosca su ropa interior en la muñeca como si fuera una pulsera y se pega a su trasero.

—¿Cómo te gusta? —vuelve a susurrarle mientras le pasa los dedos y se asegura de que está bien lubricada.

—Estoy muy cachonda, Trinidad —jadea María desbocada—, fóllame fuerte.

Trinidad traga saliva y siente un corrientazo de placer cuando se aprieta más fuerte las correas y la base del dildo hace presión sobre su sexo. Entra despacio y se lo mete hasta el fondo, pero una vez dentro, solo se mueve despacio un par de veces, después, simplemente, le da lo que quiere y la folla con fiereza mientras observa obnubilada como el cuerpo de María se sacude con sus embestidas mientras ella jadea, gime y se corre mientras clava las manos en las orejas del sillón.

La empresaria se aparta con la intención de quitarse el arnés y marcharse tan rápido como lo hizo el otro día, pero todavía se repiten los gemidos de María en su cabeza y decide que necesita escucharla otra vez, por eso la coge de la mano y la lleva al otro lado del sillón, donde Trinidad se sienta y María se sube sobre ella a horcajadas. Es ella misma la que apunta el juguete hacia su entrada y se deja caer lentamente sin apartar la mirada de Trinidad, cuyos ojos se han convertido

en dos rendijas y el corazón le late en la garganta.

En esta ocasión, María se mueve más despacio y besa el cuello de Trinidad mientras esta permanece rígida, agarrada con las manos a los reposabrazos cuando María sube buscando su boca. Sus lenguas se enganchan y el primer jadeo que María escucha de Trinidad, se produce cuando con delicadeza, pasa una mano por encima de su pecho izquierdo y presiona sobre el pezón.

María detiene el beso para observarla y se sorprende cuando percibe cierto temor en la mirada de Trinidad.

—¿Quieres que pare? —pregunta María dejando de moverse sobre ella, ante el miedo de que la empresaria, por algún motivo que ella no logra comprender todavía, se esté sintiendo incómoda.

—No —dice Trinidad y le agarra las nalgas con las manos para que retome el movimiento.

María ya no es capaz de apartar la mirada de esos ojos que, de algún modo, la han atrapado hasta el punto de que empieza a darle igual lo que pueda esconder Trinidad. Su segundo orgasmo llega más lento, porque María se ha dado cuenta de que, si se mueve despacio y ejerce la presión correcta, Trinidad también se estremece y su respiración es cada vez más rápida, por lo que se adapta y solo se deja llevar cuando nota que la empresaria tensa todo el cuerpo y aprieta los labios provocando que los suspiros que le arranca el orgasmo, se le vayan por la nariz de un modo que fascina por completo a María.

Cuando recupera el aliento, María se levanta y se aparta, porque la frialdad ha vuelto a Trinidad y la empresaria ya no es capaz de mirarla. Trinidad se afloja las correas y se quita el arnés antes de levantarse.

—Ya nos veremos, María —dice cuando llega a la puerta.

María cabalga entre la decepción y la frustración, ni comprende la actitud de Trinidad ni se entiende ella misma, pero de nuevo, trata de mostrar la misma frialdad que la empresaria.

—¿No me devuelves las bragas? —pregunta y una ceja se le arquea.

Trinidad se mira la muñeca y se le curva la comisura izquierda del labio.

—Creo que no —dice y abre la puerta.

María no puede evitar una sonrisa de satisfacción cuando la ve marcharse.

CAPÍTULO 12

María tamborilea los dedos sobre el volante mientras espera a que el semáforo se ponga en verde. Cada pocos segundos, desvía la mirada hacia el asiento del copiloto, donde reposa la carpeta con los documentos que necesita que Trinidad le firme en persona.

Ya ha pasado una semana desde su encuentro en el local la otra noche y desde entonces, solo han intercambiado correos y llamadas concernientes a la compra del edificio de Inglaterra. Sin embargo, ahora la va a ver, y mañana también porque volarán de nuevo para formalizar la compraventa y hacer la entrega de llaves, y María nota un cosquilleo extraño por el cuerpo cada vez que piensa en ello, porque no deja de imaginarse mil situaciones distintas que pueden darse cuando tenga a Trinidad delante de nuevo, y todas la alteran.

En su mente tiene ensayada su propia reacción, que debe ser tan fría como la empresaria. María quiere dejarle muy claro que no le importan nada esos dos encontronazos tan satisfactorios y extraños que han tenido y, por supuesto, no dejar que se le note que se muere de ganas de repetirlos, porque, en el fondo, María empieza a estar un poco acojonada por lo que Trinidad comienza a despertarle, sobre todo teniendo en cuenta que la empresaria es un completo enigma para ella.

El disco del semáforo cambia a verde justo cuando la pantalla de su móvil se ilumina y el nombre de Úrsula aparece en ella.

—Dime —dice tras activar el manos libres del volante.

—Necesito que vayas a recoger a Lili —suelta su amiga y ella clava la mirada en el reloj del salpicadero, comprobando que faltan pocos minutos para que la niña salga del colegio.

—¿Yo? —pregunta estúpidamente.

—Sí, María. Mildred y yo estamos en un atasco por culpa de un accidente en la autopista, y no vamos a llegar a tiempo.

—Pero tengo que llevarle estos papeles a Trinidad antes de mañana, ¿no la puede recoger su abuela?

—Su abuela está en clase de yoga y no contesta al teléfono.

—¿Y qué hago con Lili? Tengo que llevarle esto a Trinidad — repite de nuevo.

—Pues la llevas contigo, María, es una niña, no un trozo de mierda.

María, asombrada, escucha la risa de Mildred a través del aparato.

—Vale, ya lo pillo —responde resoplando—, de acuerdo, doy la vuelta y voy a por ella. Os la llevo a casa cuando acabe, eso sí, esto os cuesta una cena de esas asiáticas que preparáis a veces.

Ahora la que se ríe es Úrsula.

—Está bien, pasaremos por el súper a comprar algunas cosas. Nos vemos en casa, gracias, María.

María cuelga y busca en el navegador la ubicación del colegio de Lili, que ya tiene grabado porque no es la primera vez que le toca ir a recogerla. Media hora después, cruza la puerta del edificio de Trinidad con la niña de la mano.

—¡Ala, qué grande! —exclama Lili mirando en todas direcciones.

—Sí, es muy chulo —responde sardónicamente, mientras observa como la niña gira sobre sí misma, impresionada—, le puedes decir a tu profe que os traiga de excursión, seguro que Trinidad estará encantada —dice con una mueca de maldad.

—¿Quién es Trinidad? —pregunta Lili cuando las puertas del ascensor se abren.

María duda cuando mira a la niña, que la observa con esa curiosidad tan característica suya. Siempre ha admirado a Úrsula por la paciencia que tiene para responder todas las preguntas que salen disparadas de esa boca tan pequeña y adaptar las respuestas para que Lili pueda comprenderlas, ella no está segura de poder hacerlo.

—La mujer a la que venimos a ver, trabaja con Úrsula.

—Y contigo —añade por lógica Lili, mirándola fijamente.

—Sí, también conmigo —responde María mientras se pregunta cuándo dejará de ser tan curiosa la niña y por qué tiene que ser tan perspicaz.

Por fin llegan a la antesala del despacho de la ingeniera y las recibe Adrián, que se levanta sonriente para recibirlas.

—No la esperaba, señora Molina —dice y ladea la cabeza con una sonrisa divertida hacia la niña.

—Lo siento, necesito que Trinidad firme esto antes de mañana y he venido directamente.

—No pasa nada, ahora está en una reunión, pero no creo que tarde. ¿Y tú eres? —pregunta Adrián sin dejar de sonreír a la niña.

—Me llamo Lili —responde y extiende la mano como una adulta.

Adrián se ríe y se la estrecha.

—Yo soy Adrián, es un placer conocer a una dama tan pequeña.

Lili se ríe y, antes de que abra la boca para seguir hablando, María la corta.

—¿Dónde podemos esperarla?

—En su despacho, allí estaréis más cómodas.

El joven les abre la puerta y las invita a pasar.

—Gracias, Adrián.

En cuanto la puerta se cierra, Lili abre la boca como un pez.

—Ala, es más grande que el de Úrsula.

—Sí, todo lo que tiene Trinidad es muy grande —pone los ojos en blanco María.

Lili corretea por el despacho y, antes de que María pueda detenerla, se sienta en la mullida silla de Trinidad.

—No toques nada, Lili —le advierte señalándola con el dedo.

Pero Lili la ignora, porque se entretiene haciendo girar la silla. María se encuentra sola y en silencio y, de repente, sus ojos se clavan en la mesa de Trinidad. El escritorio de madera oscura está perfectamente organizado, con varios portapapeles alineados y una elegante lámpara de diseño.

Afina el oído y, al no escuchar pasos al otro lado de la puerta, decide que no pasa nada si fisgonea un poco. La abogada se acerca a la mesa y, mientras Lili sigue dando vueltas en la silla, ella comienza a mirar todos los papeles cuidadosamente colocados que hay sobre la madera. Al principio no toca nada, pero después no se resiste y comienza a leer las notas adhesivas que Trinidad, con una letra que a María le encanta, tiene pegados bajo las pantallas que utiliza para trabajar. Ella quiere encontrar algo personal, cualquier cosa que la ayude a conocer un poco a la empresaria, pero solo ha tenido tiempo de leer tres que no le aportan nada, cuando la puerta se abre y Trinidad las descubre donde no deberían estar. A María le entran los calores de la muerte y disimula cogiendo a Lili y arrancándola de la silla.

—Te he dicho que no te sientes ahí, Lili.

—Me has dicho que no toque nada —rebate la niña, mientras María se la imagina con cinta adhesiva en los labios.

Trinidad las observa desde la puerta, paralizada al principio mientras pasa por varios estados emocionales al mismo tiempo. Le impacta mucho ver a la niña que hay con María, le desboca el corazón de un modo casi incontrolable y las manos comienzan a temblarle, pero segundos después, se fija en María y comienza a experimentar otro tipo de nerviosismo antes de conseguir calmarse.

—Perdona —dice María rodeando la mesa junto a Lili para ir al otro lado—, Adrián nos ha

dicho que esperásemos aquí.

—No pasa nada —contesta Trinidad, quien cierra la puerta y se acerca a ellas—. ¿Y tú eres? —pregunta y entorna los ojos en un gesto divertido que deja petrificada a María.

—Me llamo Lili —se presenta sonriente y repite la acción de antes con Adrián, extendiendo la mano hacia Trinidad.

La empresaria esboza una sonrisa tan sincera que María no puede evitar sonreír ella también.

—Es un placer, Lili, yo me llamo Trinidad —responde y le estrecha la mano con delicadeza.

—¿Eres la novia de María? —pregunta Lili.

Las dos mujeres reaccionan de un modo muy distinto ante la pregunta impertinente de la niña. María tose atragantada y se abanica con la mano, mientras que Trinidad no puede aguantarse la risa al escucharla.

—No, no soy la novia de María —responde y mira a la abogada de reojo—. ¿De dónde sales tú?

—María ha venido a recogerme al cole.

—Lo siento, es la hija de Mildred, la mujer de Úrsula. Están en un atasco y he pasado yo a recogerla.

—Entiendo —Trinidad asiente.

—¿Cuál es tu apellido? —pregunta Lili de sopetón.

—Lili, deja ya a Trinidad, que tiene mucho trabajo —pide sofocada María.

—No pasa nada —le hace un gesto Trinidad a la abogada, intrigada por la pregunta de la niña.

—Mi apellido es Alemán, ¿por qué quieres saberlo?

Lili se queda boquiabierta mientras piensa, después se gira hacia María.

—¿Me dejas tu móvil, porfa?

María no se molesta en negarse, sabe que, si no se lo entrega, la niña insistirá hasta desesperarla.

—¿Este no te lo sabes? —la pincha la abogada con los ojos entornados mientras le entrega el móvil.

La niña se lo arranca de las manos ante la mirada curiosa de Trinidad.

—Tiene una pequeña obsesión con el origen de los apellidos, se los sabe casi todos —le

explica María—, pero al parecer, el tuyo no.

Lili se gira sonriente tras haber encontrado lo que buscaba.

—Aquí dice que las personas con ese apellido suelen ser originarias de Alemania. ¿Tú eres alemana?

—Pues la verdad es que no —responde divertida Trinidad.

Lili frunce el ceño.

—¿Y tus padres?

—Tampoco, pero quizá lo sea algún bisabuelo —entorna los ojos Trinidad y Lili sonríe satisfecha con la respuesta.

—En fin, te he traído los documentos. Necesito que me los firmes —dice María mientras se los entrega a Trinidad.

La empresaria se inclina sobre su mesa para firmarlos mientras Lili pasea por el despacho observando la decoración.

—Aquí tienes —dice Trinidad y extiende la carpeta hacia María, pero no la suelta cuando la abogada la coge—. ¿Has tenido tiempo suficiente de curiosar en mi despacho? —pregunta en voz baja y a María la inunda la vergüenza.

—¿Cómo lo sabes?

Trinidad esboza media sonrisa socarrona y señala la parte alta de un mueble archivador, donde hay una cámara que se ve claramente. María la mira perpleja, sintiéndose estúpida por no haber caído en algo tan básico.

—Tengo hambre, María —dice Lili interrumpiendo el momento incómodo.

—Sí, vale. Espera un momento.

—Pero es que tengo mucha, mi madre y Úrsula me llevan la merienda a la puerta del cole.

María se pone roja y Trinidad no consigue aguantarse la risa.

—¿No le has dado de merendar a la niña? —pregunta la ingeniera en tono jocoso.

—No me ha dado tiempo —se defiende María, que nota como el corazón se le acelera cada vez que Trinidad sonríe.

—En la planta baja hay una cafetería con cosas muy ricas —dice Trinidad mirando a Lili—, ¿quieres que te lleve?

Lili asiente con vehemencia y Trinidad se gira hacia María.

—¿Vamos?

—Claro —responde sorprendida y sigue a Trinidad y a Lili, que se ha pegado a la empresaria como una lapa.

Mientras Lili se come un bocadillo acompañado de un batido de chocolate que sorbe ruidosamente, las dos mujeres se han pedido un café y María escucha con mucho interés como Trinidad va respondiendo todas las preguntas que Lili le está haciendo. La empresaria muestra una paciencia y dulzura que María nunca le había visto y que la sorprende para bien. Lo único que lamenta, es que la niña solo le esté preguntando por cosas del trabajo, porque a la abogada lo que de verdad le interesa, es saber cosas sobre su vida privada.

—¿Aquí vienen niños de excursión? María dice que mi cole podría venir —suelta Lili y los ojos de María se abren de golpe.

Trinidad le clava una mirada intensa y esboza media sonrisa antes de volver a dirigirse a Lili.

—Sí, de vez en cuando vienen niños de excursión, así que, si quieres ver todo esto, díselo a tu profe para que os traigan a todos, y si no quiere, vente otro día con tu madre y Úrsula y yo misma te lo enseñaré.

Lili no oculta su ilusión y suelta un pequeño grito de alegría mientras María observa a Trinidad y poco a poco se va dando cuenta de que, ni de lejos, es esa mujer fría que intenta aparentar cuando está con ella.

—¿No quieres que venga María? —pregunta Lili y Trinidad la mira confundida.

—¿A dónde?

—Aquí, de excursión con mis madres y conmigo.

—Eh, sí. Claro que puede venir —contesta Trinidad mirando a la abogada de reojo.

—Vale, pues creo que no se lo diré a la profe, mejor venimos solas, que será más divertido —concluye Lili y da un enorme mordisco a su bocadillo ante el asombro de Trinidad.

—Bueno, pues nosotras nos marchamos ya —dice María cuando Lili termina de merendar—. Dale las gracias a Trinidad.

Lili mira a Trinidad unos segundos que a la empresaria se le hacen muy largos y, de repente, se acerca y se abraza a sus piernas. A Trinidad el gesto la coge tan desprevenida que tarda en reaccionar y rodear la espalda de Lili sin que a María le pase desapercibida la tensión que ese simple gesto ha provocado en la ingeniera.

—Bueno, entonces nos vemos mañana a las nueve en el hangar —dice Trinidad cuando Lili la suelta—, recuérdaselo a Úrsula.

—Con respecto a eso, en tu avión solo viajaremos tú y yo — responde María—, porque Úrsula

se quiere llevar a Mildred y Lili y aprovechar el fin de semana allí con ellas. Que ahora que lo mencionas, todavía no le he cogido los vuelos —dice levantando las cejas.

—Cógele solo el de vuelta. Para ir pueden venir con nosotras, cabemos todos y a Lili seguro que le gustará viajar en mi avión.

—¿Tienes un avión? —pregunta la niña boquiabierta.

María le tapa la boca con la mano ante la risa repentina de Trinidad.

—Sí que lo tiene, y lo verás mañana. Ahora deja de preguntar que ya hemos entretenido demasiado a Trinidad. Nos vemos, y gracias por todo —se despide la abogada, cogiendo a Lili de la mano para salir de la cafetería.

Trinidad alza la mano para despedirlas y se queda unos segundos allí plantada, observándolas a ambas, pero sobre todo a María, que cada vez le parece más humana.

CAPÍTULO 13

Como la vez anterior, Trinidad ha llegado al hangar más temprano de lo acordado, aunque en esta ocasión, permanece fuera del avión, al lado de las escaleras junto a Benjamín mientras disfruta de la brisa fresca de la mañana. Minutos después, llega un taxi y de la puerta del copiloto se baja María, que lo primero que hace es encenderse un cigarro mientras se abren las demás puertas y de ellas se bajan Úrsula, Mildred y Lili.

Trinidad, quieta como una estatua, observa a la pareja coger sus maletas antes de iniciar la marcha hacia el avión. La empresaria las mira caminar y siente una punzada de envidia sana al ver a Mildred caminando al lado de Úrsula mientras contesta algo en el teléfono y, a la propia Úrsula con Lili de la mano, como una familia unida. María va justo detrás, con ese paso rápido y nervioso y la mirada clavada en Trinidad, que de repente siente ganas de sonreír, pero se contiene sin entender por qué lo hace.

—¡Qué grande! —exclama Lili soltándose de la mano de Úrsula para correr hacia Trinidad, mientras sus ojos miran con asombro el aparato.

—Hola, Lili —Trinidad la saluda y le remueve el flequillo, la niña se abraza un momento a sus piernas como el día anterior y después mira a Benjamín.

—¿Quién es?

El hombre entorna los ojos al mirarla, con el gesto serio y, de repente, le guiña uno que le arranca una carcajada repentina a la niña.

—Es Benjamín, trabaja para mí y nos acompañará a Londres — explica Trinidad justo cuando las tres mujeres llegan hasta ellas y se saludan.

—¿Y pilotas el avión? —pregunta Lili con una mueca de curiosidad.

—No, pequeña Lili, eso lo hace el piloto —responde Benjamín con una sonrisa amable.

—¿Entonces qué haces? —insiste Lili.

Benjamín intercambia una mirada con Trinidad, que permanece expectante con media sonrisa burlona.

—Cuido de la señora Trinidad y de que todo vaya bien durante el viaje.

—Como un superhéroe —concluye Lili con convicción.

La carcajada de todos los presente logra que el ambiente se relaje.

—¿Podemos comprar un avión? —le pregunta Lili a Úrsula de manera repentina.

—No necesitamos un avión, Lili —contesta Úrsula contagiada por la risa de todos.

—¿Por qué? Trinidad tiene uno.

—Porque Trinidad viaja mucho, cariño —interviene Mildred.

—Aah, ¿cuál es tu apellido? —se gira hacia Benjamín.

—No conteste —le pide Úrsula al hombre y todos vuelven a reír.

Trinidad se siente relajada observando la interacción de la niña con todos los adultos, lo único que la altera es la presencia de María, aunque no de manera negativa. Sus miradas se cruzan un segundo y ambas se quedan enganchadas como si trataran de leer la mente de la otra, hasta que Benjamín anuncia que es la hora de marcharse y todos suben al avión.

Mildred, Úrsula y Lili se sientan en un bloque de cuatro asientos enfrentados en los que también cabe María, pero sin pensarlo, la abogada se sienta frente a Trinidad, que la mira por encima de las gafas de sol que todavía lleva puestas y esboza media sonrisa que expresa una actitud chulesca.

—Puedo cambiarme de asiento —dice María en voz baja.

—A mí no me molestas, pero haz lo que quieras —contesta Trinidad sabiendo que la pondrá de mal humor.

María suelta un bufido y saca su Tablet para ignorar a la empresaria. Trinidad vuelve a sonreír.

Una vez llegan a su destino, se dividen; la pareja y la niña tienen reserva en un hotel porque se quedarán varios días, y Trinidad y María en otro. Todas se instalan en sus habitaciones y, por la tarde, es cuando se reúnen con el dueño del edificio en una notaría del centro de Londres para formalizar la compra del edificio. Cuando terminan de firmar, Benjamín está apostado en el portal y Mildred y Lili en el parque que hay delante.

—Pues ya tenéis el edificio —dice María, sacando de nuevo el paquete de tabaco.

—Vuelves a fumar mucho —comenta Mildred cuando llegan junto a ellas.

María hace un gesto de asentimiento.

—Es que estoy muy estresada últimamente, pero lo dejaré pronto —dice y enciende uno.

Úrsula se lo quita de las manos y da también un par de caladas, como le gusta hacer cuando celebra algo o después de un buen polvo.

—Podríamos celebrar la compra cenando —propone Úrsula mirando a Trinidad.

La ingeniera aprieta los labios sin saber qué contestar. Por un lado, le apetece mucho, sin embargo, por el otro siente que ella sobra en ese grupo que parece tan unido.

—Di que sí —se le echa encima Lili agarrándole el abrigo.

—Lili, no agobies a Trinidad —la reprende Mildred, que no entiende qué le pasa a la niña con esa mujer.

—No me molesta, tranquila.

—¿Entonces vienes? —insiste Lili.

La mirada de Trinidad se va directa hacia María que, situada detrás de Úrsula, no deja de mirarla. No sabe qué espera encontrar en la abogada, pero cuando María arquea una ceja y hace un gesto con la cabeza hacia un lado indicándole que acceda, Trinidad siente un cosquilleo inexplicable en la boca del estómago y asiente sin ni siquiera pensarlo.

—De acuerdo.

Durante la cena, sentadas en una mesa redonda, van hablando del proyecto hasta que poco a poco la conversación empieza a dirigirse hacia temas personales gracias a Lili, que va haciendo preguntas como si fuera periodista. Trinidad se queda absorta durante unos segundos, mirando a Úrsula cuando ayuda a Mildred a limpiar la comida que Lili ha derramado en el mantel. Ve su complicidad y se da cuenta de que jamás ha tenido eso con nadie, por lo que el amor comienza a parecerle menos malo si se parece a lo que la pareja proyecta.

Mientras ella anda perdida en sus propios pensamientos, María está centrada en ella, consciente cada vez más de que Trinidad esconde algo, pero pensando por primera vez que quizá, lo que esconde no es malo, sino que, solo es algo triste.

—¿Tú estás casada, Trinidad? —le pregunta Mildred haciendo que su gesto se endurezca de repente.

Trinidad siente una repentina tensión en cada músculo de su cuerpo.

—No, el matrimonio es una farsa —contesta de manera seca y abrupta—, si dos personas se quieren, no creo que necesiten un papel para confirmarlo.

Todas la miran en silencio, incluso Lili ha dejado de parlotear.

—Perdona, he sido un poco brusca —se disculpa nerviosa y mira de manera inconsciente hacia atrás, donde está la mesa en la que cenan Benjamín y Oliver, como si mirando a su guardaespaldas, se sintiera más segura.

—Yo pienso igual —interviene Úrsula rebajando la tensión—, estuve casada y jamás he sido tan feliz como lo soy ahora con Mildred sin estarlo. Aunque tampoco descarto hacerlo otra vez —añade y a Mildred la mandíbula se le descuelga arrancando una carcajada de María y un suspiro de tranquilidad en Trinidad.

—¿Os vais a casar? —pregunta Lili eufórica.

—No, cariño —responde Úrsula alertada por su metedura de pata—, solo sería por temas legales, tú eso ahora no lo entiendes.

Úrsula busca la mirada de María para que la saque del apuro distraiendo a Lili con alguna de sus anécdotas, pero de nuevo, la encuentra absorta observando a la empresaria.

—La semana que viene es mi cumple —suelta Lili dirigiéndose a Trinidad, olvidando por completo el tema de la boda—. ¿Vendrás a mi fiesta? Tengo que presentarte a Piadora —explica como si fuera un asunto de vida o muerte.

Todas se ríen ante el gesto de confusión de la ingeniera.

—¿Quién es Piadora?

—Una tortuga que vive en el estanque de Úrsula. Es más vieja que yo.

—Anda —se ríe Trinidad.

—¿Vendrás? —pregunta con ojos suplicantes.

Trinidad alza la mirada y, en lugar de buscar los ojos de Úrsula o de Mildred, se ve enganchada de nuevo en los de María, que sonríe con las cejas arqueadas. La empresaria rectifica de inmediato y mira a las madres sin saber qué responder. No quiere ir, pero tampoco quiere ofender a Lili.

—Vente —le dice Úrsula, que, de algún modo, conecta con Trinidad y parece darse cuenta de esa lucha interna en la que la ingeniera vive de manera constante—, la fiesta es en mi finca. Vendrán unos pocos amiguitos de Lili y ya está. Solo estaremos nosotras y puede que algunos padres.

—Claro, anímate —añade Mildred.

—Venga, di que sí —insiste Lili.

—Está bien.

Lili da un pequeño grito de alegría y se levanta para abrazar a Trinidad. María las observa pasmada, tratando de encontrar a esa mujer fría que se la folla y después desaparece en esa mujer cariñosa que se ríe con la niña. Es Úrsula la que la saca de sus pensamientos cuando acerca su silla hacia ella aprovechando que todas están distraídas y se inclina para hablarle en confidencia.

—¿Te das cuenta de que te has follado a todas las mujeres adultas de la mesa? —suelta y a María la recorre una corriente que le pone el cuerpo rígido.

Mira a Úrsula dispuesta a negarlo, pero cuando ve cómo la mira su amiga, entiende que no puede mentirle.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunta asombrada mientras el color va volviendo a sus mejillas.

—Porque te conozco desde hace más de veinte años, y no es solo tu manera de mirarla lo que te delata, es cómo te mira ella.

Ninguna de las dos sabéis disimular —zanja Úrsula y vuelve a su sitio mientras niega con la cabeza.

En la puerta del restaurante se despiden de Úrsula, Mildred y Lili.

Trinidad y María, caminan escoltadas por Benjamín y Oliver hasta el hotel. Cuando entran, Trinidad detiene a María por unos instantes.

—Tú conoces bien a Lili, excúsame con ella en su cumpleaños.

—¿No vas a ir? —María frunce el ceño.

—Yo no pinto nada allí, María...

—Me da igual lo que pintes —la corta la abogada de manera abrupta, sorprendiendo a Trinidad—. Le has prometido que irías y las promesas con los niños se cumplen, así que más vale que vayas —dice antes de darse la vuelta y caminar a paso rápido hacia el ascensor.

—Parece que la señora María tiene mucho carácter —comenta Benjamín con retintín colocándose a su lado.

Trinidad lo mira y los dos se echan a reír.

—Deja de llamarla señora María, Benjamín, ¿cuántas veces tengo que decírtelo?

—Una más —responde él y le hace un gesto para que empiece a caminar.

CAPÍTULO 14

María ve desde la ventana de su despacho cómo llega el coche de Úrsula con Mildred al volante. Las dos se bajan y se despiden con un beso antes de que Mildred se vuelva a subir y se marche. María suspira con su tableta en la mano. Hoy ha llegado más temprano de lo habitual, algo raro en ella teniendo en cuenta que es lunes.

Se ha pasado todo el fin de semana con Trinidad metida en la cabeza, primero recordando esa actitud cariñosa y distraída mostrada con la niña que está muy lejos de la mujer fría que ella conoce, después, pensando en ese momento en el que, sin poder dormir, se plantó frente a la puerta de la habitación de Trinidad a media noche dispuesta a dejarle claro que no solo iban a follar cuando ella lo decidiera, pero justo cuando iba a llamar a la puerta, la de la habitación de al lado se abrió y por ella se asomó un somnoliento Benjamín, como si hubiera intuido la presencia de una sombra acercándose a su protegida.

—Ah, es usted, señora María —dijo el hombre y ella lo miró pasmada—, que pase buena noche —dijo y volvió a cerrar la puerta.

María se quedó descolocada y se le cortó el rollo al pensar que, si Trinidad la dejaba entrar, Benjamín tal vez las escucharía, así que se dio la vuelta y regresó a su habitación, frustrada, pero lo peor vino al día siguiente por la mañana cuando se encontró con Trinidad para desayunar antes de marcharse al aeropuerto y regresar a España.

—¿Tenías insomnio anoche? —preguntó Trinidad mientras hacían cola para coger tostadas en el bufé libre.

A María casi se le parte el cuello cuando se giró para mirarla. Trinidad llevaba un traje gris perla que la hacía parecer aún más inalcanzable.

—¿Cómo pudo saber Benjamín que estaba allí? —le preguntó María intrigada, bajando la voz para que solo Trinidad pudiera escucharla.

Trinidad sonrió, María no sabía si orgullosa de saber que se había arrastrado hasta la puerta de su habitación o solo porque le hacía gracia.

—No lo sé, tiene una especie de sexto sentido, por eso lo elegí a él —contestó Trinidad y avanzó en la cola.

El tema murió ahí y a María la recorrió la rabia. Quería que le preguntara por qué no había llamado a su puerta, pero como siempre, a Trinidad pareció que todo le daba igual, y María sigue igual de rabiosa desde entonces.

Escucha los tacones de Úrsula y sale a su encuentro para comentar la agenda de la semana.

—¿Qué tal el fin de semana en Londres? —se interesa María cuando entran en el despacho.

—Muy bien, llevamos a Lili al Madame Tussauds y a ver el tour de Harry Potter. Fue como ir con dos niñas, tenías que haber visto a Mildred posando con las figuras de cera.

Úrsula le enseña algunas fotos y las dos se ríen mientras las comentan.

—¿Y tú? ¿Qué tal con Trinidad?

—¿Qué?

María se pone roja y le comienza a picar la oreja izquierda.

—No sé, estabais en el mismo hotel...

La abogada frunce el ceño.

—No te entiendo.

—Déjate de rollos, María, que nos conocemos. Te dije que no te liases con empleadas para que no haya más conflictos aquí dentro y tú vas y te lías con una asociada —espeta resoplando.

—No estamos liadas —se defiende María.

—¿No? —el tono incrédulo de Úrsula no le gusta a María.

—No, no tenemos nada, joder —dice tan molesta que a su jefa las cejas se le arquean con curiosidad.

—Sientes algo por ella, ¿verdad? —concluye Úrsula sorprendida.

—¿Qué?

A María se le acelera el corazón de tal manera que solo tiene ganas de gritar.

—¿Cómo voy a sentir algo? —pregunta alterada ante la mirada atónita de Úrsula, poco acostumbrada a verla así—, te recuerdo que esa mujer esconde algo. Es rara de narices, ¿sabes? Y tiene cámaras en su despacho, ¿te lo puedes creer?

María se levanta y comienza a dar vueltas por el despacho para dejar salir los nervios que la están arrasando.

—Y ese Benjamín, siempre pegado a ella como si fuera su sombra —dice y señala a Úrsula como una desquiciada—. Tú también eres millonaria y tu escolta es mucho más discreta.

Úrsula está cruzada de piernas con las manos sobre el regazo, pensando que una bolsa de chuches le vendría perfecta para seguir viendo el espectáculo.

—Es fría, joder —sigue María cabeceando—, y muy desconcertante. La ves hablar con Lili y

parece una mujer encantadora, y después, está conmigo y es...

María aprieta los labios, ni siquiera sabe cómo describirla.

—No sé qué es —dice finalmente y se pone las manos en la cintura—, joder, necesito un cigarro.

Úrsula abre un cajón de su mesa y saca un paquete que siempre suele tener ahí.

—Abre la ventana y echa el humo fuera —dice al mismo tiempo que le lanza el paquete.

María abre la ventana y se enciende un cigarro con las manos temblorosas y se queda apoyada ahí, girada hacia su amiga mientras fuma para intentar calmarse.

—En conclusión —resume sería Úrsula—, que sí que sientes algo por Trinidad.

María la mira sin parpadear unos instantes mientras valora su respuesta, hasta que decide ser sincera con ella misma.

—Sí, siento algo y me voy a volver loca —niega suspirando y da otra profunda calada—. Ella es la que lleva la batuta, ¿sabes? Se hacen las cosas cuando ella lo decide y lo mismo me folla que me ignora.

Úrsula es incapaz de contener una carcajada cuando la escucha.

—A mí no me hace gracia, Úrsula.

—Claro que no, está haciendo contigo lo que tú has estado haciendo con todas últimamente, se llama karma.

—Vete a la mierda.

Úrsula vuelve a reírse.

—Vale, está bien. Ya paro. ¿Hasta qué punto te gusta?

—No lo sé —responde María—. Es una mujer tan misteriosa... Al principio pensaba que escondía algo oscuro, pero cuando estuvimos en Londres noté algo diferente en ella y empiezo a pensar que lo que esconde simplemente es algo triste.

—Estoy contigo, yo nunca he tenido la sensación de que hubiera algo malo en ella y, a pesar de esa fachada de mujer fuerte y avasalladora, desde el principio creo que lo único que he visto en ella ha sido miedo. Te dije que me recordaba a alguien y ya sé quién es.

María la mira expectante.

—¿Quién?

—A Mildred, tiene la misma mirada asustada que tenía ella cuando la conocí.

—Tal vez —asiente María—, pero eso no le da derecho a tratarme así.

Úrsula arquea una ceja.

—¿Y tú sí que tienes derecho a tratar a las demás así?

—Se supone que eres mi amiga y tienes que apoyarme — protesta María apagando el cigarro.

—También soy tu jefa, así que ponte a trabajar.

CAPÍTULO 15

—Relájese, solo es un cumpleaños —dice Benjamín cuando él y Trinidad acceden a la finca de Úrsula.

La empresaria asiente tratando de mostrarse tranquila, pero no consigue quitarse de encima el pensamiento de que ella sobra en esa fiesta. Se bajan del coche cuando Benjamín aparca y ella le pide que la acompañe hacia la zona donde se encuentran las tres mujeres y otras tres a las que no conoce y que supone que serán las madres de algunos de los niños que hay correteando junto a Lili.

—No te quedes aquí, Benjamín, te tostarás al sol —aconseja Trinidad.

El calor es intenso incluso bajo la sombra de los árboles.

—No sé qué podría hacer yo allí con tanta mujer —duda él y ella se ríe.

—Podrías buscar aquí a tu cuarta mujer —se burla ella, con un brillo travieso en la mirada.

María la ve sonreír desde lejos y el estómago se le gira haciendo que tenga que contener la respiración unos segundos.

—A mí no me parece una estirada —comenta Úrsula mordaz ante la risa espontánea de Mildred, que ya está al corriente de lo que le pasa a María con Trinidad.

Trinidad llega hasta ellas y le entrega a Mildred una bolsa con el regalo para Lili.

—No hacía falta, mujer —dice ella dejándola junto a los demás regalos que ya forman una montaña sobre la mesa.

El grito de Lili al reparar en la presencia de la empresaria las sobresalta a todas. Trinidad se gira al escuchar su nombre y la ve correr hacia ella con una sonrisa radiante.

—No entiendo por qué le gustas tanto a la niña —suelta María a su lado.

Trinidad la mira de reojo y le da un repaso rápido.

—Fácil, soy agradable y cariñosa, no como tú, que siempre estás tensa.

María, indignada, abre la boca para decirle lo que piensa, pero se tiene que morder la lengua porque la niña llega con tanto ímpetu, que Trinidad no cae al suelo porque Benjamín —siempre atento como un ave rapaz— le pone una mano en la espalda para ayudarla a mantener el equilibrio.

—¡Has venido! —grita emocionada—, ven, tienes que conocer a Piadora.

Trinidad no tiene opción de negarse porque Lili la coge de la mano y tira de ella hacia el estanque.

—¿Habéis escuchado lo que me ha dicho? —pregunta María con los brazos en jarras.

—Sí, y algo de razón tiene —confirma Mildred, y María se queda boquiabierta.

—No me puedo creer que os pongáis de su parte —bufa ofendida.

—Deja de quejarte, María, si no quieres que Trinidad piense que eres una estirada, lo que tienes que hacer es ir a rescatarla de las fauces de Lili antes de que empiece a preguntarle por el apellido de toda su familia.

María mira a Trinidad, rodeada por la horda de niños mientras observan a Piadora en el puente del estanque. Le gusta y no puede negarlo. Trinidad es elegante y misteriosa, además de atractiva, y por mucho que se queja sobre ello, también le gusta su carácter fuerte y al mismo tiempo esquivo. Sin decir nada, empieza a caminar hacia ella hasta que se coloca a su lado.

—No me imaginaba que la tortuga fuese tan grande —comenta Trinidad cuando repara en su presencia.

—Cuando yo la conocí no lo era tanto. ¿Sabes que Úrsula habla con ella? —cabecea incrédula y Trinidad se echa a reír.

—La verdad es que no me imagino a una confidente mejor que esta —comenta la ingeniera.

—Ya, muy típico de vosotras. Me pregunto si va con la fortuna esto de ser tan raras.

—No siempre he sido rica —suelta Trinidad y María la mira fijamente al darse cuenta de que es la primera vez que le habla un poco de ella—, pero tenía unas conversaciones muy interesantes con mi gata cuando era pequeña.

—Vaya —exclama María—, pues es una lástima que los gatos no hablen.

Trinidad sonríe entre el griterío de los niños.

—¿Quieres que te enseñe todo esto? La finca es enorme y no hace falta que lleves a Benjamín, aquí estás a salvo —le propone María y Trinidad la mira entornando los ojos.

La abogada deja de respirar unos instantes, temiendo que, de nuevo, la empresaria la deje con la palabra en la boca o rechace su oferta.

—De acuerdo —accede Trinidad y le hace un gesto a su hombre de confianza para que no las siga.

Sorprendida, María sonríe y ambas comienzan a alejarse del estanque y de los niños. Poco a poco, el ruido va quedando atrás y ellas comienzan a relajarse.

—Vaya, sí que es grande —confirma Trinidad complacida con lo que ve.

—Te lo he dicho.

—¿Y esa casa? —pregunta la empresaria conforme se van acercando a la cabaña.

—Es la de invitados, y también la que Úrsula le ofreció a Mildred cuando se separó del marido y ellas comenzaron a salir. Se trasladó aquí con la niña al principio de la relación, pero desde hace un par de meses viven juntas en la casa principal. ¿La quieres ver? —María señala la puerta y Trinidad, invadida por una curiosidad impropia de ella, asiente.

—No sabía que Mildred había estado casada también —comenta al entrar.

—Sí, con el padre de Lili, aunque mejor que no lo hubiera hecho, es un cabrón maltratador que, aprovechando su buena posición social y los pocos recursos de Mildred en aquel momento, intentó quitarle a la niña cuando ella le pidió el divorcio.

Trinidad se detiene en seco y se gira hacia María en medio del salón.

—¿Mildred era una mujer maltratada?

—Sí —responde María intentando adivinar los pensamientos de Trinidad, que se ha quedado absorta—. ¿Estás bien?

La mujer solo menea la cabeza de manera afirmativa antes de salir de la cabaña para que le dé el aire.

—Es bonita —dice en el porche y María se da cuenta de que sea lo que sea lo que se le ha pasado por la cabeza, ya no quiere hablar de ello.

—Sí, lo es, y también es un sitio tranquilo.

—¿Volvemos? —pregunta Trinidad, que empieza a sentirse vulnerable.

—No —rebate María ante su asombro y se planta frente a ella sorprendiendo a la empresaria, que sonríe nerviosa—, estoy harta de que las cosas se hagan cuando tú las ordenas.

La mirada entornada de María clavada en sus ojos, comienza a provocarle un calor insoportable a la ingeniera.

—¿Y qué quieres hacer? —la provoca Trinidad con esa media sonrisa de suficiencia que María está dispuesta a borrarle de la cara.

—Besarte, y no te estoy pidiendo permiso —declara María y tras reducir la distancia entre ambas, le acaricia la mejilla y une sus labios con los de Trinidad en un beso lento y abrasador que deja a la empresaria fuera de juego por primera vez desde que se conocen.

Trinidad la mira cuando María se aparta, con la boca medio abierta y el corazón acelerado y, tras meditarlo un momento, decide dejar de controlarse y dice lo que piensa.

—¿Quieres venir a cenar a mi casa?

María arquea las cejas y el aire de su risa le sale por la nariz en un gesto divertido que logra relajar un poco a Trinidad, que se ha puesto muy nerviosa tras el beso.

—¿Qué ha pasado para que me folles como una marsupial y ahora me pidas una cita? —pregunta burlona la abogada.

—No pienso responder a esa pregunta tan soez, tienes cinco segundos para aceptar o retiro la oferta —dice Trinidad y da un paso hacia ella hasta que el aire ya no corre entre las dos.

A María le arde todo el cuerpo.

—Acepto —susurra y le da otro beso.

—Bien —responde Trinidad contra su boca—. ¿Nos podemos ir ya o es demasiado pronto?

María suelta una carcajada.

—Has venido al cumpleaños de una niña, Trinidad, tenemos que esperar al pastel y a los regalos si no quieres ser testigo de su capacidad pulmonar cuando se ponga a llorar, después nos vamos.

Trinidad hace una mueca y asiente.

—No lo entiendo —dice María mientras regresan a la casa principal—, ¿por qué te quieres ir tan pronto con lo bien que se te dan los niños? A Lili le encantas.

—No es por los críos, y menos por Lili, es que no me siento cómoda cuando hay mucha gente.

María la mira de reojo. Le haría mil preguntas a Trinidad, pero siente que con ella debe ir muy despacio, sin agobiarla, porque la mujer suelta la información a cuentagotas y enseguida se pierde en sus pensamientos tras hacerlo. Además, no reaccionó nada bien cuando ella y Úrsula le preguntaron por la poca información que había sobre ella y, aunque en aquel momento no le hubiera importado que Trinidad desapareciera, ahora sí que le importa. Quiere seguir conociéndola y, lo más preocupante es que desde que folla con ella, no ha vuelto a sentir la necesidad de quedar con otras mujeres.

CAPÍTULO 16

A pesar de que solo han pasado un par de horas más en casa de Úrsula, María no veía el momento de marcharse con Trinidad, sobre todo temiendo que, conforme pasaban los minutos, la empresaria cambiase de opinión y cancelase su oferta. Pero Trinidad no ha dicho nada y ahora María está sentada junto a ella en el asiento trasero de su coche, conducido por Benjamín, observando de reojo el perfil serio y enigmático de la empresaria.

Trinidad vive en una urbanización muy parecida a la de Úrsula, solo que la de ella, tiene vigilancia perimetral y su finca en concreto, unos enormes muros altos que impresionan a María. Ve cámaras colocadas cubriendo cada ángulo y, cuando la puerta se abre, encuentra también una caseta con un guardia, como en casa de su amiga. La abogada no comenta nada al respecto en ese instante, pero no puede callarse cuando llegan a la entrada y ve a otro guardia haciendo ronda por el exterior de la casa, además de una caseta secundaria situada a pocos metros de la principal de la que sale Oliver cuando las ve llegar. El hombre las saluda con la mano y vuelve al interior, y María comprende de inmediato que, probablemente, en esa caseta siempre hay alguno de sus guardaespaldas para que ella tenga protección durante las veinticuatro horas.

—¿De verdad necesitas tanta seguridad? —pregunta asombrada cuando se bajan del coche.

Trinidad dirige una mirada fugaz a la caseta, después pasa por Benjamín y, finalmente, acaba en ella. Su mirada se oscurece por un momento, como si algo tenebroso le cruzara la mente.

—Prefiero no hablar de eso, María —dice y le hace un gesto señalándole la entrada.

—Avísame si me necesita —dice Benjamín, y se despide de las dos para dirigirse a la caseta.

María lo observa alejarse hasta que Trinidad abre la puerta.

—Tranquila, las cámaras del interior se apagan cuando yo estoy dentro —le asegura la empresaria.

—Perdona, es que me asombra mucho. Úrsula también tiene bastante seguridad, pero lo tuyo... —María deja de hablar ante la mirada tensa de Trinidad—, vale, no hablamos de esto.

—No, no hablamos de esto —confirma Trinidad y María se le acerca.

—¿Qué te parece si no hablamos de nada por ahora?

Trinidad nota la corriente recorrerle todo el cuerpo cuando María le hace una caricia juguetona. Después le hace una seña con la cabeza y le señala un sofá de piel blanco de proporciones considerables en forma de ele.

—Desnúdate —dice Trinidad graduando la luz hasta dejarla más tenue.

—No —responde tajante María, dejándola descolocada—. Hoy no puedes follarme y después largarte porque estamos en tu casa, y no creo que seas tan despiadada como para después echarme. Las reglas han cambiado, Trinidad —susurra y se acerca para quitarle la chaqueta del traje, que deja caer sobre un lado del sofá.

Trinidad está nerviosa; si ella controla la situación, nada puede afectarle y, por lo tanto, tampoco puede hacerle daño, pero María le gusta lo suficiente como para empezar a romper sus propias reglas.

La abogada le desabrocha el pantalón y le saca la blusa por fuera. Trinidad tensa el abdomen cuando comienza a desabrocharle los botones muy despacio. María va bajando, descubriendo su pecho con el pulso acelerado mientras contiene las ganas de arrancarle la camisa de un tirón y empujarla contra el sofá. Percibe en cierto modo la tensión de Trinidad y prefiere ir despacio, sin asustarla, por eso le abre la camisa muy despacio y la desliza por sus brazos mientras los acaricia. Después la besa, otro beso lento que hace arder a Trinidad por dentro y que, al mismo tiempo, la sigue teniendo paralizada.

—Descálzate —le susurra María mientras se deshace de su vestido y se queda en ropa interior.

Trinidad, sin apartar la vista de su cuerpo, se quita los zapatos y se queda frente a ella en pantalón y sujetador. María comienza a darle besos por el cuello y por los hombros, la ingeniera trata de relajarse cerrando los ojos, pero se le abren solos porque lleva demasiado tiempo siempre alerta y se pone rígida cuando María se arrodilla y desliza su pantalón hasta bajarlo. Es cuando introduce los dedos por la goma de la ropa interior cuando María repara en la cicatriz que Trinidad tiene en el vientre. María no entiende mucho de eso, pero tiene claro que es una cicatriz de cesárea.

—Tampoco quiero hablar de eso —dice Trinidad cuando María le pasa los dedos por encima.

La empresaria está temblando, con las manos pegadas a las caderas como si no se atreviera a moverse.

—No te preocupes —la tranquiliza la abogada, que le coge las manos, le da un suave apretón antes de soltarlas y después de darle un beso sobre la cicatriz, le quita la ropa interior y comienza a besar su sexo.

Trinidad comienza a temblar de otra manera y separa ligeramente las piernas. María se siente embriagada cuando le permite el acceso. De repente solo quiere beber de Trinidad, suave, caliente y húmeda, y la empuja lentamente hasta que la ingeniera se sienta en el sofá y María puede abrirle las piernas por completo.

—Eres preciosa —sisea la abogada en un ataque de sinceridad incontrolado antes de entregarse por completo a su tarea.

María la lame, la chupa y la sorbe como si conociera cada rincón de su sexo y supiera dónde debe presionar para llevar a Trinidad al borde de la locura. A pesar de esa tensión de la que a

Trinidad le cuesta deshacerse y de la fuerza desmedida con la que se agarra a los cojines de su sofá, la empresaria consigue relajarse y disfruta ese primer orgasmo como una explosión repentina y muy fogosa que le quema las entrañas y se le expande por todo el cuerpo hasta encogerle los dedos de los pies. Pero María no se mueve de ahí, no ha tenido suficiente, le gusta el sabor de Trinidad y también le gusta escuchar sus suaves jadeos, como si temiera hacer más ruido de la cuenta y, sin darle tiempo a recuperar el aliento, vuelve a devorarla hasta arrancarle el segundo orgasmo para acto seguido, sentarse sobre ella a horcajadas y besarla.

Esta vez, María no está dispuesta a dejar que sea Trinidad la que dirija la orquesta.

—Tócame —le pide casi ahogada de deseo.

Trinidad sonríe todavía jadeante y mete una mano entre sus piernas.

—Joder, estoy muy cachonda —intenta sonreír la abogada cuando Trinidad comienza a acariciarla y se le expande esa agradable sensación de calor y cosquilleo entre las piernas.

Trinidad sonríe y aumenta la presión de sus caricias arrancándole un gemido intenso e inesperado a María antes de apartar la mano.

—Me encanta que estés así de cachonda —dice ante la mirada de desconsuelo de María cuando ve que deja de tocarla—, pero yo también quiero saber a qué sabes. Túmbate —ordena.

Y María decide que no le importa que Trinidad vuelva a dar órdenes, porque la realidad es que eso la pone mucho más cachonda.

Son casi la una de la madrugada cuando se dan por satisfechas y María, que no sabe muy bien cómo debe actuar teniendo en cuenta ese carácter misterioso y huidizo de Trinidad, se incorpora y busca su móvil.

—Llamaré a un taxi.

Trinidad la mira, dudando entre hacer lo que cree que debe, que es dejarla marchar, o hacer lo que le apetece, que es pedirle que se quede. Entonces recuerda una de sus últimas conversaciones con Benjamín, donde ese hombre que la quiere como un padre le aconsejaba que se dejase llevar, y hace lo segundo.

—Si te apetece, quédate. Por la mañana le diré a Benjamín que pase por casa de Úrsula para que recojas tu coche antes de que me lleve a la oficina.

A María el corazón le da un vuelco cuando la escucha, pero trata de mostrarse serena porque ni ella misma entiende lo que le está pasando con Trinidad y, además, es consciente de que la ingeniera está cediendo mucho más de lo que hubiera esperado esta noche.

—¿Estás segura?

—Sí, pero nada de preguntas personales —aclara Trinidad.

—¿Me las responderás algún día? —se atreve a preguntar María.

Los ojos de Trinidad se convierten en dos bloques de hielo mientras medita la respuesta.

—Es posible.

—Supongo que me tiene que valer con eso —asiente María y se acerca a ella de nuevo—. ¿Puedo usar tu ducha? —pregunta deslizando un dedo entre sus pechos.

Trinidad se estremece de deseo.

—Claro —contesta casi sin aliento.

—¿Entras conmigo? Me encantaría que te pusieras un arnés y me dieras una buena sesión bajo el agua —suelta, dejando a Trinidad con las piernas temblando.

CAPÍTULO 17

María lleva tres días en una especie de trance y pensamientos confusos. Desde que pasó la noche con Trinidad, el cosquilleo le desborda el pecho cada vez que piensa en ella y la abogada tiene muy claro por qué le pasa eso, pero se niega a aceptar que se esté enamorando de una mujer tan misteriosa como la empresaria, alguien que esconde secretos que ella tiene claro que son dolorosos, como esa cicatriz de cesárea que la tiene sumamente intrigada.

—Ha tenido un hijo —dice sentada frente a Úrsula mientras ambas esperan en el despacho de esta a que Mildred, que ha avisado de que llega un poco tarde, venga a recogerla para marcharse juntas a casa después de la jornada.

María ha visto la oportunidad de seguir desahogándose por cuarta vez esta semana y, en lugar de marcharse, se ha quedado con su amiga.

—Me lo has repetido tres veces —dice Úrsula agotada de escuchar la misma cantinela, dejándose caer hacia atrás en su silla.

—¿Y no te parece raro? ¿Dónde se supone que está?

—Pues a lo mejor estudia en el extranjero o está pasando una temporada con su padre —concluye mientras va recogiendo sus cosas—. O en un internado suizo porque es igual de pesado que tú.

—¿Y por qué no quiere hablarme de ello? —insiste la abogada.

Úrsula le clava la mirada al mismo tiempo que su móvil vibra.

—Sus razones tendrá. Mildred ya está abajo, vámonos.

—Se acuesta conmigo, ¿por qué no me lo puede contar? —pregunta María mientras se levanta.

—Técnicamente, os habéis acostado solo una vez, lo demás ha sido puro sexo casual. Joder, ¿qué edad tienes? Trinidad no tiene por qué contarte una mierda, María, al igual que tú probablemente no le has contado nada sobre ti.

—Porque ella no me ha preguntado —rebate María, cruzándose de brazos en un gesto defensivo.

Úrsula se gira y se detiene, estudiando a su amiga con expresión divertida mientras esboza una sonrisa.

—¿Quieres que te pregunte? Eso es lo que te enfada en realidad, ¿verdad? —concluye Úrsula

sin ocultar lo mucho que se divierte con la situación de su amiga—, que no te hable de su vida privada y además no se interese por la tuya.

—De verdad que no comprendo qué es lo que Mildred ha visto en ti, lo digo en serio —ladra y camina hacia la salida.

Úrsula se ríe y la sigue hasta que salen del edificio, donde Mildred la espera apoyada en el coche.

—Bueno, márchate a tu nido de amor, yo me iré sola a mi apartamento. Tal vez utilice la aplicación para quedar con alguna mujer que sí que quiera escucharme —dramatiza María mientras saca el paquete de tabaco.

—Tú y yo sabemos que la única mujer con la que quieres quedar tiene nombre y apellidos, y es muy atractiva, por cierto —responde Úrsula guiñándole un ojo.

María entorna los ojos y se ríe, y no verbaliza lo que piensa porque un hombre las interrumpe antes de que se separen.

—Disculpe —dice dirigiéndose a María—, ¿conoce usted a una tal Adriana Martín?

María se pone nerviosa al pensar en que tal vez es el marido celoso de alguna de sus muchas amantes, pero enseguida lo descarta porque a ninguna le ha dado los datos suficientes como para que la localicen en ninguna parte y la única persona de la empresa con la que se ha acostado ha sido Anabel, y ella no está casada.

—¿Adriana? —María piensa unos segundos—, pues no me suena, lo siento —dice mirando a Úrsula, que también niega con la cabeza.

—¿Está segura? Me han dicho que últimamente la han visto por aquí.

María frunce el ceño y de algún modo incomprensible, se pone en alerta. El hombre, a pesar de ir trajeado y tener las manos inmaculadas de un contable, tiene algo que no le gusta, pero le gusta mucho menos esa insistencia.

—Ya le he dicho que no, ahora si me disculpa, tengo prisa.

Úrsula mira de reojo hacia el vehículo que hay aparcado unos metros más atrás que el de Mildred, ese en el que siempre va su guardaespaldas siguiéndola de cerca, pero a una distancia prudencial que no llame la atención. El hombre ha bajado del coche y se acerca despacio como si paseara, lo que empieza a poner más nerviosas a las tres mujeres, porque Mildred lo está presenciando todo junto a la puerta de su coche.

—Espere —insiste él con tono amable—, solo le pido que mire una foto, a lo mejor si la ve, sí que la recuerda.

María suspira y, tras agarrar con fuerza su bolso y cruzar una mirada con Úrsula, asiente y el hombre extiende una fotografía que sitúa frente a ella. A María el corazón le da un vuelco y

amenaza con escapar de su pecho al ver en ella a una Trinidad algo más joven, con el pelo más largo y más delgada, pero sin duda es la empresaria de la que se está enamorando.

—No la he visto nunca —responde seca, tratando de no mostrarse alterada para que él no detecte que la conoce, porque no se fía del hombre.

—Está bien —acepta y les muestra una sonrisa de dientes perfectos antes de girarse y caminar hasta el otro lado de la calle, donde lo ven subir a la parte trasera de un coche.

Ninguna de las dos abre la boca hasta que el coche no se pone en marcha.

—Sabía que escondía algo —dice María tratando de contener la rabia—. La ha llamado Adriana Martín, ¿en qué mierda anda metida?

—No lo sé, pero deberías advertirla de que la están buscando —le aconseja Úrsula.

—Por supuesto que lo voy a hacer, ahora mismo, además.

María se da la vuelta y se dirige hacia su coche a paso rápido, y solo una vez que está dentro, saca el teléfono y marca el número de Trinidad.

—Dime —contesta la ingeniera con su habitual tono frío, como si la otra noche María no le hubiera estado arrancando orgasmos hasta la madrugada, ni hubieran dormido juntas o desayunado en el jardín de Trinidad antes de que la llevase a la empresa.

—Tenemos que hablar, y no me valen las excusas, ha de ser ahora, y en persona —exige María con los dedos de la mano libre cerrados sobre el volante con fuerza.

Trinidad suspira antes de responder.

—De acuerdo, ¿te vale mi casa? Acabo de llegar.

—Me vale. Ahora nos vemos.

María cuelga sin despedirse y se pone en marcha.

CAPÍTULO 18

María se queda unos segundos dentro de su coche tratando de calmarse antes de salir para entrar en casa de Trinidad. Cerca de la puerta, ve a Benjamín hablando con el otro chico, como si le estuviera dando instrucciones para el día siguiente. La abogada se baja del vehículo y los saluda con una sonrisa tensa. Por mucho que lo intenta, no se acostumbra a ver a ese hombre siempre tan cerca de Trinidad.

Golpea la puerta con los nudillos mientras mira de reojo a los dos hombres, que siguen distraídos con la conversación cuando la puerta se abre y María se encuentra a Trinidad recién duchada, con el pelo húmedo, descalza y ataviada con un pantalón cómodo y una camiseta básica que le otorga un aire informal que, a ojos de la abogada, la vuelve todavía más atractiva de lo que ya le parece de manera habitual. Por un momento, María se olvida hasta de lo que la ha llevado allí, pero cuando Trinidad, que sostiene un vaso de agua en la mano, se aparta a un lado y le hace un gesto con la cabeza para que entre, ella recupera esa rabia que la ha conducido hasta allí.

—Estás muy guapa —comenta Trinidad en un ataque de sinceridad cuando cierra la puerta.

María se gira hacia ella y siente una descarga cuando se da cuenta de que la empresaria se la está comiendo con la mirada, sin embargo, le puede más ese enfado monumental que siente cada vez que piensa en que Trinidad no confía en ella. La ingeniera, todavía ajena a la tormenta que hay desatada en la mente de María, se acerca a ella con intención de darle un beso suave en la mejilla, pero María se aparta con una brusquedad que descoloca a Trinidad.

—¿Qué pasa?

—He venido para que hablemos, no para follar —responde cortante y la expresión amable de Trinidad, se transforma en una máscara de hielo.

—De acuerdo —Trinidad da un sorbo a su vaso de agua y camina descalza hacia un par de sillones que tiene de cara a un enorme ventanal que da al jardín trasero—, pues habla —dice sin sentarse, apoyando el culo en el respaldo de uno de ellos.

María tiene que esforzarse mucho para no saltarle encima y hacerle el amor hasta quedarse sin energía, porque cada gesto de Trinidad, a ella le parece una tentación.

—Quiero que me digas quién eres, Trinidad. ¿O debería llamarte Adriana?

Si María hubiera sabido cómo iba a responder Trinidad ante ese ataque repentino, habría abordado la situación de otra manera menos agresiva, pero ahora ya lo ha dicho y Trinidad ha perdido el color de la cara, su expresión ha mudado de la frialdad al terror y el vaso que sujetaba en la mano, se le ha escurrido hasta estrellarse contra el suelo para hacerse añicos envuelto en un ruido aparatoso que acelera el pulso de María.

María, temiendo que Trinidad se desmaye por lo blanca que se ha puesto, se acerca a ella pisando los cristales al mismo tiempo que la puerta de la entrada se abre de manera abrupta y Benjamín entra alertado por el ruido de los cristales rotos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta el hombre acercándose a ellas en dos zancadas.

—No lo sé —responde María ante el mutismo de Trinidad, que sigue paralizada y ni siquiera ha reaccionado cuando ella la ha cogido por la cintura.

Benjamín se acerca y observa a su protegida con ojo clínico antes de cogerla de la mano e indicarle dónde tiene que pisar para no cortarse con los cristales.

—Vamos, tiene que sentarse, Trinidad —dice el hombre y María se hace a un lado, observando con asombro una escena que la entenece al ver el cariño con el que Benjamín trata a Trinidad y el modo en el que ella se mueve como un muñeco guiada por él.

—Traeré agua —dice María y va corriendo a la cocina.

Allí coge una jarra y se permite beber para intentar calmarse antes de volver al salón, donde Trinidad, que parece haber vuelto en sí, la aborda en cuanto la ve.

—¿De dónde has sacado ese nombre, María? —pregunta con un tono angustioso que provoca que la abogada se sienta todavía peor.

—Un hombre me ha abordado cuando salía de la empresa y me ha preguntado si conocía a una tal Adriana Martín —explica María y Trinidad coge mucho aire mientras que, Benjamín, al escuchar a la abogada, coloca de inmediato una mano protectora sobre el brazo de la empresaria—. Le he dicho que no y entonces me ha enseñado una foto tuya y me ha preguntado si estaba segura.

Trinidad se lleva una mano a la boca y trata de contener el llanto.

—¿Y usted qué le ha contestado, señora María? —pregunta Benjamín.

—Le he dicho que no, que no la conocía. El tipo me ha dado mal rollo y... —María interrumpe su respuesta cuando se da cuenta de que Trinidad, la mujer que hasta ahora ella creía fría como un témpano de hielo, está llorando.

—No se preocupe, señora Trinidad —la trata de tranquilizar Benjamín—, doblaré la vigilancia. Le aseguro que no le va a pasar nada.

Benjamín le da un apretón en el brazo y se levanta al mismo tiempo que saca el teléfono del bolsillo y se dirige hacia la puerta.

—Quédese con ella —le dice a María—, y cuando desee marcharse, avíseme para que alguien la acompañe.

Benjamín sale de la casa y María, aturdida e intrigada, se acerca a Trinidad y se sienta a su

lado, esperando con paciencia a que se calme.

—¿Quién era ese hombre, Trinidad? Por favor, cuéntamelo porque no entiendo nada —suplica María cuando la empresaria deja de llorar.

—Mi marido —responde Trinidad.

María se queda clavada en el sitio, aunque la respuesta tiene sentido, es lo último que se hubiera imaginado.

—¿Y por qué te busca? Estoy muy perdida —María le coge la mano y la envuelve con las suyas.

—Me busca porque hui escapando de él después de que estuviera a punto de matarme, y ahora me ha encontrado.

Trinidad deja salir el aire contenido en los pulmones y mira a María, aunque, en esta ocasión, la abogada ya no ve rastro de esa máscara de frialdad bajo la que suele esconderse la empresaria.

—¿Por qué ha dicho que te llamas Adriana?

Trinidad sonríe con amargura y vuelve a suspirar.

—Porque ese es mi nombre real, María, me lo cambié para que él no pudiera encontrarme, pero supongo que era cuestión de tiempo, alguien tan enfermo y posesivo no puede permitir que lo abandonen.

—¿Me lo cuentas?

Trinidad esboza una sonrisa triste.

—No te va a gustar, María.

—Me gustas tú y eso es lo que importa.

La empresaria sonríe de nuevo y le besa la mano antes de ponerse en una posición más cómoda tras echar un vistazo a los cristales rotos del suelo.

—Lo conocí en la universidad. Los dos estudiábamos ingeniería y, aunque al principio yo no le hacía mucho caso, insistió y comenzamos a salir cuando estábamos en segundo año. Durante el noviazgo todo fue perfecto, era atento, cariñoso y detallista, y teniendo en cuenta que era guapo, casi se podría decir que era el hombre perfecto.

María hace una mueca de disgusto, lleva demasiados años trabajando junto a Úrsula como para saber a través de las mujeres de la asociación, que no existen los hombres perfectos, y que los que parecen serlo, son los peores.

—Nos casamos poco después de graduarnos y ahí comenzó a cambiar. No solo porque dejase de ser cómo era, sino que lentamente, comenzó a aislarme de mi entorno hasta el punto de que

me sentía completamente sola y lo único que tenía era a él. Me prohibió ejercer bajo ese pretexto primitivo de que debía quedarme en casa. Desde allí lo ayudaba con sus proyectos propios, convertida en una especie de esclava que cumplía órdenes y se abría de piernas cada vez que él se lo ordenaba. Logró anularme la voluntad porque cada vez que opinaba o hacía algo que a él no le gustaba, me llevaba un bofetón o me lanzaba cosas.

María la escucha estremecida, incapaz de imaginarse a una mujer fuerte como la que sabe que es ahora Trinidad, sometida de ese modo a la voluntad de un depredador como el tipo al que le describe.

—Se obsesionó con la idea de tener hijos y se volvía loco de ira cada vez que me bajaba el periodo. Me daba unas palizas que me dejaban en cama una semana y así pasaron los años hasta que a los veintiocho me quedé embarazada. Se volvió manso de golpe y empezó a ser atento como al principio. Fui tan ilusa que pensé que podía cambiar, que quizá todo el problema era que no había llegado ese hijo que tanto quería, pero ya que lo íbamos a tener, podríamos ser una familia normal.

—¿Y qué sucedió?

—Un día decidí ir a ver a mis padres para contarles la buena noticia. Estaba a punto de dar a luz y quería que supieran que iban a ser abuelos. Cuando llegué a casa él estaba allí, se volvió loco pensando que lo engañaba y me dio tal paliza, que desperté nueve días después en el hospital.

A María se le descompone el rostro y no puede evitar mirar hacia su vientre, donde vio la cicatriz de la cesárea.

—¿Y el bebé? —pregunta con la voz quebrada.

—Era una niña, me la sacaron muerta en cuanto llegué al hospital. Al despertar no entendía nada por mucho que trataban de explicármelo los psicólogos, hasta que entró mi madre y me dijo que me encontró la mujer del servicio tirada en el suelo del salón. Ismael, que así se llama, al parecer me dio por muerta y desapareció. Su familia tiene mucho dinero y mejores contactos, siempre lo habían sacado de todos los líos en los que se metía, sobornando y pidiendo favores, y te aseguro que no eran pocos.

—Madre mía —susurra María.

—Cuando se enteró de que estaba viva trató de verme en el hospital, pero la policía no se lo permitió. Estuve ingresada más de dos meses y en todo aquel tiempo, yo iba sabiendo a través de mis padres que, de nuevo, el abogado de su familia se las había ingeniado para librarlo de los cargos de agresión y el asesinato de mi hija. Vendieron la historia de que alguien entró a robar estando yo sola en casa y me agredieron, y del mismo modo que sabíamos que se iría de rositas, también sabíamos que, en cuanto yo pusiera un pie fuera del hospital, vendría a terminar lo que había comenzado.

María está temblando. Ha escuchado muchas historias de este tipo sin saber cuál es más estremecedora, pero esta, debido a ese sentimiento que está desarrollando por Trinidad, le afecta

de un modo más directo que la tiene temblando y cargada de impotencia.

—Entonces un día, la asistente social que venía a verme todas las semanas, me dijo que, si quería vivir, tenía que desaparecer y comenzar de cero. Ella fue la que me consiguió una nueva identidad y, cuando me dieron el alta, mis padres me dieron todo el dinero que tenían ahorrado y me subieron a un autobús en mitad de la noche que me llevó desde Salamanca hasta Barcelona, y de ahí cogí otro hasta Gerona.

—Tuvo que ser horrible —dice María espantada.

—Fue muy duro. Tenía veintiocho años, estaba rota por dentro y completamente sola, y ni siquiera pude ir a visitar la tumba de mi hija —a Trinidad las lágrimas le vuelven a resbalar de manera silenciosa—, pero me hice la promesa de salir adelante por las dos, de no dejar que aquel cabrón se llevara nuestras vidas por completo. Así que me busqué un trabajo, conseguí mi título con el nombre falso e hice un máster para especializarme en robótica. Vivía en una habitación de alquiler, sin apenas vida porque no me apetecía socializar con nadie y además me daba pánico salir a la calle por si él me encontraba, así que dedicaba las horas libres a diseñar todo lo que tenía en mente, hasta que conseguí financiación para uno de mis proyectos y monté la empresa. En cuanto tuve solvencia económica, lo primero que hice fue alquilar mi propia casa y contratar a Benjamín, lo demás, más o menos ya lo sabes.

—No sé qué decir, Trinidad —dice María compungida.

—No has de decir nada —Trinidad le sonríe—, en el fondo, sabía que tarde o temprano iba a dar conmigo, solo era cuestión de tiempo.

—Ahora comprendo por qué no te despegas de Benjamín ni quieres que tu imagen se haga pública en ningún sitio, o por qué apenas hay información sobre Trinidad Alemán.

—Ya ves —Trinidad sonríe más calmada—, en realidad, no existo, pero lo que yo de verdad siento, es que quien no existe es Adriana Martín, ella murió el mismo día que mi hija y yo me identifico con la persona que soy ahora.

—A mí me pareces una mujer increíble —se sincera María y Trinidad sonríe recuperando un poco esa fuerza que parecía haber perdido.

—Tú dices eso porque te quieres ir a la cama conmigo —bromea y le guiña un ojo.

—Bueno, eso también, claro, pero lo que digo es cierto. Y siento haber sido tan impertinente desde que nos conocimos.

—No te preocupes, yo también habría desconfiado de alguien como yo. ¿Te quieres quedar? No me apetece nada estar sola esta noche.

—Claro, pero antes dime dónde tienes la escoba para que pueda limpiar esto o acabarás cortándote —dice señalando los cristales rotos que todavía hay esparcidos por el suelo.

CAPÍTULO 19

María no ha podido dormir en toda la noche y sabe que Trinidad tampoco. La empresaria se movía sobre el colchón constantemente y los suspiros de ansiedad se le escapaban cada pocos minutos. María la ha abrazado muchas veces tratando de calmarla, pero en una situación así, sabe que es muy difícil. Ahora siguen ahí, despiertas y en silencio. La luz del amanecer se cuela entre las cortinas y Trinidad se gira hacia María colocando una mano sobre su vientre, que se contrae tras recibir una descarga.

—¿Te apetece? —susurra Trinidad mientras desliza la mano lentamente entre sus piernas.

María ni siquiera se lo había planteado porque desde que habló ayer con Trinidad, en lo único que piensa es en encontrar una manera de ayudarla, sin embargo, ahora se ha quedado completamente en blanco y acaba de abrir las piernas, consciente de las ganas casi incontrolables que le han entrado.

—Mucho —confiesa y levanta un poco la cadera para buscar más presión donde la necesita—. ¿Y a ti?

—Llevo dos horas aguantándome las ganas.

María se ríe y se quita las bragas para acto seguido, levantarse y sentarse a horcajadas sobre la empresaria, que también se incorpora hasta sentarse y agarra uno de sus senos para chuparlo mientras la penetra.

—No tienes ni idea de lo que siento cuando me follas —confiesa María entre jadeos.

Trinidad la mira cómo no ha mirado nunca a nadie y le pasa un dedo sobre los labios mientras sonríe. María nota un calor abrasador crecer dentro de ella, algo que no puede controlar por mucho que lo intenta y que la conduce hacia un orgasmo extrañamente largo que siente que la deja exhausta.

—Joder —jadea y sonríe cuando ve la expresión satisfecha de Trinidad.

La empresaria no puede dejar de mirarla mientras el corazón le late enfurecido entre las piernas, con una necesidad que últimamente experimenta mucho en compañía de María.

La abogada, sin darse tiempo a recuperar el aliento, empuja a Trinidad para que se tumbe y ella se desliza por la cama hasta que su boca acaba entre las piernas de la ingeniera, donde decide recrearse provocando algo tan intenso en Trinidad que, cuando termina de correrse, las emociones la desbordan y se ve sorprendida por el llanto.

—Tranquila —dice María mientras le da besos y la abraza para que se desahogue.

Para Trinidad todo eso es nuevo. Jamás le ha pasado algo parecido tras un orgasmo y mucho menos ha sentido el cariño de alguien en momentos de vulnerabilidad como el de ahora. Se deja querer por la abogada y llora lo que no ha llorado desde hace años, hasta que siente que ya no puede más y se queda completamente relajada y tranquila entre los brazos de María.

Se permiten media hora más así, hasta que María ya no puede apurar más el tiempo si no quiere llegar tarde a trabajar.

—Déjame ayudarte —dice mientras se viste después de haber salido de la ducha.

Trinidad la observa desde la cama.

—¿Con lo de Ismael? —pregunta Trinidad.

—Sí.

—No puedes, María. —Trinidad se incorpora ligeramente, apoyándose sobre los codos—. Su familia es demasiado poderosa, se ha salido siempre con la suya y se seguirá saliendo. Está claro que nunca me voy a librar de él. Le he dado esquinazo varios años y al final me ha encontrado, y si lo ha hecho una vez, volverá a hacerlo por mucho que me esconda.

—El marido de Mildred también era un tío que creía que podía solucionarlo todo con dinero y conseguimos quitárselo de encima — explica María con convicción—. Déjame intentarlo, al menos. Dame todos los detalles para poder investigarlo a ver qué se puede hacer. Intentaré descubrir cómo ha dado contigo para saber a qué nos enfrentamos. También necesito tu permiso para contárselo a Úrsula —dice de corrido—, al fin y al cabo, trabajo para ella y voy a necesitar invertir tiempo en esto.

—No puedo pedirte que hagas eso, y menos que esto afecte a tu trabajo con Úrsula —Trinidad se sienta en la cama y pone los pies descalzos en el suelo, intentando que el frío la despeje.

María sonríe y se agacha frente a ella, poniéndole las manos sobre las rodillas.

—Te recuerdo que Úrsula lleva años ayudando a mujeres como tú. Me dará el tiempo que necesite y no me hará falta pedírselo, eso te lo aseguro. Deja que lo intente, por favor.

—Está bien, te enviaré un correo electrónico con todos sus datos.

—Perfecto —María sonríe—. ¿Puedes trabajar desde casa? Es mejor que no salgas hasta que sepamos cuáles son las intenciones de ese desgraciado.

Ahora la que sonríe es Trinidad, aunque con un toque de amargura unas facciones que a María se le antojan cada vez más perfectas.

—Sus intenciones ya sé las que son, María. Lo conozco demasiado bien, para él soy una cuenta pendiente, algo que tiene que zanjar por puro orgullo porque si no soy de él, no soy de nadie.

A María se le desencaja la expresión y un escalofrío le atraviesa la columna.

—Tranquila. Sí que puedo trabajar desde casa. Me quedaré unos días aquí hasta que Benjamín evalúe la situación —responde Trinidad.

—Puedo decirle a Úrsula que te amplíe la seguridad —María está aterrorizada ante la idea de que a Trinidad le suceda algo.

La empresaria se levanta —todavía desnuda— y la coge por la cintura con firmeza.

—Relájate, si Benjamín considera que debe ampliar la seguridad, tengo recursos suficientes para hacerlo —dice tratando de aparentar una seguridad que no siente.

—Es verdad, perdona —María se aparta el pelo de la cara con un gesto nervioso.

—No pasa nada. Tú, vete tranquila, aquí no tengo miedo, aunque logre dar con mi casa, no podrá acercarse a mí. Lo único que me preocupa ahora mismo es tener que estar mirando a mi espalda toda mi vida porque no sé en qué momento me va a abordar. Es agotador vivir así.

—Me lo imagino —María le da un beso y la abraza—, me marchó ya, quiero comenzar a investigarlo cuanto antes.

—Espera —Trinidad se pone unas bragas y una camiseta de manera rápida—, hay que avisar a Benjamín para que le pida a uno de los chicos que te acompañe y se quede contigo. No me fío de Ismael, si te abordó una vez, puede que lo haga otra.

—Que me acompañe y vuelva aquí contigo, Úrsula también tiene seguridad, con ella estaré bien, no te preocupes.

CAPÍTULO 20

—Te dije que Trinidad tenía la misma mirada que Mildred, aunque no me esperaba que fuera por esto —lamenta Úrsula cuando María termina de explicarle todo lo que le contó la empresaria la tarde anterior.

—Le he pedido que me deje ayudarla, bueno, en realidad, que nos deje, igual que hicimos con Mildred —dice María dando vueltas a su móvil sobre la mesa, sin poder contener su nerviosismo.

—No sé si estamos ante un caso parecido —responde Úrsula—, Borja era un maltratador ególatra que se respaldaba en su dinero y jugaba con el miedo de Mildred a perder a su hija. El de Trinidad, por lo que cuentas, parece mucho peor, a él lo respaldan su familia y sus contactos ayudándolo a ocultar las atrocidades que comete.

—Mató a su propia hija nonata por la paliza y a nadie pareció importarle —comenta María con un mohín de incredulidad.

—Haz lo que tengas que hacer, ya sabes que cuentas con mi apoyo —dice Úrsula con determinación.

—Creo que lo primero es averiguar cómo ha dado con ella. Trinidad ha logrado darle esquinazo durante muchos años, es demasiada casualidad que la haya encontrado ahora.

—¿Qué quieres decir? —frunce el ceño Úrsula.

—Que ha tenido que ser culpa nuestra, alguna foto se habrá filtrado en las redes.

—Imposible —niega Úrsula—, hemos sido muy cuidadosos. Di instrucciones muy precisas al departamento de marketing para que no se publicara ninguna foto de Trinidad en las notas de prensa que hablan de los nuevos proyectos en común.

—Pero puede haber habido un error —rebate María.

—Tienes razón, los errores existen —razona Úrsula—, y si ha sido culpa nuestra, quiero saberlo. Pon a los investigadores a indagar sobre ese tal Ismael de inmediato, que consigan todo lo que puedan sobre él, su familia y el alcance de sus contactos. Nosotras vamos a revisar todas las publicaciones que se han hecho desde que conocemos a Trinidad.

—De acuerdo.

Después de hacer un par de llamadas y salir a fumarse un cigarro que le calme los nervios, María vuelve al despacho de Úrsula y las dos amigas se pasan el día entero comprobando con ojo clínico cada vídeo y cada imagen que se ha publicado sin ver a Trinidad por ningún sitio.

—Tal vez nos hemos dejado algo —dice María frotándose los ojos—, a lo mejor alguien subió fotos que no tenemos controladas, ¿tal vez el dueño del edificio de Londres?

Úrsula arquea las cejas.

—No tiene sentido, además, no nos hicimos fotos con él.

—Tienes razón —María se levanta y camina por el despacho para estirar las piernas cuando la puerta se abre y entra Mildred con Lili de la mano, después de haberla recogido en el colegio tras la llamada de Úrsula para advertirle que iba a salir tarde y explicarle lo que pasaba con Trinidad.

—¿Cómo vais? —pregunta Mildred tras dar un beso a Úrsula mientras esta deja que Lili se siente en su regazo.

—No hemos encontrado nada —responde María resoplando.

—Deberíamos repasarlo todo otra vez —piensa Úrsula en voz alta—, tal vez estaba ahí y la hemos pasado por alto.

María la mira suspirando. Está agotada y le duele la cabeza, pero la vida de Trinidad está en juego y si tiene que pasarse la noche entera revisando, lo hará.

—Vale, volvemos a mirarlo —dice volviendo a su silla.

—Os ayudo —se ofrece Mildred.

—¿Yo también puedo ayudar? —pregunta Lili mientras se come la merienda.

—Claro, cariño —responde Úrsula—, busquemos a Trinidad en alguna de las fotos o vídeos que tenemos aquí.

—Vale —sonríe Lili clavando la mirada en la pantalla del ordenador.

Durante la siguiente hora, las tres mujeres y la niña permanecen en silencio pasando imágenes o reproduciendo vídeos hasta que Mildred ve algo que le llama la atención.

—Espera, Úrsula, vuelve atrás —le pide y ella detiene el vídeo que estaban reproduciendo.

—¿La has visto? —pregunta María esperanzada.

—No, no he visto a Trinidad —responde mientras Úrsula retrocede unos segundos.

—¿Entonces?

—Ahí —señala Mildred y Úrsula detiene la imagen—. Ese hombre que está de perfil, ¿no es el marido de Trinidad?

A María se le gira el estómago cuando lo observa. No se le ve muy bien, pero el hombre tiene un gran parecido con Ismael.

—Joder, sí que se parece, vuelve al principio del vídeo. Vamos a ver si hay otro plano en el que se le vea mejor.

De nuevo, y muy nerviosas, empiezan a reproducir el vídeo que se grabó en la gala donde Úrsula conoció a Trinidad. Está colgado en la web de la organización de Úrsula y fue editado para eliminar las tomas en las que salía Trinidad.

—Ahí —Úrsula detiene la imagen en la que el hombre está de frente, y sin duda, es Ismael.

—Qué fuerte, estaba allí —dice Mildred boquiabierta.

—¿Cómo es posible que Trinidad no lo viera? —pregunta María.

—Había casi quinientas personas y Trinidad apenas se movió de su sitio —responde Úrsula.

—¿Creéis que la vio ahí? —pregunta Mildred con el cuerpo revuelto, poniéndose en la piel de Trinidad mientras recuerda todo lo que pasó con Borja.

—Tuvo que verla, eso explicaría que haya dado con ella. Lo que no sabemos es si ya la había localizado antes o realmente fue casualidad que los dos acudieran ahí. Aunque yo opto por lo segundo, creo que la vio allí sin esperárselo y no pudo acercarse porque Trinidad siempre estuvo acompañada de Benjamín, por no hablar de toda la gente que había. Seguro que después trató de localizarla por su nombre y no pudo, por eso acabó viniendo por aquí, porque la gala la organizamos nosotras y dio por hecho que la teníamos que conocer —teoriza Úrsula sin saber que su hipótesis es bastante acertada.

—Estoy mirando en la lista de invitados y su nombre no aparece —dice María con la mirada clavada en su famosa tablet.

—Porque vendría acompañando a alguien, igual que Trinidad.

—Tengo que contárselo a Trinidad —dice María levantándose.

—¿Vas a su casa? —pregunta Úrsula.

—Sí —reconoce y se pone roja al pensar en verla.

A Mildred se le escapa una sonrisa.

—¿Qué tenéis exactamente? —pregunta curiosa y María se sofoca más de lo que ya está.

—No lo sé, pero me gusta mucho.

—Pues no la cagues —dice Úrsula—. Jaime irá contigo, le he ordenado que se convierta en tu sombra.

—De acuerdo, gracias —dice antes de marcharse.

CAPÍTULO 21

Trinidad siente que se le paraliza el cuerpo cuando María le muestra la captura en la que aparece Ismael en la gala benéfica. El aire se vuelve denso, casi irrespirable, mientras una especie de miedo irracional se instala en ella y sin poder evitarlo empieza a imaginar lo que habría podido suceder si se hubiera tropezado con él de frente.

—¿Puedo verlo, señora María? —pregunta Benjamín, que estaba con Trinidad cuando María ha llegado.

Ella le cede su teléfono, observando como el guardaespaldas observa la imagen con ojo clínico.

—Está muy cambiado —frunce el ceño Benjamín—, aun así, no recuerdo haberle visto, le hubiera reconocido igualmente.

—Yo tampoco le vi —dice Trinidad negando lentamente con la cabeza.

—Eso no importa, la cuestión es que estaba allí y él sí que pudo verte a ti, probablemente cuando te acercaste a hablar con Úrsula, que era la anfitriona del evento.

Trinidad suspira y apoya los codos en las rodillas. María le hace una caricia suave en la espalda para tratar de consolarla.

—Ahora es cuestión de saber qué hacía allí, porque no estaba en la lista de invitados —sigue diciendo la abogada—, así que, probablemente iba con alguien.

—¿Tiene la lista aquí? —pregunta Benjamín.

—Sí, en mi Tablet, ¿por qué?

—Nosotros llevamos investigando todo el día y hemos descubierto que se casó hace un par de años, probablemente es su mujer la que aparece en la lista como invitada —responde Benjamín.

—¿Cómo se llama?

—Sandra Guirnalda.

A María le cuesta muy poco dar con el nombre.

—No entiendo por qué te busca si ya está con otra —frunce el ceño María.

—Ya te lo dije, es una cuestión de orgullo, si no soy de él, no soy de nadie. No importa que esté con una mujer o con diez.

—No te preocupes —María la atrae hacia ella y le da un beso en la frente de manera tan espontánea, que Benjamín sonríe y ella se sonroja haciendo sonreír también a Trinidad, que le devuelve el beso sin importarle la presencia del guardaespaldas—. En fin, tú lo que tienes que hacer es quedarte aquí, tenemos a nuestros investigadores trabajando en esto y no pararemos hasta descubrir sus intenciones.

—No —dice tajante Trinidad, sorprendiendo con su tono tanto a María como a Benjamín.

—¿No? —pregunta María confundida.

—Estoy harta de esconderme. ¿Quieres ayudarme? Contacta con él y concierta una reunión.

—¿Qué? —se espanta María—, no puedes dejar que ese monstruo se acerque a ti. Podría hacerte cualquier cosa, ya sabemos de lo que es capaz —dice la abogada angustiada.

Trinidad sonríe y niega lentamente con la cabeza.

—Para eso tengo a Benjamín —dice mirando a su hombre de confianza, que le guiña un ojo mientras asiente, al parecer conforme con la decisión de Trinidad.

—¿Y qué vas a hacer cuando lo tengas delante? —pregunta María incrédula.

—Dejarle las cosas claras. En su día yo era una mujer sin recursos, ninguneada por él y cobijada bajo su ala. Le diré que si no se aleja de mí lo denunciaré y esta vez iré con todo, me dan igual su familia y sus contactos, yo ahora también los tengo —dice con un repentino ataque de valentía que no había sentido hasta ahora.

—No sé, no tengo claro que sea buena idea enfrentarte a él y amenazarlo —duda María—, siempre te ha visto como alguien débil, se lo podría tomar como una provocación, incluso como un reto o un juego, y hacer que sus ganas de ir a por ti aumenten.

—Podemos citarlo junto a su mujer —dice Benjamín—, lo más probable es que ella no sepa nada de lo que pasó con la señora Trinidad.

—A su mujer le estará haciendo lo mismo que me hacía a mí —dice Trinidad.

—Bueno, eso depende, a ti te tenía aislada y sin recursos, esta tal Sandra está forrada, es hija de un promotor inmobiliario, quizá tu marido solo se acercó a ella por dinero o pura estrategia, vete a saber.

—En cualquier caso, no quiero meterla en esto, si lo enfado a él, podría pagarlo con ella. Contacta con Ismael y concierta una reunión, por favor —le pide a María de nuevo.

—¿Estás completamente segura? Una vez le confirme que te conozco ya no hay vuelta atrás, le costará muy poco dar contigo.

—Estoy muy segura —dice Trinidad mirando a Benjamín—, al fin y al cabo, ya me ha encontrado y es cuestión de tiempo que descubra mi nombre actual y mi dirección. Necesito

acabar con esto, tal vez si lo amenazo y le demuestro que tengo capacidad para hundirlo...

Trinidad suspira, agotada y aterrada, pero segura de la decisión que acaba de tomar.

—No sé si es buena idea o no —comenta el guardaespaldas—, pero ya que hemos confirmado que la sigue buscando, lo mejor es saber a qué nos enfrentamos. A lo mejor solo quiere pedirle disculpas.

Trinidad arquea las cejas y Benjamín hace una mueca.

—Sí, lo sé, es mucho pedir.

—Bueno, si lo tenéis tan claro, mañana intentaré contactar con él, eso sí, yo estaré contigo —asegura María.

Trinidad le sonríe de tal modo, que Benjamín decide que ya es hora de dejarlas a solas y se despide.

—¿Te quedas? —pregunta la empresaria.

—¿Otra vez? ¿No te parece que últimamente intimamos mucho? —coquetea María tratando de rebajar un poco la tensión.

—Me encanta pasar tiempo contigo —reconoce Trinidad y se le acerca para susurrarle—, y follarte también.

A María las rodillas le flojean al escucharla.

—Pero si consideras que es demasiado, puedes marcharte —suelta la empresaria como un témpano de hielo.

—¿Cuándo piensas quitarte esa máscara de frialdad de una vez? Conmigo ya no te sirve —entorna los ojos María.

—¿No? —la reta Trinidad, con una sonrisa torcida y suficiente que exaspera y enciende más a la abogada.

—No. Se te ha terminado eso de follarme a tu antojo y marcharte dejándome con la palabra en la boca. ¿Por qué lo hacías? —pregunta pegada a ella.

Trinidad cabecea pensativa, con las manos ancladas a la cintura de María.

—Porque creo que te hacía falta, dabas la impresión de ir por ahí rompiendo corazones inocentes, y pensé que darte un poco de lo tuyo, te bajaría los humos. Tenías una mirada muy soberbia cuando nos conocimos, además, me gustabas y me jodía que no te fiases de mí —reconoce Trinidad.

—Pues tienes una manera muy curiosa de hacer que las mujeres se fijen en ti —frunce el ceño María.

—Yo no pretendía que ninguna mujer se fijara en mí, me bastaba con que te fijases tú — admite Trinidad.

A María sus palabras la calan tan hondo, que no sabe qué contestar y se estremece cuando Trinidad sonríe y sus dedos comienzan a colarse bajo su ropa.

—Pues que sepas que esta noche, no pienso irme a ningún sitio —jadea la abogada, tan excitada que sus manos ya están peleando con el cierre del pantalón de Trinidad.

CAPÍTULO 22

María está mirando la aplicación de comida para decidir lo que va a pedir para comer en la oficina cuando alguien llama a la puerta de su despacho e inmediatamente la abre. Los ojos se le desorbitan y su corazón comienza a saltar encabritado dentro de su pecho cuando ve que la que entra es Trinidad, elegante como siempre con uno de esos trajes que le sienta como un guante.

—¿Qué haces aquí? —pregunta levantándose con tanto ímpetu, que la silla sale despedida hacia atrás y se empotra contra la pared con un golpe sordo.

—Tenía ganas de verte —responde Trinidad con una sonrisa seductora al mismo tiempo que cierra la puerta.

María rodea la mesa para acercarse a ella.

—Yo también, pero no es prudente que salgas de tu casa dadas las circunstancias, ¿no te parece?

Trinidad le pasa una mano por la cara antes de hundirla por su pelo y darle un beso apasionado que convierte el cuerpo de la abogada en un pegote de gelatina.

—He decidido que no pienso detener mi vida porque él haya vuelto —dice la empresaria, sentándose en una de las sillas al otro lado de la mesa de María mientras esta lo hace frente a ella—. Estoy agotada con esta situación y no voy a permitir que siga controlando mi vida, porque de un modo u otro, está claro que lo hace. Todos mis movimientos estos años se han basado siempre en esquivarlo, María, no he tenido vida, solo miedo e incomodidad, mirando siempre a mis espaldas o evitando acudir a ciertos sitios por si me lo encontraba. Pero eso no es lo peor.

—¿Y qué es?

—Mi familia, María. Me alejó de ella en su momento y lo sigue haciendo ahora. Me cambié de nombre y decidimos no mantener el contacto por seguridad, porque él tenía recursos y a través de ellos podía dar conmigo. Estos días, desde que sé que ha vuelto a aparecer, estoy pensando mucho en todo y me niego a seguir así, necesito recuperar mi vida, y eso empieza por dejar de tenerle miedo.

María se inclina hacia delante y le coge ambas manos con afecto. Está orgullosa de Trinidad, aunque sabe que, en el fondo, por mucho que la empresaria diga lo contrario y se esfuerce por demostrarlo, sigue teniendo miedo.

—Iba a pedir algo para comer, ¿te apetece quedarte? —pregunta la abogada y Trinidad entorna los ojos con aire pensativo hasta que al final asiente.

María deja que sea Trinidad la que elija la comida en un restaurante de comida italiana en el

que ha comido alguna vez y aprovecha para comentarle lo que ha descubierto mientras comen.

—He dado con el abogado de la familia de Ismael y lo he llamado para acordar una reunión. Estoy esperando a que me responda.

A Trinidad se le tensan todos los músculos del cuerpo al escucharla, en el fondo, está aterrorizada porque Ismael le despierta algo que va mucho más allá del miedo, pero no está dispuesta a echarse para atrás en su decisión de encararse con él.

—De acuerdo —responde y María le sigue explicando los pocos datos que tienen.

—Su mujer, o su familia —matiza— tiene una gran cantidad de empresas por toda la península.

—Creía que se dedicaban al negocio inmobiliario —interviene Trinidad.

—Esa es la línea principal de cara a la galería, pero tienen decenas de negocios y la mujer de Ismael es la que los supervisa. Hay uno en concreto, una línea propia de joyería, cuya nave de producción está en Barcelona. Si tuviera que apostar, diría que es eso lo que los ha traído aquí desde la otra punta de España, porque su domicilio actual, está en Salamanca.

—Bueno, la realidad es que no importa qué lo ha traído hasta aquí, la cuestión es que ha llegado y ya sabe dónde estoy, pero no quiero hablar más de él —Trinidad se limpia la boca cuando termina de comer—, ¿te queda mucho para terminar la jornada?

—Pues quería avanzar algunas cosas para mañana, pero puedo hacerlo en otro momento, ¿por qué lo preguntas?

—Porque me parece que ya va siendo hora de que hablemos un poco de lo que pasa entre tú y yo.

María se atraganta con su propia saliva y bebe agua para aclararse la boca.

—Siempre que estés de acuerdo en que, entre ambas, está pasando algo, claro —puntualiza Trinidad elevando una ceja.

—Sí, sí, por supuesto —se apresura a contestar María—, es que joder, eres tan rara —expresa de modo tan sincero, que Trinidad se echa a reír en lugar de ofenderse—. Hace un par de semanas eras fría como un témpano de hielo y una borde de narices, y ahora eres tan encantadora que me da miedo que todo esto desaparezca con un chasquido de dedos.

—¿Insinúas que soy bipolar?

—No, solo digo que me has tenido en tanta tensión desde que te conozco, que me está costando relajarme contigo —reconoce María.

—Vale, tal vez me he pasado un poco —admite Trinidad con una mueca.

—Bueno, tampoco pasa nada, en realidad, tenías razón ayer cuando dijiste que necesitaba que

alguien me bajara los humos.

María está tan nerviosa que no sabe por dónde encarar la conversación, pero Trinidad lo tiene claro.

—No he vuelto a estar con nadie desde que hui de Ismael — declara dejando a María petrificada—, me refiero a que no ha habido nadie con quien haya querido ir más allá de un par de citas y un polvo. Y te confieso que estoy acojonada, ni siquiera sé si sabría hacerlo otra vez, pero contigo me apetece intentarlo.

María, conmovida, se levanta y se sienta sobre el regazo de Trinidad, juntando sus manos por detrás del cuello de la empresaria.

—Esto no te lo he contado, bueno, en realidad, no te he contado nada sobre mí porque apenas nos conocemos —dice María sin dejar de mirarla.

—Eso es cierto, pero soy toda oídos.

—Estuve casada muchos años con el mismo hombre, y prácticamente desde el principio, mantenía una aventura con Úrsula.

A Trinidad la confesión la coge desprevenida.

—Así que es verdad —dice esbozando una suave sonrisa.

—¿Verdad? —María frunce el ceño.

—No te fiabas de mí y quería saber si tenía que preocuparme, así que le pedí a Adrián que te investigara un poco —explica Trinidad ante la sorpresa de María, que se queda boquiabierta—. No encontró gran cosa, pero sí que me dijo lo de tu matrimonio y que corría por ahí el rumor de que habías tenido una aventura con Úrsula.

—¿En serio? —los ojos de María se abren con sorpresa.

—En serio —responde Trinidad asintiendo al mismo tiempo con la cabeza—. Si te soy sincera, no me lo creí, había visto tanta complicidad entre Úrsula y Mildred que me costaba imaginarlo.

—Bueno, fue antes de que conociera a Mildred. Con ella también me acosté, por cierto —dice y carraspea.

—¿Con Mildred? —los ojos de Trinidad se abren con sorpresa.

—Sí, ya que vamos a ser sinceras, te lo digo todo —se rasca el pelo María—, pero es un tema zanjado que ya te contaré en otra ocasión.

—De acuerdo, pero con Úrsula estuviste durante años, ¿no hubo nada más entre vosotras? —indaga Trinidad muerta de curiosidad.

—No. Úrsula y yo ante todo somos amigas, lo que teníamos aparte de eso era sexo y buenas conversaciones, pero eso terminó cuando comenzó con Mildred. En cualquier caso, lo que intento decirte es que, aunque tu vida sentimental y la mía no hayan tenido nada que ver, tengo el mismo miedo que tú a comenzar nada, Trinidad, porque, a pesar de que quería a Marcos y estaba acostumbrada a él, jamás tuve lo que podríamos decir una relación normal porque tenía ese lío con Úrsula y mi vida era estar a caballo entre ambos.

Trinidad arquea las cejas y sonríe agradecida por su sinceridad.

—¿Él sabía que tenías una aventura con Úrsula?

—Lo sospechaba, pero no me decía nada, supongo que teníamos una especie de pacto silencioso. El caso es que Marcos me pidió el divorcio prácticamente al mismo tiempo que Úrsula acabó con nuestra aventura y, de repente sentí vértigo. Me había pasado toda la vida teniendo lo que quería, a mi marido cuando llegaba a casa y a mi amante fuera de ella, incluso iba sola a ese club de vez en cuando —confiesa con una mueca—, pero mi vida giraba en torno a ellos. Ese tipo de relación era la que conocía y me gustaba, y sabía que encontrar algo así era muy difícil, así que, digamos que me volví un poco loca y decidí que lo mejor era dedicarme a follar con quien me diera la gana y desaparecer para que nadie más pudiera dejarme. Y entonces apareces tú...

—Y entonces aparezco yo —repite Trinidad mirándola a los ojos—. ¿Y qué piensas ahora? ¿Quieres seguir con ese tipo de vida o prefieres arriesgarte y empezar algo conmigo a sabiendas de que también puede terminarse?

—¿Esa es tu manera de pedirme que salgamos juntas? —pregunta María con cierto tono socarrón.

—Yo tampoco lo llamaría salir, pero sí que me gustaría que nos conociéramos más, y obviamente, eso implica cierto respeto entre ambas si estamos de acuerdo.

—¿Cómo dejar de acostarnos con otras personas?

—Como que dejes de hacerlo tú, porque yo solo me acuesto contigo —reconoce Trinidad—, y si llegamos a algo más serio, te aseguro que yo no sería como tu marido, si me entero de que me engañas una sola vez, se ha terminado.

Trinidad no se considera una mujer celosa, pero ya lidió una vez con un marido que la engañaba y no está dispuesta a pasar por lo mismo con nadie.

—No debería decirte esto porque solo voy a engordar ese ego tuyo que de por sí ya es bastante amplio —bromea la abogada—, pero desde que me follaste la primera vez, no he vuelto a acostarme con nadie, así que podría decirse que te he respetado desde el principio.

Trinidad sonríe con ternura.

—Al final no eres tan dura como intentas aparentar.

—Y tú tampoco, Trinidad —la silencia María con un beso lento y profundo, que se prolonga hasta que el teléfono de la abogada comienza a sonar.

María abandona ese regazo donde se siente tan cómoda y se levanta para contestar. Por las respuestas que va dando, Trinidad deduce que está hablando con el abogado de Ismael y eso la pone nerviosa.

—Mi cliente acepta reunirse frente a una nave vacía que hay al lado de la empresa de su mujer, en el polígono...

—Ni hablar —lo corta María de forma tajante—, nada de lugares aislados, mi clienta acepta verlo en un lugar público donde ella pueda sentirse cómoda y protegida ante semejante animal —suelta sin poder contenerse.

—¿Y qué lugar es ese? —pregunta el abogado.

María ni siquiera se lo había planteado, pero busca en su cabeza los lugares que pueden estar más concurridos al aire libre y dice el primero que le viene a la cabeza.

—Un parque infantil.

—Está bien, elija uno, pásame la ubicación y nos vemos allí mañana.

—De acuerdo.

—¿Ya está? —pregunta Trinidad cuando María cuelga, poniéndose de pie y cruzando los brazos sobre el pecho en un claro gesto defensivo que a María no le pasa desapercibido.

—Sí, ya está —responde la abogada abrazándola—. ¿Quieres venir a mi casa esta noche?

—Mejor en la mía, hay más seguridad —zanja Trinidad.

CAPÍTULO 23

Trinidad intenta aparentar serenidad cuando camina hacia el parque donde se ha citado con su exmarido. A su lado va María caminando a paso firme y son varias las veces que la empresaria tiene que contener las ganas de cogerle la mano para que su calor le transmita esa seguridad que parece haber perdido y deje de sentir esa sensación de vértigo que la está asfixiando. Ni siquiera la presencia de Benjamín, que camina a su otro lado, o la de Oliver, que hace rato que ha llegado al parque y está apostado en algún lugar no muy alejado que le permite vigilarla sin ser detectado, le dan tranquilidad. Llegó a sentir verdadero pánico ante Ismael, y ahora que está a punto de verlo otra vez, se da cuenta de que no ha dejado de temerle nunca, ni siquiera cuando no piensa en él está tranquila porque siempre hay una parte de su mente que no se relaja y se mantiene en estado de alerta.

—Irá bien, hablaremos con él, lo convencemos de que se aleje de ti y nos marchamos —trata de tranquilizarla María que, de algún modo, percibe su nerviosismo aunque por fuera parece un témpano de hielo.

—No va a ser tan fácil —contesta Trinidad, que lo conoce demasiado bien.

—Claro que sí. Tú misma lo dijiste, en su día estabas sola, asustada y sin recursos, sabías que no te podías enfrentar a él y tuviste que huir, pero ahora me tienes a mí y el dinero suficiente como para pelear contra sus abogados. La situación ha cambiado a tu favor, Trinidad —dice mientras siguen caminando en un trayecto que a la empresaria se le antoja interminable.

—¿Y de qué me sirve?

—De mucho, todavía puedes denunciarlo por lo que te hizo. Costará demostrarlo, pero te aseguro que me dejaré la piel en ello si decides dar el paso. Le ofreceremos eso, si nos pueden dar garantías de que va a salir de tu vida de una maldita vez, no tomaremos medidas legales.

Trinidad no lo tiene tan claro como María, está segura de que en el hospital donde la atendieron, no queda ni un solo registro de su ingreso o de la muerte de su hija porque los abogados de la familia se habrán encargado de hacerlos desaparecer, sin embargo, asiente, porque ha decidido confiar en María y, además, tiene un plan alternativo por si cuando hable con Ismael ve que sigue siendo la misma persona y que no podrá librarse de él por mucho que se lo prometa. Trinidad tiene intención de marcharse y ser como una de esas mujeres a las que quieren proteger sacando del país, allí, está segura de que no va a encontrarla y podrá empezar de cero, con o sin María, aunque le gustaría que la abogada estuviera con ella.

—Allí están —señala Benjamín hacia la otra punta del parque en el que se han citado, donde ven a Ismael y al que suponen que es su abogado, caminando a paso lento hacia la fuente, el lugar que han escogido para hablar.

Trinidad, en un acto de temor que no controla, se aferra por un momento al brazo de Benjamín

porque siente que va a desplomarse.

—No deje que vea que tiene miedo —le aconseja su hombre de confianza, poniéndole una mano encima con afecto.

La empresaria lo mira y asiente antes de retirar la mano.

—Relájate, no puede hacerte nada —trata de tranquilizarla María, sin dejar de mirar al frente.

—Mantén la calma y no montes ningún número —dice Herminio, el abogado que camina al lado de Ismael—, haz lo que te he dicho, apacigua las aguas con ella de una vez porque lo que hiciste no está prescrito y todavía puede denunciarte.

Herminio habla y habla pensando que Ismael seguirá sus consejos, pero el hombre ni siquiera lo está escuchando, para él la voz del abogado es un sonido incómodo que le hormiguea en el oído izquierdo. Lleva escuchando su cantinela desde que la abogada de Trinidad se puso en contacto con él y, aunque Ismael ha dicho que sí a todo y se ha mostrado sumiso, su cabeza cortocircuitó en cuanto supo que iba a verla y, desde ese mismo instante, él solo piensa en una cosa y todo lo demás ya no le importa.

Ismael camina con la mirada clavada en Trinidad y el corazón latiendo a golpes como los de un martillo. La ve ahí, tan elegante y quizá más atractiva que antes, y los celos enfermizos que lo caracterizan, le devoran las entrañas como si el tiempo no hubiera pasado. La distancia se recorta entre ellos, Trinidad, su abogada y ese viejo que siempre va pegado a ella, ya se han detenido junto a la fuente. Ismael no ve nada más allá de ellos, ni los niños ni las madres o padres que hay alrededor, él solo tiene un objetivo en mente que ni siquiera su abogado, que para su desgracia lo conoce como si fuera hijo suyo, ha sido capaz de prever.

—Si no es mía, no es de nadie —anuncia Ismael en un susurro aterrador.

El corazón de Herminio sufre un acelerón al escucharlo, pero no tiene tiempo de detenerlo cuando Ismael se lleva la mano a la parte interior de la chaqueta y saca una pistola. Benjamín es rápido, pero ni siquiera sus años de experiencia le han servido para imaginar la escena que tiene delante, no esperaba que Ismael fuese armado, y mucho menos a un parque lleno de niños donde habrá cientos de testigos de lo que piensa hacer. El guardaespaldas se mueve a gran velocidad para cubrir a Trinidad, pero no tiene tiempo suficiente y de las dos detonaciones que se escuchan provocando el caos en medio de ese parque infantil, la primera impacta en el pecho de Trinidad. La segunda impacta entre las costillas de Benjamín cuando logra empujar con su cuerpo el de su protegida —que a su vez cae sobre María— y logra disparar dos veces contra Ismael antes de caer al suelo.

Ismael cae hacia delante ante la mirada atónita de su abogado que, en décimas de segundos, logra recomponerse y correr para ponerse a cubierto detrás de un banco. A Ismael se le ha escurrido la pistola entre los dedos, sin embargo, todavía lúcido tras los impactos, empieza a moverse para tratar de recuperarla y terminar lo que ha empezado. María, sin saber muy bien de dónde saca la valentía, abandona el cuerpo herido de Trinidad y se levanta dispuesta a correr para evitar que Ismael recupere la pistola, pero no llega a tiempo y los dedos del psicópata se hacen con el arma y este la levanta justo cuando María, que se ha detenido en seco al verlo, está frente

a él. La mente de la abogada se bloquea por completo cuando en décimas de segundos, comprende que no tiene escapatoria y es consciente de que va a morir.

Se producen dos nuevas detonaciones y el cuerpo de Trinidad se sacude como si las hubiera recibido ella. Asustada y a punto de desmayarse por la pérdida de sangre, se esfuerza por levantar la cabeza del suelo y necesita unos segundos para que la imagen borrosa que tiene delante se vuelva nítida. María sigue de pie y solo tiene tiempo de ver la mirada vacía de Ismael antes de que su cuerpo se desplome hacia un lado aterrizando en una postura extraña y poco natural. Por detrás de él, aparece Oliver empuñando su pistola tras haber abatido a Ismael, y, por primera vez, Trinidad hace una respiración prolongada que la deja vacía. Después se desmaya.

CAPÍTULO 24

María ha caminado de un lado a otro de los pasillos del hospital durante casi dos horas después de haber respondido a las preguntas de la policía entre sollozos. No se ha detenido pese a que un médico ha querido examinarla porque tenía la adrenalina tan disparada que sentía que si dejaba de hacerlo, le iba a estallar el corazón. Sin embargo, desde hace diez minutos, se ha apoyado en una columna con un temblor muy fuerte en las manos y las piernas.

—¿Estás mejor? ¿Te traigo algo de la máquina? —le pregunta Oliver.

María niega lentamente con la cabeza y el guardaespaldas asiente y se queda cerca de ella. Es entonces cuando escucha unos pasos acelerados por el pasillo y de inmediato reconoce esa forma de caminar, el característico taconeo que siempre relaciona con su mejor amiga. Ladea la cabeza y ve venir a Úrsula con una bolsa en la mano. En cuanto su amiga llega hasta ella, María se echa a sus brazos y empieza a llorar de nuevo.

—Tranquila, ya ha pasado —trata de calmarla Úrsula abrazándola con fuerza.

Aunque sabe que lo ha hecho, María ni siquiera recuerda el momento en el que se ha visto capaz de llamar a Úrsula para explicarle de manera histérica lo que había pasado. Todo es un borrón confuso en su mente, mezclado con imágenes del parque, los gritos y la sangre de Trinidad.

—¿Cómo están Trinidad y Benjamín? —pregunta Úrsula sabiendo que María no va a contestarle.

—Todavía no sabemos nada —responde Oliver.

Cuando María se tranquiliza un poco, Úrsula la guía hacia uno de los baños y se encierra allí con ella. El espacio reducido huele a desinfectante y las luces fluorescentes resaltan la palidez del rostro de María otorgándole un aire casi fantasmagórico.

—Te he traído ropa limpia, vamos a quitarte esa camisa manchada de sangre y a lavarte un poco —resuelve Úrsula, y María se deja hacer como una muñeca de trapo.

Agradece que Úrsula esté allí y se toma esos minutos que pasa limpiándola para perderse en sus pensamientos, pero una vez que su amiga ha borrado todo rastro de sangre de su cuerpo, se siente un poco mejor y comienza a recuperarse y ser la mujer fuerte que acostumbra a ser.

—He pasado mucho miedo —le reconoce a Úrsula, que sigue mirándola con ojo clínico en busca de restos de sangre en su piel.

—Me lo imagino. Está en todas las noticias, hay que estar muy desequilibrado para hacer algo así en un parque lleno de niños — responde Úrsula, doblando con cuidado la camisa manchada para meterla en una bolsa.

—Yo no he sentido miedo por los niños —reconoce María y la mira fijamente—, solo lo sentía por Trinidad. Todo ha pasado muy rápido, pero cuando he visto que su cuerpo se sacudía por el impacto... —María se mira las manos, que le siguen temblando—, solo podía pensar en que no quería perderla, el resto del mundo me daba igual —admite con vergüenza.

—Ya... —sonríe suavemente Úrsula y le acaricia la mejilla—, es lo que pasa cuando te enamoras, te aterroriza perder a esa persona, pero Trinidad es fuerte y saldrá de esta, ya lo verás.

María asiente, incapaz de decir nada ni pensar en lo contrario. Las dos regresan junto a Oliver justo cuando aparece el médico que ha operado a Trinidad y les explica que ha sido una operación un tanto complicada porque la bala se había alojado en el omóplato de la empresaria, pero que está fuera de peligro y la podrán ver cuando la lleven a la habitación dentro de unas horas.

—¿Y Benjamín? —pregunta Oliver.

—De él solo puedo decirles que sigue en el quirófano, vendrán a informarles en cuanto acaben.

El hombre se marcha y los tres se quedan allí, aliviados por las noticias de Trinidad y preocupados por Benjamín.

—Necesito que hagas algo —le dice María a Úrsula.

—Claro, tú pide.

—Hay que localizar a los padres de Trinidad y traerlos aquí, me gustaría que estuvieran con ella cuando se despierte. No debería ser difícil, sabemos su nombre anterior y buscando en su pasado con ese hijo de puta...

—Tranquila, sé cómo hacerlo —la interrumpe Úrsula.

—Sé que son de Salamanca —sigue María, aturdida—, tendrás que buscar vuelos.

—No sé si conseguiremos traerlos antes de que despierte — arquea las cejas Úrsula—, pero te aseguro que verá a sus padres.

—Podéis utilizar el avión privado de Trinidad, estoy seguro de que no le importará — interviene Oliver—, puedo pedir que lo hagan volar a Salamanca ahora mismo y que espere allí mientras los localizáis.

—¿Tienes permiso para hacer eso? —pregunta María sorprendida.

—Bueno, técnicamente solo lo tiene Benjamín, pero mientras él esté incapacitado, yo soy el siguiente al mando, así que sí — responde nervioso.

—Bien, pues hazlo —dice Úrsula y se despide de María con un abrazo.

Cuando Trinidad abre los ojos siente una pesadez en los párpados que hacía mucho tiempo que no experimentaba. Está muy cansada y tiene cierta molestia en el hombro, por eso los vuelve a cerrar dispuesta a seguir con ese sueño del que no quiere despertarse, pero entonces escucha una voz que le resulta familiar y que hace muchos años que no escuchaba, la de su madre, y los ojos se le abren de nuevo.

—Hija, ¿estás despierta?

Trinidad vuelve a parpadear confusa y enfoca. No ve borroso, la ve con claridad y sabe que es ella. Aunque no haya podido verlos, Trinidad siempre ha sabido de sus padres desde que comenzó a tener solvencia económica, momento en el que contrató a un detective privado para que le fuera haciendo informes mensuales, y también fue el hombre que les hizo llegar una tarjeta de crédito prepago que Trinidad ha ido recargando cada mes para que a sus padres no les falte de nada.

Intenta responder a su madre, pero no puede porque entonces ve también a su padre, situado justo detrás, y las emociones la desbordan y rompe a llorar. Sus padres la abrazan y la consuelan hasta que la mente de Trinidad, demasiado agotada durante estos años e incapaz de procesar tanto, se vuelve a apagar para seguir durmiendo.

CAPÍTULO 25

Cuando Trinidad vuelve a abrir los ojos han pasado muchas horas y ya no son sus padres los que están con ella en la habitación, es María Molina, que va dando cabezadas en el sillón porque lleva prácticamente cuarenta y ocho horas sin dormir.

Trinidad se despierta sobresaltada y se aferra al brazo de María, asustándola también. El movimiento brusco le provoca una punzada de dolor en el hombro que intenta disimular.

—¿Mis padres? —pregunta temiendo que todo haya sido un sueño y hayan vuelto a desaparecer de su vida.

—Úrsula los ha llevado a comer y a descansar un poco, volverán más tarde —la tranquiliza sonriendo, mientras trata de acomodarle la almohada—. ¿Cómo te encuentras?

A Trinidad le cuesta concentrarse unos segundos, pero entonces una imagen le explota en la cabeza y su pulso se dispara.

—¿Y Benjamín? —pregunta y la voz le tiembla.

—En la UCI, han tenido que extirparle un pulmón y su estado es grave, pero saldrá adelante, ya lo verás.

María había valorado la opción de mentirle, pero se ha puesto en su lugar preguntándose cómo se sentiría si le mintieran sobre el estado de Úrsula, porque calcula que a ese nivel de afecto está la relación que Trinidad tiene con su guardaespaldas. La empresaria traga saliva y, sin darse cuenta, ejerce una fuerza desmedida sobre la mano de María.

—Todo irá bien —se inclina la abogada y le da un beso en la frente—. Benjamín se recuperará y tú ya no tendrás que volver a mirar a tus espaldas nunca más.

Trinidad levanta su mirada acuosa y coge aire.

—¿Ismael? —pregunta con un hilo de voz.

—Murió en el tiroteo. Uno de los disparos que hizo Oliver lo mató en el acto, pero de no haberlo hecho, habría muerto igualmente porque otro de los que le hizo Benjamín, le había reventado una arteria y se estaba desangrando. Se ha acabado, Trinidad, de la peor manera, pero ha terminado —dice limpiando las lágrimas que van resbalando por la mejilla de la empresaria.

—Hubiera preferido que no muriese y lo hubieran encerrado por hijo de puta —masculla Trinidad pensando en Benjamín.

—Yo también —suspira María—, pudo haber sido mucho peor de lo que fue, cualquier bala perdida podría haber herido a un niño, todavía no entiendo cómo pudo ser capaz de hacer lo que hizo en un lugar así.

—Mató a su propia hija, no creo que le importen los hijos de los demás —declara Trinidad dejando a María helada.

—Céntrate en ti y en recuperarte para que puedas ir a ver a Benjamín —dice, apartándole el pelo de la cara.

—Lo haré.

Trinidad cierra los ojos unos segundos y vuelve a abrirlos, quiere recuperar su vida y el tiempo perdido con sus padres, pero necesita hacer todo eso con Benjamín a su lado.

—Ahora puedes recuperar tu vida, Trinidad, incluso tu antiguo nombre si es lo que quieres, lo puedo tramitar.

—No, ya no me siento aquella persona. Trinidad es en quien me he convertido y quien quiero seguir siendo. Adriana forma parte de un pasado que me duele demasiado —contesta y le pide un poco de agua.

—Como quieras, a mí me da igual cómo te llames, me gustas como eres —dice María mientras la ayuda a beber.

—¿Y cómo soy? —pregunta Trinidad dejándose querer un poco.

—Eres una persona fuerte que ha tenido el valor de vivir demasiados años mirando atrás y, aun así, nunca se ha rendido. Has logrado cada objetivo que te has impuesto, has creado una empresa que has convertido en un monstruo, ayudas a la gente y te has rodeado de buenas personas, por no hablar de que estás rehaciendo tu vida sentimental con una persona decente —dice señalándose así misma con gesto teatral, haciendo reír a Trinidad—, una persona que se siente bien cada minuto que pasa contigo.

—¿Es una declaración de amor? —Trinidad esboza una sonrisa tierna.

—Probablemente sea lo más parecido que vas a tener, sí — confirma María entornando los ojos.

—Vale —sonríe de nuevo Trinidad—, ven aquí —le pide que se acerque para poder besarla.

Tras el beso, Trinidad se recuesta con cansancio. Cada gesto le cuesta como si estuviera subiendo una montaña.

—Intenta descansar —le aconseja María.

—¿Quién ha localizado a mis padres? —pregunta intentando que no se le cierren los ojos.

—Soy una mujer de recursos —se pavonea María—, tantos, que hasta me he hecho con un

avión privado.

Trinidad sonríe antes de dejarse llevar por el sueño de nuevo, sintiendo por primera vez en muchos años que puede permitirse el lujo de dormir sin miedo, mientras la mano de María acaricia suavemente su pelo en un gesto protector.

EPÍLOGO

Tres meses después

—¿Y si no les caigo bien? —pregunta María nerviosa, retorciendo el borde de su camisa mientras el avión privado de Trinidad toma tierra en un aeródromo de Salamanca.

—Ya te conocen, María —responde Trinidad por tercera vez desde que han salido esta mañana, observando con ternura la ansiedad de su pareja.

—Del hospital, y no fue el mejor sitio que digamos —responde ella y Benjamín, sentado en el bloque de asientos de al lado, esboza una sonrisa mientras sigue leyendo el periódico.

Su hombre de confianza se ha recuperado, aunque ahora hay ciertas actividades que no puede desarrollar y debe someterse a controles médicos continuamente. Trinidad ya no necesita una seguridad tan exhaustiva como la que tenía hasta hace unos meses, y como ella no piensa deshacerse de Benjamín porque para ella es como otro padre y él no puede realizar las labores de antes, han acordado que únicamente sea su chófer y Oliver sea el encargado de su seguridad a nivel empresarial.

—No, no lo fue —Trinidad le coge la mano y María la mira de soslayo cuando la puerta del avión se abre.

La ve muy entera tras lo sucedido y aparenta tranquilidad, pero ella, que empieza a conocerla bien porque estos meses han compartido mucho tiempo juntas, sabe que en el fondo está nerviosa. Es la primera vez que regresa a su ciudad natal desde que se marchó, huyendo con el alma destrozada, huyendo con el alma destrozada, y vuelve siendo una mujer completamente diferente. Solo van a pasar unos días visitando a sus padres y descansando del trabajo, pero a María le da miedo que los recuerdos dolorosos que envuelven todo el entorno de Trinidad, puedan afectarle demasiado y los avances que ha logrado con las sesiones de terapia que ha empezado, se reduzcan a la nada.

—¿Estás bien? —pregunta cogiéndole la mano con fuerza, notando como Trinidad aspira profundamente.

—Sí, no te preocupes, pero deja de apretarme la mano o me romperás los dedos, y los necesito para firmar el nuevo acuerdo de colaboración con Úrsula.

María la suelta de repente, como si la mano le quemara.

—Perdona —dice y las dos bajan del avión, caminando junto a Benjamín hasta el coche que les han llevado de alquiler.

—¿Está segura de que debo quedarme en casa de sus padres? —pregunta Benjamín una vez están de camino—, no quisiera molestar.

Trinidad levanta la vista del correo que está leyendo en el móvil y lo mira a través del espejo retrovisor.

—No te vas a quedar solo en ningún hotel, Benjamín. Es mi casa y mi familia, y la familia permanece junta —argumenta seria, con esa mirada que no admite discusión.

Benjamín no tiene hijos y siente que no le hace falta, porque quiere a Trinidad como si fuera la suya propia.

—Sí, señora Trinidad —responde emocionado.

—Madre mía, ¿dejarás alguna vez de llamarme señora? —se exaspera Trinidad ante la risotada espontánea de María, que ya se ha acostumbrado a la terminología de Benjamín y le parece divertida.

—Jamás, señora —confirma Benjamín con una sonrisa traviesa que contagia también a Trinidad.

Los temores de María sobre los padres de Trinidad son absurdos. La reciben con los brazos abiertos y los tratan —a ella y a Benjamín— como si llevaran años en la familia. La madre de Trinidad, una mujer menuda de ojos brillantes idénticos a los de su hija, la abraza con fuerza mientras su padre, un hombre de aspecto bonachón, les ayuda con el equipaje. Llegan a media mañana y pasan el tiempo poniéndose al día mientras toman el vermut en el jardín y hacen tiempo para la hora de comer. El tema de Ismael no se menciona, Trinidad y su madre lo acordaron por teléfono en una de las llamadas que ahora se hacen a diario. Ella necesita pasar página y todo lo que tiene que hablar, lo habla con la terapeuta.

La comida transcurre con normalidad. Los padres de Trinidad son una familia muy humilde y encantadora. María está fascinada escuchando a la madre de Trinidad contando cosas de cuando ella era pequeña, como aquella vez que se empeñó en desmontar el televisor para ver cómo funcionaba o cuando ganó su primer premio de ciencias en el colegio. Su padre y Benjamín están enfrascados en una conversación paralela y entusiasta sobre fútbol. Así pasan un par de horas de sobremesa en las que María se sorprende de que no le hayan entrado ganas de ir a tumbarse después de comer, pero todas las voces se interrumpen cuando Trinidad le hace una pregunta a su madre.

—¿Dónde está enterrada?

El silencio es sepulcral durante unos instantes, los que su madre tarda en recomponerse, mientras se frota las manos arrugadas sobre la mesa con nerviosismo. María tiene el corazón

encogido en un puño, porque hasta ahora, no había caído en la cuenta de que Trinidad tuvo que huir sin ni siquiera ver la tumba de su hija.

—En el cementerio del pueblo de tu padre. Allí teníamos un nicho y pensamos que era el mejor sitio, más tranquilo y pequeño, como ella —responde su madre con voz temblorosa, mientras su marido le aprieta suavemente el hombro.

Los ojos de Trinidad se encharcan cuando asiente. María, compungida, mueve la mano por debajo de la mesa y agarra la de Trinidad, que la mira y le sonríe.

—¿Nos llevas, Benjamín? —pregunta la ingeniera con la barbilla temblando.

—Por supuesto —el hombre se levanta y la familia al completo se dirige al cementerio municipal.

Cuando llegan bajo un cielo que amenaza con descargar una tormenta como la que Trinidad siente en su interior, su madre le indica cuál es el nicho y la empresaria les pide a todos que la dejen acercarse a solas. María, petrificada por la angustia, se agarra al brazo de Benjamín mientras la observa. Trinidad pasa más de media hora quieta frente al nicho, que está a media altura en la pared, la ve mover los labios mientras le habla y, finalmente, utiliza la manga de su chaqueta para limpiar el cristal y después se quita una pulsera y la deja dentro del soporte para las flores que su madre se encarga de cambiar una vez al mes.

—Quiero comprar una casa aquí —dice Trinidad por la noche, susurrando cuando está en la cama con María.

—¿Quieres vivir aquí? —María se gira hacia ella y le pasa una mano sobre el vientre para acomodarse junto a su cuerpo.

—No, mi vida ahora está allí, pero quiero venir más a menudo para visitar a mis padres y la tumba de mi hija —hace una pausa y añade con un tono más relajado—. Y también quiero tener la intimidad para no tener que contenerme contigo por la noche o levantarme medio desnuda por la mañana.

—¿Y Benjamín? —María levanta las cejas esbozando una sonrisa, recordando cuando el hombre ha tropezado con ellas esta mañana en el pasillo.

Trinidad también se ríe.

—Compraré una casa con terreno y haré una casa de invitados para él, como la que tengo ahora —resuelve divertida.

—No hay nada como ser millonaria. Entonces, ¿quieres que yo venga contigo? —a pesar de que ya tienen las cosas muy claras, a María le encanta escuchar a Trinidad diciéndole lo que siente por ella.

—¿Te lo tengo que repetir?

—Por favor.

Trinidad se ríe y el sonido de su risa le vibra dentro del pecho.

—Quiero que vengas, aquí y a dónde sea, pero nada de vivir juntas todavía —dice, y le da una palmada sobre el sexo que hace reír a María.

—No, claro que no, eso solo lo hacen las lesbianas intensas.

Las dos se echan a reír y esa noche, es la primera que Trinidad siente una paz completa y duerme sin despertarse sobresaltada en ningún momento. Los fantasmas del pasado por fin empiezan a desvanecerse, mientras el futuro se dibuja más claro que nunca, con María a su lado.